



Sophie Saint Rose

*Me has dado
la vida*

Me has dado la vida

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Nueva York. Año 2082

Larlene se limpió con el pañuelo sus preciosos ojos azules antes de levantar la vista hacia el médico de la familia que le pasó el brazo por el hombro con una triste sonrisa en los labios. —No te pongas así. —El doctor Oakey caminó hacia las escaleras. —Las pruebas han sido tajantes y han confirmado lo que ya me imaginaba. Sabías que este momento llegaría.

—Pero no tan pronto —dijo angustiada—. Papá me dijo que le quedaba un año y tan solo han pasado cuatro meses.

—Cada cuerpo es distinto y su cáncer es muy agresivo. Te lo advertí hace algunas semanas. Estaba evolucionando demasiado rápido.

Miró el pañuelo entre sus manos sin poder dejar de llorar mientras bajaban las escaleras. —Le duele mucho.

Avanzaron hacia el enorme salón y la ayudó a sentarse en uno de los sofás. —Ha llegado el momento de una sedación más fuerte. Tenemos que contener su dolor, Larlene. Eso le hará dormir la mayor parte del tiempo hasta que todo acabe, así que te aconsejo que si quieres despedirte... Si tienes algo que decirle a tu padre es mejor que lo hagas ahora que aún puede entenderte. Después será casi imposible.

Asintió sin ser capaz de hablar y en ese momento llegó Marita que juntó las manos ante ella. —¿Desean algo los señores?

—No, Marita. Debo regresar a la clínica. Siento no poder quedarme más, pero...

—Lo entiendo. Tiene obligaciones. —Forzó una sonrisa. —¿Cuándo empezará?

—La enfermera tiene instrucciones para ponerle la nueva medicación en una hora. Para darte algo de tiempo.

Reprimió un sollozo. —Gracias.

La miró con pena. —No sabes cómo lo siento. Es uno de los mejores hombres que he conocido. Vendré a verle mañana.

—Marita, ¿puedes acompañarle a la puerta?

—No es necesario. Sé el camino. Tómate las pastillas que te he recetado para dormir y descansa.

—Lo haré. Gracias de nuevo, doctor.

Marita reprimió las lágrimas acercándose mientras el doctor salía del salón. Pero hasta que no escucharon la puerta no preguntó —¿Se está acercando el final? —Asintió mirando el pañuelo. —Oh, mi niña... Lo siento. —Se sentó a su lado y la abrazó acariciando su largo cabello negro.

—¿Qué voy a hacer sin él?

—No pienses en eso, aún está aquí. No pierdas el tiempo. Según lo que he oído tienes una hora para estar con él. Límpiate esas lágrimas y aprovecha estos momentos. Desgraciadamente luego tendrás tiempo para llorar.

Asintió y susurró —Voy a lavarme la cara. —Se levantó del sofá y en ese momento escuchó que se cerraba la puerta principal y su prima Reggie tiró a un lado la bolsa de las raquetas.

—Hola. —Perdió la sonrisa. —¿Pasa algo?

—Papá está peor.

Sus ojos negros la miraron con pena mientras se acercaba. —Lo siento mucho.

—Tengo que subir. —Miró su trajecito blanco para jugar al tenis y sonrió. —Estás guapísima. Debes tener a los del club de cabeza.

—Ya tengo novio, ¿recuerdas? A mi John no lo cambio por nadie.

—Estoy deseando conocerle. Debe ser divino.

—Le conocerás muy pronto. —Se acercó preocupada apartando su larga trenza morena. —¿Puedo hacer algo?

—Desgraciadamente nadie puede hacer nada. No te preocupes, estoy bien. —Reggie asintió y la besó en la mejilla antes de alejarse hacia la cocina disimulando las lágrimas. Había estado a su lado durante toda la enfermedad de su padre. Hasta se había mudado a su piso para que no estuviera tan sola, pero en ese momento no podía acompañarla. Era ella la que tenía que enfrentarse a esos últimos instantes con la persona que más quería del mundo. Vio que Marita emocionada la animaba con la cabeza. —Dile a Melba que seguramente no voy a comer.

—Pero niña...

—Por favor, díselo. Estaré con mi padre.

—Está bien. Como quieras.

Se pasó por su habitación y entró en el baño para lavarse la cara. Cerró el grifo y vio como las gotas recorrían su rostro a través del enorme espejo del siglo diecisiete. Lo había visto en París en un anticuario y su padre se lo regaló sin dudarlo. Toda la casa parecía un museo porque eran amantes de ese tipo de piezas. Una fortuna en muebles, una fortuna en acciones y empresas, pero ni todo el dinero del mundo podía salvarle. Como había pasado con su abuelo. Como había pasado a su madre al darle a luz. Nada de todo lo que la rodeaba tenía sentido.

Cogió la toalla y se la pasó por la cara. Se cepilló su largo cabello negro porque quería que la viera lo mejor posible. Incluso se echó el perfume que había usado su madre para que la tuviera presente en ese momento y tomando fuerzas salió de su habitación para ir hasta el final

del pasillo. Abrió la puerta entornada y vio que estaba pálido de dolor. Miraba hacia la ventana observando como nevaba.

—Hoy nieva con fuerza. —Se acercó y se sentó a su lado.

Robert Prestwood cogió la mano de su hija y sonrió. —Estás tan bella que quitas el aliento. Igual que tu madre.

Emocionada forzó una sonrisa. —No me parezco ni en el blanco de los ojos.

Su padre sonrió con cansancio. —Puede que ella fuera rubia, pero en todo lo demás sois igualitas. —Respiró cerrando los ojos. —Gracias, hija.

—¿Por qué? —preguntó casi sin voz.

—Por permitirme sentirla de nuevo a través de ti. Percibir su olor... Solo en tu piel ese perfume huele igual. —Abrió los ojos y sonrió. —¿Me harás un favor?

—Lo que quieras.

—Acuérdate de ponerme en el traje un pañuelo con ese aroma, ¿quieres?

Ambos sabían a qué traje se refería y las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Claro que sí.

—Ya está todo arreglado. No tienes que preocuparte por nada.

—Lo sé, papá.

—Te quiero muchísimo, hija.

Sollozó y se agachó para abrazarle. —Y yo a ti. Te quiero, te quiero tanto...

—Lo sé. Y lo que más siento es no poder estar a tu lado si me necesitas.

—No te preocupes por eso.

—Si tienes algún problema fíate de Rainer. —Apretó su mano. —De Paul Rainer, ¿me oyes?

—Sí, papá. Ya me lo has dicho antes. Ha sido tu hombre de confianza media vida y

nunca te ha fallado.

—Exacto. De nadie más.

—Lo he entendido —susurró para que se calmara. Besó su mano—. No debes preocuparte por mí.

Robert suspiró del alivio antes de sentir un fuerte dolor en el vientre que le hizo gemir. — Ha llegado la hora, no lo soporto más.

—Lo sé. —Se agachó y le besó en la mejilla. —Te quiero.

Su padre acarició su cabello con ternura. —Mi niña... Mi preciosa niña... Te deseo toda la felicidad del mundo. Espero ver desde el cielo que encuentras un hombre que te merezca. — Ella miró a la enfermera que tenía la jeringa preparada y asintió con todo el dolor de su corazón. Esta se acercó al gotero y la inyectó. Larlene sonrió a su padre. —Un hombre que te proteja. Que te haga feliz. Eso es lo más importante.

—Lo intentaré. Pondré un anuncio.

Su padre sonrió. —Siempre me ha encantado tu sentido del humor... No lo pierdas nunca, mi niña hermosa... —Su padre empezó a quedarse dormido. —No lo pierdas nunca.

Sin aliento vio como su respiración se relajaba y al cabo de unos minutos la enfermera tocó su hombro. —Ya no siente nada, señorita Prestwood. Ya no hay dolor.

Mirando el rostro de su padre asintió y se echó a llorar besando su mano que parecía muerta entre las suyas. Sin poder soportarlo la soltó y corrió hacia su habitación encerrándose para echarse a llorar rota de dolor. Puede que aún estuviera allí, pero aunque su corazón estuviera latiendo su padre acababa de morir y sintió que se le rompía el alma.

Una semana después el doctor Oakey entró en el salón y la miró con tristeza. Estaba

demacrada y mucho más delgada, lo que indicaba su dolor. —Ha entrado en coma. Aunque le quitáramos la medicación ya no despertaría. Es cuestión de horas.

—No puedo soportarlo —dijo sin ser capaz ni de mirarle.

Su prima pasó el brazo por sus hombros y susurró —Ánimo, Larlene. No debes estar así. —Miró al médico. —No come, no duerme...

El doctor se agachó ante ella viendo sus ojeras. —¿No tomas las pastillas?

—¿Y si me necesita? ¿Y si...? No lo soporto. No lo soporto más. —Se echó a llorar desgarrada y el médico se alejó de ella a toda prisa. Ni se dio cuenta de que dos minutos después la enfermera se acercaba con una aguja y la pinchaba en el brazo.

Su prima la cogió del rostro y sonrió. —Ahora descansarás. Ya verás como sí.

Sus ojos se fueron cerrando y por mucho que lo intentó no se mantenían abiertos. —Tengo que ver a papá.

—Le verás después.

—No hagas ruido —siseó la voz de su prima—. No puede oírnos nadie.

Medio inconsciente abrió los ojos para ver un hombre sobre ella. —Creía que íbamos a esperar a que la palmara el viejo.

—En cuanto herede se irá a México con su tía materna. Me lo dijo esta mañana. Allí será más difícil. Venga, date prisa. El servicio duerme abajo y la enfermera de noche estará despierta vigilando. Procura que no se enteren o todo se habrá acabado.

—¿Reggie? —preguntó drogada intentando enfocar la vista.

—¡Se está despertando, joder! —dijo el hombre.

Su prima apareció a su lado y sonrió maliciosa. —Hola, princesa. Vas a hacer un

viajecito. Con lo que te gustan. —Le metió algo en la boca que casi la ahoga. —Buena chica. —
Rio por lo bajo. —Deshazte de ella y recuerda que no pueden encontrar su cadáver.

—Tranquila, preciosa. Sé el lugar perfecto donde nunca podrían dar con ella.

—Más te vale porque sino no podré controlar su fortuna y todo se habrá ido a la mierda.

Su cuerpo casi no le respondía y a pesar de lo que estaba oyendo no podía hacer nada. Se sentía como en un sueño. ¿Estaría soñando? Alargó la mano y esta cayó de su regazo golpeando uno de los candelabros de cristal que estaba sobre una de las cómodas del pasillo. Este cayó al suelo haciéndose añicos y el tipo se detuvo.

—¡Escóndete!

Entró a toda prisa en la habitación de nuevo y una luz se encendió en el piso de abajo. La puerta de Robert se abrió mostrando a la enfermera. —No pasa nada, he tirado un candelabro.

La mujer sonrió antes de entrar de nuevo en la habitación. Reggie escuchó desde abajo —
¿Larlene?

—Soy yo, Marita —dijo su prima asomándose a la barandilla—. He ido a ver cómo está
Larlene y por no encender la luz he tirado un candelabro.

—¿Uno de los de cristal? Espera que lo recojo.

—No, no te preocupes, por favor. Vuelve a la cama

—¿Cómo está?

—Totalmente dormida.

—Qué pena, niña. —Sorbió por la nariz mientras la enfermera cerraba la puerta
discretamente aliviándola porque no había visto a John. —Qué pena.

—Descansa. Yo la vigilo.

—Si necesitas algo llámame.

—Tranquila. No creo que se despierte hasta mañana como dijo el doctor.

La mujer asintió y se alejó. Reggie miró hacia su novio e hizo un gesto con la mano para que no se moviera. Marita apagó la luz de abajo y se fue por la puerta de la cocina. Al mirar a su prima la vio despierta y entró en la habitación cerrando la puerta a toda prisa. Ella le dijo en susurros —Agárrala bien, idiota. —Puso el dedo sobre sus labios para que no hablara atenta a los ruidos del piso de abajo y miró a Larlene que empezaba a espabilarse. —Ese inútil del médico... —dijo por lo bajo—. No va a volver a dormirse.

—Tranquila, esto lo arreglo yo. —La tumbó sobre la cama y le puso el edredón encima golpeándola con fuerza en la cabeza un par de veces. Por el grueso edredón apenas se escuchó nada.

Al ver a su prima totalmente desmayada sonrió y se acercó a su novio para besarle en los labios. —Bien hecho. Deshazte de ella y que sea rápido. Antes de que llegaras he desconectado las cámaras de videovigilancia con su clave, así que tienes vía libre, pero no te entretengas. Los porteros entran en una hora. En cuanto te llame estate listo para venir a consolarme. —Fue hasta la puerta y la abrió sacando la cabeza para mirar. Le hizo un gesto con la mano y John salió con cuidado de no tirar nada. Sus zapatillas de deporte no hicieron ningún ruido en la escalera y Reggie se adelantó para abrirle la puerta. Miró el pasillo, aunque sabía que no había nadie porque el piso ocupaba toda la última planta, y corrió al montacargas para pulsar el botón de llamada. Se abrieron las puertas de inmediato. En cuanto su novio entró, ella pulsó el bajo y susurró mirando sus ojos —No la fastidies. John confío en ti. Mi vida está en tus manos.

—Tranquila, preciosa. Ahora viene lo fácil.

Sonrió maliciosa mientras las puertas se cerraban y cuando entró en la casa de nuevo admiró lo que ahora era suyo. Se acercó a los ventanales del salón donde se veían las luces de la ciudad de Nueva York. Ahora sí que estaba en la cima del mundo. Y no como la huerfanita acogida que tenía que conformarse con las migajas que le regalaban. Ahora todo era suyo porque en cuanto dieran por muerta a su adorada prima lo heredaría todo.

Un ruido ensordecedor hacía que su dolor de cabeza fuera aún más horrible. Consiguió abrir los ojos y tuvo que cerrarlos porque la luz del sol la deslumbró. Sintió algo que le presionaba la cabeza y se dio cuenta de que estaba sentada en algo que vibraba. Se forzó a abrir los ojos y vio ante ella un hombre tremendamente musculoso que la observaba fijamente. Estaba sentado y tenía algo metálico ante él que le impedía moverse. Iba vestido de negro y también llevaba un casco. Parecía que debajo de él no tenía pelo. Sus ojos verdes le pusieron los pelos de punta porque se notaba que era un hombre que no dudaba en hacer daño si era necesario. Confundida ni se dio cuenta de que abrió los ojos totalmente y giró la cabeza apenas unos centímetros para ver una puerta abierta por donde se veían unas hélices. El viento le daba en la cara y entonces fue consciente de que el ruido lo provocaban ellas al girar. Se le cortó el aliento. Estaba en un Heliptor 411. Uno de los helicópteros que usaban las fuerzas de seguridad. Asustada recordó lo que había ocurrido la noche anterior y como su prima había dicho que se deshicieran de ella. Miró a su derecha para ver a dos hombres armados sentados con lo que parecían dos ametralladoras en la mano. Simplemente les observaban y cuando algo se movió más a su derecha vio a una chica sentada a su lado que también la observaba muy tensa. Sus ojos negros querían aparentar que no pasaba nada. También iba vestida de negro con el mismo uniforme que el hombre de enfrente. Pantalones negros y camiseta del mismo color. No entendía nada. ¿A dónde iban?

—¿Qué miras? —gritó la chica molesta por encima del ruido.

Uno de los guardias se levantó y le dio con la culata de la ametralladora en el estómago. La chica gimió perdiendo el aliento. —¡No se habla, zorra! ¡Ya tendrás tiempo de hablar!

—Dios mío. —Empezó a temblar de miedo, pero no se atrevió a abrir la boca mientras la chica escupía en sus botas antes de levantar el rostro retándole con la mirada. El tortazo que recibió le volvió la cara quitándole el casco de golpe mostrando su cabello rubio.

El guardia la cogió por la barbilla. —Si te partes la cabeza al caer no voy a sentir ningún

remordimiento, te lo aseguro.

¿Al caer? Dios, ¿les iban a tirar de allí? Asustada miró al hombre de enfrente que negó con la cabeza como para que no hablara. ¿Pero qué había hecho su prima? Sintió un golpe en su tobillo y miró a la chica que estaba a su lado. El guardia que estaba ante ellas estaba observando a Larlene fijamente.

—¿Ya te has despertado? Perfecto. ¡Esto no te lo vas a querer perder!

Se volvió y le hizo un gesto a su compañero que se levantó de inmediato antes de gritar —¡Piloto! ¡Ciento veintiocho!

—¡Dos minutos! —escucharon por un altavoz.

El otro guardia caminó hasta un panel que estaba a su derecha al lado de la puerta y miró a su compañero. —Listo.

El que tenía delante se tocó el chaleco y levantó una argolla. —Si queréis vivir tirad de esto.

Asustada miró hacia abajo buscando la argolla cuando escuchó por el altavoz —Diez, nueve, ocho... —Muerta de miedo gritó cuando el suelo se abrió de golpe y el aire le dio en los ojos. Y entonces lo vio. Pasaban una isla, pero al dejarla atrás y ver el agua creyó que les tirarían al mar hasta que un enorme muro pasó bajo sus pies y se le heló la sangre gritando histérica al darse cuenta de donde estaban. Levantó la vista hasta el guardia que la observaba divertido. — ¡Yo no he hecho nada!

—Eso dicen todos.

—Uno.

El hierro se abrió y gritó cayendo mientras pataleaba desesperada. Se giró en el aire y vio el mar, hecho que la hizo gritar de horror mientras el viento le daba en los ojos. Algo llamó su atención y vio sobre ella un paracaídas rojo. El instinto de supervivencia le hizo llevar sus manos al pecho y sintió la argolla de plástico, así que tiró de ella con fuerza. Gritó de nuevo

cuando el paracaídas se abrió elevándola y se sujetó a las cintas. El viento la guiaba en dirección a la isla y al mirar el horizonte se quedó sin aliento. La colmena abarcaba hasta donde alcanzaba la vista. Cientos de islas artificiales rodeadas cada una de ellas de un muro, solo con una porción de mar entre muro y muro. La cárcel más grande del mundo.

Recordaba haber visto un reportaje en la televisión. Hacía cincuenta años la delincuencia era un problema social tan grave a causa de las reincidencias y los asesinatos que la población reclusa superaba el diez por ciento. Así que los gobiernos del continente americano decidieron excluirlos de la sociedad para siempre haciendo la cárcel más grande del mundo y así limpiar la sociedad de indeseables. Si cometías tres delitos leves te metían allí. Si asesinabas o violabas te metían allí. Es más, llegó un momento que alguien con un trastorno mental peligroso era llevado allí también y quien entraba en La colmena no salía jamás, porque aunque intentaran escapar de su isla llegaban a la siguiente y a la siguiente. Además rodeando cada isla había un muro de treinta metros de alto. Por si eso fuera poco alrededor de La colmena había seis barcos acorazados que vigilaban su perímetro y un satélite estaba exclusivamente apuntando a La colmena reconociendo la zona continuamente.

Vio la isla bajo sus pies mientras una lágrima caía por su mejilla. Su prima se había asegurado bien de que nadie la encontrara porque de allí no saldría viva y por supuesto no encontrarían su cadáver porque los gobiernos exclusivamente se encargaban de tirarles comida una vez al mes sin preocuparse de nada más. Nadie entraba en La colmena y nadie salía. Jamás.

Al ver el muro a lo lejos sollozó antes de que sus pies rozaran con algo. Chilló cuando chocaron con una gran rama. Levantó los pies y suspiró de alivio cuando pasó de largo para ver un montón de palmeras más demasiado cerca. —Ay, madre... ¡Ay, madre...! —Al ver que se acercaba peligrosamente a una intentó mover las correas, pero fue inevitable. Su paracaídas chocó contra las ramas de la palmera y al detenerse Larlene salió impulsada hacia delante pegándose un porrazo contra el tronco que le robó el aliento, antes de balancearse adelante y atrás hasta que se quedó colgando. Se miró la rodilla y vio que estaba sangrando, pero por el roto

del pijama pensó que no debía ser para tanto. Entonces se dio cuenta de que estaba en pijama y descalza, así que aquellos tipos que la habían tirado tenían que saber que ella no tendría que estar allí. Gritó de la rabia y se balanceó de nuevo cuando vio al tipo que habían tirado con ella abajo mirándola. —¡Desengánchate que te cojo!

Había diez metros por lo menos. —¿Estás loco?

La chica llegó en ese momento y puso los brazos en jarras antes de mirar hacia ella con aburrimiento. —O te tiras o mueres ahí. Tú verás. No creo que otro sea tan amable como para recogerte, princesita.

La miró con rabia. —¡No me llames así! ¡Así me llamaba la zorra que me metió aquí!

—Ya sabía yo que esta no había roto un plato en su vida —dijo al hombre que asintió.

El tipo miró hacia Larlene. —Tienes que tirarte y date prisa, joder. No sé quien vive aquí.

Le miró con desconfianza. —¡Y yo no sé qué has hecho tú! —Fulminó a la chica con la mirada. —¡Ni tú!

—¿Prefieres enfrentarte a un montón de desconocidos que pueden ser asesinos en serie y que nos matarán en el acto para proteger su territorio?

Les miró con los ojos como platos. —¿Hacen eso?

—Esto lleva aquí cincuenta años. ¡No veo que esté superpoblado después de tanto tiempo! ¿Te tiras o no?

—Eso si no tienen hambre —dijo el tipo por lo bajo. La chica le miró pálida—. He oído que si hay escasez de comida...

—¡No fastidies! —exclamaron las dos a la vez horrorizadas.

—Pero son rumores. Nadie sabe a ciencia cierta qué ocurre aquí. —Miró hacia ella. —Te cogeré. Tenemos que escondernos.

—¿Cómo se quita esto? —preguntó muerta de miedo. Se miró el pecho buscando un

botón o algo para soltar el arnés—. ¿Cómo se quita?

—Mierda... —dijo la chica por lo bajo llamando su atención. Larlene miró hacia abajo para ver cómo les rodeaban un montón de personas que les miraban fijamente con caras de pocos amigos. Se notaba que no estaban precisamente encantados de verles allí y los cuchillos que algunos llevaban en las manos eran prueba de ello. Se quedó sin aliento porque parecían salvajes. Sus ropas estaban hechas con las telas de los paracaídas y las mujeres apenas llevaban un pantalón corto y una tira cubriendo sus pechos mientras los hombres llevaban una especie de bermudas. Se fijó bien y vio que un par llevaban los mismos pantalones que sus compañeros, aunque estaban muy viejos. Ni iban calzados. Estaban muy morenos, lo que indicaba que no habían visto la crema solar en mucho tiempo y entonces fue consciente de sus carencias. No tenían nada. Vivían como en la Edad de piedra. Un hombre dio un paso al frente y a Larlene se le cortó el aliento porque la miraba fijamente a ella. Era muy fuerte y desde allí parecía muy alto. Su cabello rubio llegaba hasta sus hombros, pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos verdes. Tan claros que parecían grises. —¿Nombre y delitos? —preguntó fríamente antes de mirar al hombre que tenía al lado.

El hombre que había llegado con ella hasta allí levantó la barbilla. —¿Quién eres para que te lo diga?

—Soy quien puede matarte como me toques mucho los huevos. —Los suyos sonrieron divertidos. —¡Delitos!

Vio como ese hombre que era enorme se intimidaba por su mirada y respondía rápidamente —Asesinato. Y mi nombre es Igor.

El rubio se giró hacia la chica que respondió —Mi nombre es Sabrina y he robado por tercera vez.

El recién llegado entrecerró los ojos y sonrió. —Mientes. ¡Brandon! —Un hombre de pelo castaño salió del grupo y se acercó en dos zancadas cogiéndola por los brazos para forzar

que se arrodillara. Muerta de miedo vio como sujetaba sus muñecas con una sola mano antes de agarrarla del cabello para tirar de su cabeza hacia atrás. —¿Eres puta? —Los ojos negros de la chica le retaron. —Lo eres, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque vosotras preferís decir cualquier delito excepto ese. —Agarró su mano y vio su manicura. —Y de las caras. ¿Qué pasa? ¿Te acostaste con quien no debías y acabaste aquí? —Le miró con odio y él se echó a reír. —Me lo imaginaba. Suéltala, no será un problema. —Levantó la vista hacia ella y preguntó —¿Delito?

Tenía cara de que no se creería su historia. —Putas.

El rubio frunció el ceño mirándola de arriba abajo. —¿Seguro?

Levantó la barbilla intentando imitar a su compañera. —Si lo sabré yo.

Él levantó las cejas y en sus ojos vio diversión. Ese hombre era muy listo. Sabía que le mentía. —Bajadla de ahí.

Se volvió hacia el tal Brandon y este soltó a la chica. Se apartaron mientras sus compañeros rodeaban a los suyos. Vio como un joven empezaba a subir la palmera sin esfuerzo y cuando llegó hasta ella la miró malicioso sacando un cuchillo. —¿Rápido o lento?

Miró el cuchillo con desconfianza. —¿Es una pregunta trampa?

El chico rio y el rubio miró hacia arriba. —¡James! Date prisa.

—Novack ha decidido. —Pulsó un botón en su vientre y Larlene gritó quedándose agarrada de las correas. El chico parpadeó. —Suéltate.

—¿Estás loco?

—Eso lo dijo antes —dijo la rubia exasperada.

Una mano se le soltó e intentó agarrarse de nuevo, pero no pudo y gritó de miedo cayendo. Sintió unos brazos bajo su cuerpo y chillando giró la cabeza mirando con los ojos como

platos al rubio que parpadeó divertido antes de que ella se diera cuenta de que ya estaba abajo.
—¡Estoy viva!

Todos se echaron a reír y el tal Novack la dejó de pie, pero le temblaron las piernas y cayó al suelo. —Estoy viva. —Se dejó caer hasta tumbarse viendo el resplandeciente cielo azul. Una cabeza se puso sobre ella. Novack levantó una ceja y Larlene sonrió sin poder evitarlo. —
¡Estoy viva!

—Ahora entiendo lo de esa ropa. ¿Vienes del psiquiátrico?

Frunció el ceño. —¿Los del psiquiátrico viven o mueren?

—Depende.

—Soy puta —dijo rápidamente.

—¿Seguro que no quieres cambiar de opinión?

Se apoyó en sus codos. —¿Por qué?

Sonrió divertido. —Porque aquí las putas suelen seguir trabajando.

—Oh... —Miró a su alrededor buscando una salida y se dio cuenta de que todos los miraban con distintas expresiones. Y algunos la miraban con deseo. El miedo volvió de nuevo y le miró a los ojos. —No sé qué hago aquí.

Varios bufaron y la rubia rio por lo bajo. —No te van a creer.

—Bueno, sí que lo sé, pero no debería estar aquí.

—Otra que es inocente —dijo Brandon a punto de reírse—. Y no te ha dicho su nombre, jefe. No está muy centrada.

—Te han golpeado. —Novack se acucilló ante ella y miró su rostro fijamente. —¿Por qué?

—Me han secuestrado —respondió con los ojos como platos—. ¡No debería estar aquí!

—Es lo que llaman un paquete —dijo Sabrina mirándola fijamente—. Han pagado

porque la enviaran aquí. Y ya ha pasado antes.

Novack se giró para mirarla. —En esta isla no.

—Pues te aseguro que se hace. El tipo que me mantenía lo hacía. Menuda mafia tienen montada. Se pagan fortunas por deshacerse de ciertas personas. Personas de las que no se deben encontrar los cuerpos, ¿lo pilláis? Así no hay crimen y aquí se deshacen de nosotros. Esa es una princesita. Solo hay que verla. Ese pijama cuesta dos mil dólares.

Todos las observaron y se sonrojó por el escrutinio. —¿Es cierto? —preguntó Novack molesto.

—Mi prima se ha deshecho de mí. Mi padre... —Al recordar a su padre se le cortó el aliento porque no sabía si ya había muerto. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque no podría cumplir su promesa. No podría ponerle el pañuelo en el traje.

—¿Tu padre?

Saliendo de sus pensamientos agachó la mirada. —Mi padre iba a morir. No sé si ha fallecido ya. Supongo que mi prima lo ha hecho por la herencia. Si yo desaparezco ella se lo queda todo.

Novack apretó los labios. —Pues más te vale que te olvides de todo porque jamás vas a salir de aquí. Si tienes suerte vivirás hasta los cuarenta y son muchos años para torturarse con algo que no recuperarás jamás. —Se enderezó y miró a los recién llegados. —Mi nombre es Novack. Si no dais problemas no tendréis problemas. Las normas son claras. Comes lo que consigues, porque nadie va a pescar para ti a no ser que hagas algo por la otra persona. No podréis tocar un cuchillo hasta que no tengáis nuestra confianza y la confianza hay que ganársela. Si enfermáis no os molestéis en pedir ayuda, no hay medicinas. Para nadie. —A Larlene se le cortó el aliento. —Hay meses que tiran comida y hay meses que no, así que no podéis depender de ello. Lo que llega se reparte entre todos y se puede comer cuando uno quiera. Os aconsejo que lo racionéis. No se roba la comida de los demás. Mejor dicho, no se roba, punto.

Si alguien lo hiciera y es sorprendido la sentencia es la muerte. —Miró a Igor. —Las mujeres se respetan. Si quieres una mujer debes pedirle permiso. Los violadores tampoco viven demasiado. Dormiréis en la playa hasta que os hagáis un refugio, pero no os esforcéis demasiado porque en cuanto haya una tormenta todo se irá a la mierda. Y aquí hay tormentas muy fuertes. Además, no hay demasiadas herramientas, se rompieron o estropearon hace mucho. Lo que queda no puede cortar un tronco. —Les miró uno por uno. —Yo impongo la paz porque así lo quieren los nuestros. —Varios asintieron dándole la razón. —Tocarme los huevos con peleas y puede que os mate a los dos —dijo fríamente—. Esto también va para las mujeres. —Miró a Larlene que se estremeció. —Aquí no se hacen distinciones. Ambos sexos trabajan por igual si quieren comer o dormir a cubierto. Te aconsejo princesita que te espabiles porque aquí nadie va a mover un dedo por ti. —Asintió viendo como le daba la espalda mostrando una cicatriz que la atravesaba. —¡Vamos! —Dejándola sin aliento se alejó con sus hombres detrás.

Cuando uno de los hombres la miró con lujuria sacando la lengua de manera lasciva se le heló la sangre. Era rubio, pero tenía el cabello desigual como si no se lo hubiera cortado en mucho tiempo. Era tan delgado como un junco y se estremeció por la expresión de sus ojos castaños. Este se echó a reír y James divertido se acercó a él con el paracaídas en las manos.

Asombrada miró a Sabrina y a Igor que les observaban con los labios apretados. —Menuda bienvenida —dijo la chica irónica.

—Yo lo esperaba peor.

Sabrina le miró con sus bonitos ojos negros. —¿Asesinato?

—Soy camionero. El cabrón de mi jefe se acostó con mi mujer.

—Celoso.

La fulminó con la mirada. —¡Es que al parecer tengo que pasar los cuernos por alto, joder!

—Si no querías acabar aquí sí.

—Yo estaré aquí, pero él está en el hoyo. Ahora ya no se ríe tanto como lo hacía cuando se follaba a la puta de mi mujer.

—¿Y ella?

—¿Ella? —Sonrió divertido. —Todavía debe estar corriendo. Salió en bragas y aún no ha vuelto. De hecho no la encontraron ni para declarar.

Sabrina se echó a reír antes de mirarla. Larlene estaba horrorizada. —No pongas esa cara. Si pillaras a tu prima le sacabas los ojos.

Hizo una mueca porque tenía razón. —¿Y tú por qué estás aquí? Porque no eres puta.

La mirada de Sabrina se ensombreció. —Me enamoré del hombre equivocado. Y sí, soy puta. Lo fui antes de convertirme en su amante.

—Pero ya no lo eras.

—Es cuestión de opiniones. —Suspiró poniendo los brazos en jarras. —Bueno, no vamos a vivir mucho, así que mejor disfrutar del momento.

La miró sin comprender y vio que caminaba entre las palmeras en dirección a la playa. Se levantó a toda prisa y miró a Igor de reojo. Algo intimidada la siguió y él también. Vieron cómo se sentaba en la playa para mirar el mar y el muro que estaba a lo lejos. Se sentó a su lado y suspiró porque hacía mucho tiempo que no sentía el sol en su cara. Pasaron unos minutos y miró a Sabrina. —¿Por qué has dicho que no íbamos a vivir mucho tiempo?

—¿Sabes pescar? —Miró el mar y asintió dejándolos a los dos con la boca abierta. —Mi padre me enseñó. Le encantaba.

—¿Tienes anzuelos?

—Te veo un poco negativa.

Sabrina sonrió sorprendiéndola. —No me dirás eso cuando te rujan las tripas de hambre.

Un fuerte ruido las hizo mirar hasta Igor que hizo una mueca. —Esos cabrones no me

dieron la comida antes de subirme al helicóptero.

Intentó contenerse, pero Larlene se echó a reír. Era todo tan surrealista que no podía evitarlo. Sabrina rio por lo bajo hasta que ambas se empezaron a reír a carcajadas. Igor sonrió y miró el mar. —¿Aquí hay peces? ¿Les deja pasar el muro?

—Sí, el muro tiene unos pilares que lo sujetan. Pasan por debajo. —Ambos la miraron sorprendidos. —Vi un reportaje sobre La colmena hace unos años.

—Así que se puede pasar por allí —dijo Igor poniéndose en guardia.

—¿Para llegar a otra isla? No, mejor me quedo aquí que parece que la habitan personas más o menos normales. A saber lo que hay al otro lado del muro —dijo Sabrina estremeciéndose.

—¿Veis? Hemos tenido suerte. Aquí no se comen a nadie.

—Eso que tú sepas —dijo Igor mirando a su derecha. Una mujer cogía algo de la arena —. ¿Qué hace?

Ambas miraron hacia allí. Se agachaba y metía la mano en la arena para después guardar algo en lo que parecía un cubito de plástico. Se le cortó el aliento. No había visto algo de plástico desde que era niña y se había prohibido su uso. Estaba claro que había llegado hasta allí arrastrado por la marea. Intrigada se levantó y caminó hacia ella. La mujer la vio venir y sacó un cuchillo de la espalda deteniéndola en seco. Levantó las manos para que no se asustara. —Me llamo Larlene.

—¡Lo sé! ¡No te acerques! —Dio un paso atrás como si fuera a echar a correr.

—No te vayas, por favor. ¿Solo quería preguntarte qué haces?

La miró con desconfianza y alargó el cubo que estaba roto en el borde y ya no tenía asa. Ella había tenido uno así de pequeña. Estiró más el brazo bajándolo un poco para mostrarle lo que parecían almejas. Las miró de lo más interesada. —¿Solo hay que cogerlas de la arena? —Miró sus ojos ambarinos y esta asintió. Sonrió encantada. —Gracias... —¿Tu nombre es?

—Aleka.

—Oh, tienes orígenes hawaianos, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué? —preguntó agresiva.

—Tenía que haberlo supuesto. Ese cabello negro y tus hermosos rasgos... ¿Llevas aquí mucho?

—Sí —respondió seca.

Estaba claro que no quería conversación, así que sonrió de nuevo. —Gracias Aleka. —Se volvió y metió los dedos en la boca silbando con fuerza. Sus compañeros la miraron y se levantaron para acercarse a ella que ya regresaba de camino. Sus preciosos ojos azules brillaron. —Ya sé cómo vamos a conseguir comida.

Capítulo 2

—¿Seguro que esto va a funcionar? —preguntó Sabrina con el agua hasta los pechos mirando el cebo colocado entre cada uno de sus dedos—. Se me van a resbalar.

—Shusss. —Con la camiseta de Igor en la mano esperaba a que un pez se acercara. —Tienes que estar muy quieta para que se confíen. —Sabrina puso los ojos en blanco y miró a Igor que reprimió una sonrisa. —Atento.

Igor entrecerró los ojos al ver que un pez de buen tamaño se metía entre ellos. Abrió la boca y picó el cebo, pero antes de que volviera a picar Larlene estiró la camiseta atrapándolo e Igor lo cogió entre sus grandes manos para que no se le resbalara. Chillaron de la alegría y Sabrina dijo —Que no se os escape.

—Tranquila, este ya no se va a ningún sitio —dijo Igor—. Necesitaríamos un cubo con agua.

—Ya —respondió Sabrina como si fuera tonto—. Y un cuchillo y fuego... Y un chef de quinientos tenedores. Y un hotel con servicio de habitaciones...

—Ya está bien, Sabrina. —Larlene la reprendió con la mirada. —Lo ha dicho sin pensar.

Su compañera gruñó mirando hacia la playa. —Nos espían. —Los demás miraron hacia allí y vieron a James observándoles divertido sentado en una roca. —Ese chaval no me da buena espina.

—A mí nada me da buena espina desde que llegamos —dijo Igor sorprendiéndola.

—¿Por qué?

—No me fío. Parecemos náufragos, pero que no se os olvide que estamos rodeados de

asesinos. ¿De dónde sacarán los cuchillos? ¿No tienen herramientas, pero sí cuchillos? Otra cosa que no me cuadra. Y como acaba de decir Sabrina necesitamos uno si queremos limpiar esto.

—Crees que nos han mentido.

—Creo que hay mucho más detrás. ¿Tiran comida, pero no medicinas?

Sabrina sonrió divertida. —No creo que haya médico, ¿para qué las van a tirar? Además, lo que quieren es deshacerse de nosotros cuanto antes para dejar espacio.

—La comida no pueden dejar de tirarla —dijo Larlene pensativa—. Hubo protestas cuando se inició la construcción de las islas. Miles de personas salieron a la calle, pero los gobiernos no dieron su brazo a torcer. Al parecer hay un grupo que controla los alimentos. Pero en el reportaje no se hablaba nada de medicinas ni de utensilios.

—¿Cómo van a darle cuchillos a los presos? —preguntó Igor incrédulo.

—Vamos a averiguarlo. —Salió del agua y James levantó sus cejas castañas al ver que se acercaba.

Sabrina la miró y dijo por lo bajo —Amiga, se te ve todo.

Asombrada se miró y chilló tapándose los pechos como podía antes de bajar la mano tapándose entre las piernas. Su pijama de seda beige transparentaba muchísimo. Al ver que Igor le miraba el trasero chilló de nuevo cogiendo a Sabrina para ponerla delante. —¡No mires!

—Es difícil no mirar.

Gimió sujetando a Sabrina por los hombros. —¿Qué voy a hacer?

—¿Buscar una toalla?

—Muy graciosa.

—Cúbrete los pechos con el cabello y para el...

—¡No lo digas!

Sabrina rio por lo bajo. —Igor mejor préstale la camiseta. Le cubrirá hasta las rodillas.

Igor sacó el pez de ella y se la tendió. —Gracias.

—Buena pieza —dijo James desde la roca—. Pescáis de una manera interesante.

Se puso la camiseta asegurándose de que le tapaba todo y sacó la cabeza para mirarle. —
¿Cómo lo haces tú?

El chico se echó a reír. —Si te lo digo habrá menos peces para mí. Somos demasiados y no hay tantos peces.

Igor dio un paso hacia él. —¿Me prestas el cuchillo para limpiar el pescado?

—Ya, claro. ¿Y qué más?

Larlene salió de detrás de Sabrina con los ojos entrecerrados. —¿No os ayudáis nunca?

—Claro, pero a ti no te conozco de nada. Mi padre cometió el error de ayudar a uno una vez y se lo devolvió matándole para quitarle el pájaro que había cazado. Aquí las cosas van así.

—Vaya, lo siento.

—Pero vosotros sois distintos.

—¿Distintos en qué?

—No parecéis peligrosos. Esos aquí duran poco. Novack y sus hombres se encargan de ellos.

—¿Novack es vuestro jefe?

—Es el jefe de todos. Incluida tú.

—¿No tengo pinta de peligroso?

Miró a Igor de arriba abajo. —Puede que seas fuerte, pero no tienes pinta de criminal. He visto auténticas bestias. Aunque hacía dos años por lo menos que no tiraban a nadie.

Larlene pensó en lo que acababa de decir. —¿Tu padre? —preguntó incrédula—. ¿Te tiraron con tu padre?

James se echó a reír. —Ya veo que siguen contándoos cuentos.

—Dios mío, ¿has nacido aquí? Decían que incapacitaban a las mujeres para tener hijos.

—¿Acaso a ti te han tocado un pelo? —preguntó Sabrina divertida—. Porque te aseguro que a mí no. Eso es mucha pasta de gasto cuando les importa muy poco lo que ocurre aquí.

—¡Pero él no ha hecho nada! —gritó indignada.

—Oye, a mí no me mires. Solo digo lo que veo.

Larlene estaba horrorizada. Que aquel chico hubiera pasado toda su vida allí le parecía una crueldad cuando en su mundo hubiera llevado una vida normal.

—¿Dónde conseguís los cuchillos? —preguntó Igor recordándole por qué se habían acercado—. ¿Cómo puedo conseguir uno?

—No te lo darán. Solo se lo entregan al que se gana la confianza de Novack. A mí me lo entregó cuando murió mi padre para que protegiera a mis hermanas.

—¿Dónde los consigue él?

Les mostró el suyo y vieron el mango de madera atado con una de las correas del paracaídas. —Los hace con las cajas.

—¿Las cajas de la comida?

El chico asintió. —Son de metal.

—Dijo que no había herramientas —le espetó Igor molesto.

James sonrió divertido. —Para ti no. Ni para nadie. Son tuyas.

—¿Y eso por qué?

—Porque las ha hecho él. Las otras que estaban aquí no valen para nada. Tienes que caerle muy bien para que te las deje. Sus amigos de toda la vida.

—Como Brandon —dijo Larlene mirándole fijamente.

—Son como hermanos. Se han criado juntos.

—Así que también nacieron aquí.

James asintió levantándose. —Hacéis muchas preguntas. —Miró el pez en manos de Igor. —Si queréis fuego para cocinar eso, podéis pedirle permiso para usarlo.

—¿Tenéis fuego? —preguntó Sabrina encantada.

—Es de Novack.

Igor no se lo podía creer. —¿Aquí todo es suyo? ¿Cómo va a ser el dueño del fuego?

—Porque lo hizo su padre —dijo como si fuera tonto—. Y los demás apenas podemos cuidarlo al dormir fuera.

—¿Fuera?

—Lo entenderéis si venís.

Empezó a caminar por la playa y los tres se miraron. —¿Vamos? —preguntó Sabrina con desconfianza.

—Yo no iría —dijo Igor muy serio—. Es buscarse problemas.

—¿Sabes hacer fuego? —preguntó Larlene —. Además, me muero de curiosidad por ver cómo viven. Igual no es tan malo como dormir al raso. Vamos. —Se apuró acercándose al chico. —Nos estabas vigilando, ¿verdad?

—Claro. No os quitarán ojo hasta que...

—No confíe en nosotros.

—Eso. —La miró de reajo. —Además quería que durmierais en nuestra playa. No le gusta que rondéis por la isla a vuestro antojo. Está cabreado porque cuando dijo vamos no nos seguisteis como todos los demás y ha tenido que enviarme a mí.

—Es que nosotros somos especiales, chaval —dijo Sabrina divertida—. Vamos por libre.

—No le hagas caso. —Larlene la advirtió con la mirada. —Creíamos que hablaba con sus hombres y que teníamos que buscarnos la vida. Por cierto, ¿mi paracaídas...?

El chico se detuvo y la miró con desconfianza. —¿Por qué preguntas por él?

—Porque es mío.

—No, es mío. Yo lo recogí del árbol. —Dando la conversación por terminada siguió caminando.

—Al parecer nos tendremos que espabilar la próxima vez —dijo Igor alucinado.

—Eso, vosotros espabilaros o vais a durar poco.

—Acabamos de llegar. Deja que nos aclimatemos y puede que te demos una sorpresa —dijo distraída porque vio lo que parecía un tejado—. ¿Eso es una casa?

—Era el barracón de los hombres. Los primeros pobladores de la isla lo dividieron cuando tuvieron familias. Tardaron cinco años en lanzar al primer preso y ahí empezaron los problemas porque también quería su sitio.

—Lógico. Estas tierras no son de nadie salvo del estado —dijo Igor molesto.

—Ellos habían llegado primero. Cinco años antes —le rebatió Larlene.

—Sí, pero es que esto no es su casa. Es una cárcel.

—Eso dijo el padre de Novack cuando llegó varios años después, pero somos muchos para dormir en los barracones, así que allí duermen los niños. Los adultos fuera.

—Por eso este Novack decía lo del refugio —dijo Sabrina por lo bajo.

—Necesitamos convencerle para que nos preste las herramientas.

—Si encontráis algo que le interese... Puede que lo haga.

Algo que le interese. Larlene se mordió el labio inferior. Si no tenía nada. Miró el pez que llevaba Igor en las manos y se dio cuenta de que él pensaba lo mismo. Pero si se lo entregaban Igor no comería y necesitaba comer. Se acercó a él y susurró —No se lo daremos.

—¿Estás segura? Lo tenemos gracias a ti y no tenemos fuego.

—Lo comeremos crudo. Tenemos que conservar las fuerzas. Queda poco para que anochezca y no hace frío. Podemos dormir al raso perfectamente. Veamos lo que nos

encontramos y mañana decidimos qué hacer.

Sabrina asintió e Igor apretó los labios. —Como digáis.

Se detuvo en seco. —No, como digáis no. Quiero saber tu opinión.

La miró a los ojos. —Tengo hambre, pero si tenemos que quedarnos sin comer lo asumiré como lo haréis vosotras si es por el bien del grupo.

—Comeremos —dijo Sabrina.

—¡Eh! —Miraron a James que parecía exasperado. —¿Venís o no?

—Vamos. No cabreemos más al jefe —dijo Larlene casi sin mover los labios.

Caminaron hacia él y rodearon una roca para ver las casitas hechas con ramas de palmeras. Se quedó de piedra porque parecía una tribu como esas del Amazonas que habían desaparecido hacía años con la deforestación de la zona. Vio a los niños corriendo de un lado a otro. Varios asaban pescados en pequeños fuegos al lado de sus casas. Le llamó la atención una mujer de unos cuarenta años que sentada en la arena ante la que debía ser su casa, miraba famélica a la familia que vivía al lado que estaban asando dos pescados. —¿Por qué no se reparte la comida entre todos? —preguntó sin entenderlo.

—Se hizo hace años, pero los que pescaban empezaron a quejarse de que siempre pescaban los mismos. Hubo peleas y murieron unos cuantos, así que el padre de Novack decidió que cada uno se pescara lo suyo.

La ley del más fuerte en estado puro. —Pero los que no pescan pueden hacer otras cosas —dijo Sabrina en voz baja.

—¿Sí? ¿Como qué? ¿Traer el sueldo a casa?

—Oye majo, para no haber salido nunca de aquí te veo muy enterado de todo —dijo Larlene irónica.

James se echó a reír. —Aquí lo que más se hace es hablar.

Larlene vio el otro barracón al otro lado de la playa metido entre las palmeras, pero al parecer iban al que estaba más cerca. Siguieron un camino hasta la entrada, pero James no entró en el edificio sino que se desvió a su izquierda para coger otro sendero. Se quedó de piedra al ver otra edificación. —Esta es la casa del jefe.

—Así que él tiene casa —dijo Igor por lo bajo.

—Tiene que cuidar el fuego.

Sin entender palabra vio como abría la puerta. —¿Novack? ¡Ya estoy aquí! ¡Los he traído!

Abrió más la puerta y Larlene separó los labios de la sorpresa. —Tiene una fragua.

—¿Una qué? —preguntó Igor sin saber de lo que hablaba.

—Los antiguos herreros las tenían para las herraduras de los caballos y esas cosas. Daban forma al hierro. Hacían espadas...—Los tres miraron al chico que sonrió. —¿Esto estaba aquí?

—No, lo hizo su padre.

Larlene estiró el cuello para ver una cama ante el fuego. Cuando hacía calor aquello debía ser un horno. —Al parecer su padre hizo muchas cosas, ¿no?

—Sí, las hizo.

Se sobresaltó volviéndose para ver al rubio tras ella mirándola muy serio. Fue hasta la puerta y la cerró de golpe. James le miró arrepentido. —Lo siento, como querías que les trajera hasta aquí...

—A la playa, James. Sabes que nadie puede venir aquí.

—¿Por qué? —preguntó Larlene.

—¡Porque el último que vino sin permiso quemó tres casas en venganza incluida esta y lo perdimos todo! ¡Y no tengo que darte explicaciones! —le gritó a la cara.

Se sonrojó con fuerza. —Vale.

—Para todos está prohibido venir aquí y más si yo no estoy.

En ese momento llegó un niño corriendo y al verlos a todos allí gimió. No debía tener más de cinco o seis años y miró a Novack con unos ojitos verdes que le dijeron de inmediato de quien era hijo. —Lo siento. Tenía que hacer caca. —Entró corriendo en la casa y cerró la puerta. Novack gruñó antes de cruzarse de brazos y Larlene se quedó mirando la puerta sin entender por qué estaba algo decepcionada. Tenía hijos y puede que su esposa también estuviera por allí. No es que ella quisiera nada con él, claro que no. Pero era decepcionante.

—¿Queríais algo?

Eso la hizo reaccionar y se volvió hacia él. —¿Qué tenemos que hacer para conseguir un anzuelo?

—¿Y cómo sabes que tengo?

—Porque tú eres el terrateniente de por aquí. —La miró sin entender. —Tienes una fragua. Si haces cuchillos, tienes anzuelos.

—No tienes sedal.

—Supongo que lo sacas de los paracaídas. Hoy hemos traído tres. Así que tenemos derecho al sedal gratis.

—Así se habla, amiga —dijo Sabrina poniéndose a su lado—. No sabíamos las normas antes de que nos los quitarais, así que eso es robar. Los queremos.

—¡Eh! —protestó James. Novack frunció el ceño pensando en ello—. ¿No te lo estarás pensando? ¡Lo cogí yo!

—Pero tienen razón. No conocían las reglas. Ellos los trajeron, así que deberían ser suyos.

—¡Pero siempre se ha hecho así!

—Eso no significa que sea lo correcto. —Miró a Larlene a los ojos. —Pero no se los voy

a quitar. Hasta ahora nadie los había reclamado.

—Tres anzuelos, sedal para ellos y nos prestarás una sierra.

—¡Hala! —protestó James—. ¿Estás loca?

—Y fuego.

—Son dos cascos y tres paracaídas, chaval —dijo Igor molesto.

James miró hacia arriba y al ver su cara de mala leche cerró el pico. Novack entrecerró los ojos. —¿Y por qué crees que te voy a dar eso?

Ella sonrió. —Porque no quieres conflictos. ¡Puede que me dé la locura y entre en su casa para coger lo que es mío como me acabas de reconocer!

—Atrévete —dijo James con mala leche.

—¡Según las reglas no puedes hacerme nada! ¡Si robas, mueres!

—¡Me estarías robando tú a mí!

—¡Y una mierda! ¡El paracaídas es mío! ¡Lo traje yo!

—¡Silencio! —gritó Novack interrumpiéndoles. Larlene se cruzó de brazos mirando al jefe fijamente. —Un anzuelo y sedal. Y os prestaré una sierra.

Entrecerró los ojos pensando en ello y miró a sus nuevos amigos que asintieron a toda prisa. —Y fuego. Y un cuchillo.

Novack la miró como si estuviera loca. —Ni hablar. No hay cuchillo.

—Pues una lanza.

—¿Una lanza?

—Es para pescar. Si quiero matar a alguien puedo hacerlo a pedradas.

—Para eso tendrías que acercarte mucho. —Entrecerró los ojos. —Tú sí que has salido del psiquiátrico, ¿verdad?

—No, pero he caído en el peor psiquiátrico del mundo y como decía mi padre hay que adaptarse a las circunstancias. ¿Trato hecho?

Él miró el pez y le dio un vuelco al corazón porque se notaba que tenía hambre. Igor se lo tendió. —¿Trato hecho?

Entrecerró los ojos y se lo quitó de las manos antes de entrar en la casa. Se quedaron mirando la puerta durante varios minutos. Igor empezó a impacientarse, pero le cogió por el antebrazo para que se detuviera. Se abrió la puerta y Novack se detuvo antes de salir viendo como le agarraba del brazo. Apretó los labios antes de tenderles un palo que tenía algo que parecía hilo rodeándolo y una sierra estrecha que en lugar de mango de madera como la que había visto a su jardinero llevaba una especie de mango como los de los cuchillos. —La lanza os la daré cuando la haga. —El niño salió con un palo que tenía una llama y alargó el brazo.

Aliviada Larlene se agachó y cogió el palo de su mano. —Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Adam.

Sonrió más ampliamente. —Yo soy Larlene.

—Que nombre más raro.

—Era el nombre de mi abuela.

El niño abrió sus ojitos como platos. —El mío es el de mi abuelo. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un hombre malo al que se le fue la mano.

—A las niñas no se les pega. Lo dice papá.

Le guiñó un ojo incorporándose y puso la mano alrededor de la llama para protegerla antes de mirar al jefe. —¿Dónde podemos hacer nuestra casa?

—Mientras no estorbe al de al lado donde quieras.

—¿Tiene que ser en esta playa?

—Puedes hacerla en otro sitio, pero las tormentas son más duras al otro lado.

Ahora entendía porque todos estaban en la misma playa. —Muy bien. —Sonrió a sus amigos. —¿Nos vamos?

—Sí. —respondió Igor con el sedal en la mano.

Satisfechos caminaron por la senda mientras los demás les observaban. Cuando se alejaron lo suficiente se sonrieron deteniéndose para ver el sedal. Se quedó impresionada porque se parecía mucho a los que tenía su padre. —Hace buen trabajo.

—Espero que no lo perdamos. Ese no nos da otro hasta que tengamos varios peces para negociar —dijo Sabrina—. Está claro que aquí todo es trueque.

—Y regatear. —Sonrió encantada. —Vamos a buscar un sitio para hacer nuestra casa.

Tardaron una hora en decidirse. Igor y Sabrina no hacían más que discutir sobre si al final de la playa o dentro del palmeral. Lo que tenían claro es que no querían hacer su casa pegada a la de los demás. Mientras tanto Larlene había cogido hojas secas y había hecho un fuego rodeándolo con unas piedras. Sentada al lado del fuego vio como varios apagaban los suyos y frunció el ceño. No lo entendía. ¿Por qué no lo cuidaban? En ese momento llegó Novack y caminó entre las chozas. Una mujer que todavía no lo había apagado llegó corriendo y le tiró arena. Por su cara parecía que le estaba pidiendo disculpas. Sin comprender lo que ocurría vio como el jefe se dirigía hacia ellos. Estaba empezando a oscurecer y no era lógico que apagaran los fuegos. Novack se fue acercando y sin poder evitarlo admiró su musculoso cuerpo. Madre mía, estaba para comérselo. Sus amigos dejaron de discutir y se pusieron a su lado mientras ella se levantaba. Por muy bueno que estuviera no había que confiarse.

—Tenéis que apagarlo.

—¿Por qué? —preguntó Igor empezando a perder la paciencia.

—Porque de noche no puede haber fuegos a la vista. La última vez que nos sobrevoló un helicóptero y había un fuego, se lo pasaron estupendamente pegando tiros a los que estaban a su alrededor.

—Pues mañana nos darás otro. —Larlene se cruzó de brazos. —Este no lo hemos disfrutado. ¿Estaba bueno el pescado?

—Te di el fuego. Yo cumplí.

Se volvió alejándose y furiosa dejó caer los brazos apretando las manos. Menuda cara tenía. —¡Podías habernos avisado!

—Lo acabo de hacer.

—¡Joder! —Igor furioso empezó a dar patadas en la arena para apagar el fuego.

Entrecerró los ojos viendo cómo se alejaba. —Tranquilo, amigo. Esto es un negocio. Vamos a ver quién es el mejor negociando. —Se volvió hacia sus amigos. —Mañana necesitamos pescar y pescar mucho.

—Como si fuera tan fácil —dijo Sabrina mirando la sierra—. ¿No deberíamos empezar a trabajar? Este igual nos la quita mañana. Como es un préstamo... A ver si va a ser préstamo diario o algo así.

Después de lo del fuego ella tampoco se fiaba mucho. Se volvió para mirarle, pero ya había desaparecido. —¿Creéis que podéis hacer lo del pescado de hoy sin mí?

—Podemos probar —dijo Igor sentándose en la arena agotado.

—Yo voy a intentar pescar con anzuelo.

—¿No tenéis sed?

Sedientos miraron a Sabrina que hasta tenía los labios secos. —¡Dios, estaba tan preocupada por la comida que ni he pensado en el agua!

—Eso es porque estamos rodeados de ella —dijo Igor.

—Llevamos horas sin beber. —Se volvió y caminó hacia la aldea.

—¿A dónde vas?

—A preguntar dónde está el agua.

—Voy contigo —dijo Igor.

—No, estás cansado. Voy yo. No tardo nada. Además, no siempre iremos juntos a todos los sitios. En algunos momentos necesitaremos intimidad.

—Hablando de intimidad... —Sabrina salió corriendo hacia las palmeras.

Igor parecía indeciso porque cada una iba a un lado. —Quédate aquí. Además, no somos responsabilidad tuya.

Él asintió antes de apretar los labios. No quería que se sintiera responsable de ellas. No era justo. Había caído allí solo y porque hubieran estado en el mismo helicóptero no tenía que encargarse de su seguridad. Caminó hacia la aldea y varios le dieron la espalda cuando iba a preguntarles. Desgraciadamente no veía a James por ningún sitio así que se dirigió a la casa del jefe. Que se fastidiara. Llegó a la puerta y escuchó un crujido a su espalda. Asustada miró hacia atrás, pero no vio a nadie. Aunque todavía no había anochecido del todo debajo de las palmeras estaba oscuro. Estiró el puño para llamar cuando se abrió la puerta. Novack puso los ojos en blanco antes de decir —¿Qué quieres ahora?

—Tenemos sed. ¿Dónde está el agua?

Él sacó la cabeza y señaló hacia arriba. Asombrada miró el cielo totalmente despejado. — ¡No fastidies!

—Desde que prohibieron el plástico no tiran los bidones. El cristal se rompe —dijo con ironía.

Entrecerró los ojos. —¿Tienes agua?

—Puede, pero es más cara que la comida.

—Me cago en la leche —dijo por lo bajo asombrada de sí misma porque ella casi nunca decía tacos.

—¿Leche? Como no sea materna...

Molesta le miró a los ojos. —¿Te divierte?

—En este momento mucho, la verdad. Esa lanza que tengo que hacer, te va a salir cara.

Sería cabrito. —En cuanto pesque...

—¿Es broma? Puedo pescar mucho más que tú. Tengo más práctica.

—Pues hoy no tenías.

—¡Por ir a buscaros tuve que dejar de pescar! —Dio un paso hacia ella.

—¿Qué quieres?

—No tienes nada que quiera. —Sonrió cruzándose de brazos.

—Estoy empezando a cogerte un odio...

—¡Pues mira, ya somos dos! —Le cerró la puerta en las narices y ella jadeó asombrada por su grosería. Golpeó la puerta con el puño y esta se abrió de golpe. —¡Qué!

—Siento molestarte —dijo con ironía sorprendida de sí misma porque otro estaría temblando de miedo por su mirada pues parecía que quería matar a alguien—. ¿Qué hacen los que llegan cuando no tienen agua ni perspectivas de que llueva ni bidones en donde recogerla?

—Intentar robarla.

Atónita preguntó sin aliento —¿Te los cargas?

—Depende.

—¿Y por qué no se la dais y ya está?

—¡Porque los bidones no sobran y cada año se rompen más, Larlene! ¡Creo que no te das cuenta de donde has caído! ¡No tenemos una mierda y solo intentamos que nuestros hijos sobrevivan hasta que sean lo bastante mayores para protegerse solos! ¡No nos culpes por

proteger lo poco que tenemos con uñas y dientes!

Se sintió culpable porque él había nacido allí en esas condiciones y llegaba ella exigiendo cuando no tenía ni idea de cómo era vivir años en esas circunstancias. —Lo siento —dijo avergonzada.

Se volvió para irse y él apretó los labios viendo cómo se alejaba. —Lloverá mañana. — Se le cortó el aliento y se volvió para mirarle. —Al amanecer. Estamos en época de lluvias. Suele llover por la mañana. —Entró en la casa y salió con un bidón de unos cinco litros de agua que estaba a la mitad. —Diez peces.

Sonrió acercándose. —Hecho. —Al coger el bidón tocó su mano y sintiendo un hormigueo por el roce se sonrojó sin poder evitarlo. Le miró tímidamente y susurró —Gracias.

Él asintió y Larlene caminó a toda prisa. Sintiendo su mirada en su espalda miró sobre su hombro y Novack entró en la casa cerrando la puerta con fuerza. Sonrió emocionada y se mordió el labio inferior. Jamás se había sentido así con un hombre. Abrazando el bidón sintió aún su tacto y unas mariposas en el estómago que la hicieron soltar una risita. De repente se sintió observada y se detuvo antes de mirar hacia atrás, pero no vio a nadie. Se le pusieron los pelos de punta y echó a correr. Afortunadamente la aldea estaba a unos pasos y corrió pasando de largo las chozas mientras varios la miraban. Igor se puso de pie cuando la vio llegar corriendo. —¿Qué ocurre? ¿La has robado?

—¡No! —Sonrió aliviada. —Diez peces. —Le tendió el bidón y la miró sin poder creérselo. —Hay que cuidar mucho el bidón porque aquí son como el oro. Los cerdos que nos dejaron aquí no tiran agua y no hay donde recogerla.

Igor entrecerró los ojos entendiendo. —Bien.

Miró a su alrededor. —¿Dónde está Sabrina?

—No sé. No ha vuelto y me daba palo ir a mirar.

Lo entendía, así que cogió la garrafa después de que él bebiera y le dio un buen sorbo. —

Vete pensando cómo haremos para coger agua. Mañana lloverá y tenemos que llenarla.

Él asintió frunciendo el ceño y Larlene se alejó por donde Sabrina había desaparecido. Caminó entre las palmeras y al escuchar un gemido se tensó asustada. Se le pusieron los pelos de punta y se agachó cogiendo una piedra para escuchar cómo alguien susurraba —Como abras la boca mis amigos te cortarán el cuello, zorra.

Larlene dio un paso hacia la voz para ver como un hombre tras su amiga la sujetaba con un brazo sin que ella opusiera ninguna resistencia. El tipo con la mano libre le acariciaba los pechos con lascivia. Vio que Sabrina tenía los pantalones bajados como si la hubiera sorprendido y como el tipo llevó la mano que tenía ocupada con sus pechos hasta el cierre de su pantalón abriéndoselo a toda prisa. Larlene entrecerró los ojos sintiendo que la rabia la recorría y sus pies descalzos no hicieron ningún ruido mientras se acercaba. Vio como cogía su sexo erecto y como Sabrina cerraba los ojos cuando Larlene gritó sorprendiéndoles. Se lanzó sobre el tipo y le pegó con la piedra en la cabeza varias veces hasta que este se tambaleó cayendo al suelo tirándola con él. Fuera de sí no dejó de golpearle temiendo que se levantara y Sabrina gritó pidiendo ayuda.

Igor llegó con el bidón y el anzuelo en la mano. Asombrado miró al tipo y Larlene que manchada de sangre no dejaba de mirar al hombre con la respiración agitada por si se levantaba. —Joder, ¿pero qué ha pasado?

Se escucharon varios gritos y los tres se miraron asustados. Brandon fue el primero en llegar y tras él varios de los suyos incluido Novack que entrecerró los ojos mirando al hombre. Larlene aún con la piedra en la mano la dejó caer. Novack dio un paso hacia ella. —Le has matado. —No era una pregunta porque para todos era evidente. —Ahora me vas a decir la razón.

—Intentaba violarme. Ella llegó por detrás y le arreó —dijo Sabrina descompuesta.

Larlene se puso a temblar y sus ojos fueron a parar al muerto. Al ver toda esa sangre sintió una arcada y se giró para vomitar lo poco que tenía en el estómago. Sabrina se acercó a ella y se agachó para cogerla por los hombros. —¡Solo me defendió!

Igor dejó las cosas al lado del muerto y no esperó para quitarle del todo los pantalones. —
Creo que voy aprendiendo cómo se hacen las cosas aquí. Esto nos servirá de algo.

Novack apretó los labios viendo como revisaba sus bolsillos mostrando un anzuelo mientras varios salían corriendo seguramente para quedarse con lo poco que tuviera en su choza, si es que tenía algo. Dio un paso hacia Larlene que se miraba las manos manchadas de sangre. —
El cadáver es tuyo. Tú decides lo que debes hacer.

Se le cortó el aliento levantando la vista. —¿Qué?

—Puedes usarle de cebo o lo que tú quieras.

Le miró horrorizada al igual que Sabrina e Igor porque sabían perfectamente a lo que se refería. —Dios mío...

—Algunos no tienen escrúpulos y es carne. Tú decides.

Negó con la cabeza. —No lo quiero.

Varios hombres tras él dieron un paso hacia ellos y Novack asintió. Cogieron el cuerpo a toda prisa y se lo llevaron mientras otros les observaban. —¿Hacéis esto con todos? —Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Si muero me pasará eso?

Novack negó con la cabeza. —Solo lo hacemos con los que infringen las reglas. Los demás son enterrados. Pero cada vez hay menos peces y más hambre. Puede que en el futuro la cosa cambie. De momento lo hacemos así. Tengo que pensar en los que aún viven —dijo como si odiara tener que tomar esas decisiones. Se volvió alejándose y Larlene se le quedó mirando, dándose cuenta del gran peso que llevaba sobre sus hombros.

Sabrina susurró —Gracias.

La miró a los ojos con sorpresa. —¿Por qué me das las gracias?

—Por ayudarme. Ven, tienes que bañarte. Igor préstale la camiseta.

Él no lo dudó y se la quitó a toda prisa, pero en ese momento Aleka dio un paso hacia

ellos y estiró la mano con un pedazo de tela. —James te da esto por el paracaídas. Entendió tu postura y cree que te lo debe, pero le da vergüenza dártelo.

Sonrió y Sabrina se lo cogió de las manos. —Gracias.

Aleka susurró —Es muy valiente lo que has hecho. Pocos de aquí hubieran movido un dedo por ella. —Brandon se acercó a Aleka y la cogió por los hombros volviéndola. Le susurró algo al oído y la besó en la sien mientras se alejaban demostrando que eran pareja. Ver esa ternura entre tanto horror le provocó un vuelco al corazón.

—Ven, tienes que lavarte.

Capítulo 3

Horas después mientras sus amigos dormían ella estaba en la orilla de la playa mirando el mar sin poder creerse todavía lo que había cambiado su vida en unos meses. De tenerlo todo, de ser una chica rica despreocupada había acabado allí y aún no se lo creía. Era como estar en un sueño o más bien en una pesadilla.

Cuando su padre la reunió en su despacho una tarde, jamás se imaginó que su vida daría un giro radical y que perdería todo lo que amaba en unos meses. Una lágrima recorrió su mejilla pensando en su padre. En si aún seguiría vivo. Sentía una pena tan enorme por no poder estar a su lado... Eso era lo que más le dolía, que su prima le hubiera quitado ese momento de despedirse de él y no poder cumplir su promesa. Jamás le había hecho prometerle nada y no podría hacerlo. Si pudiera la estrangularía con sus propias manos, pero la frustración la hizo sollozar mirando el muro a lo lejos.

Dios, ni se creía aún que había matado a un hombre. En Nueva York no había violencia, al menos en apariencia. Apenas había crímenes o robos. Habían creado la sociedad perfecta y era porque existía ese infierno. Vio como las nubes se acumulaban en el cielo lo que le recordó que llovería. Miró hacia atrás para ver a sus amigos dormidos. Les dejaría descansar un poco más, para ellos también debía ser duro. Al volver la vista hacia el mar vio que algo se movía en la orilla y se le cortó el aliento al ver como Novack se acercaba. Al parecer él tampoco podía dormir. Se secó las lágrimas disimuladamente y miró el mar. Cuando llegó a su lado se sentó sin decir palabra y miró el muro. Se quedaron en silencio varios minutos hasta que ella le miró de reojo.

—No somos monstruos —dijo en voz tan baja que era apenas imperceptible, pero Larlene

le escuchó.

—No he dicho que lo seáis. De hecho, me parecéis muy valientes.

La miró a los ojos. —¿Valientes?

—Por intentarlo, aunque sabéis que no vais a conseguir nada.

—¿Acaso no es lo que haces tú?

Apretó los labios. —Supongo que es el instinto de supervivencia.

Sonrió robándole el aliento. —Sí, cuando llegaste nos quedó claro que estabas encantada de estar viva.

Correspondió a su sonrisa sin poder evitarlo. —Igual no pienso lo mismo en unas semanas.

Él miró al mar de nuevo. —He nacido aquí, ¿lo sabías?

—Me lo he imaginado al enterarme de que tu padre vivió aquí.

Novack asintió. —Nunca he visto tu mundo. Y no llego a imaginarlo, aunque me lo han descrito miles de veces. —Larlene lo entendía. —Nunca he visto un pastel, ni pizza. Nunca he visto un televisor.

—No te pierdes mucho. Bueno, con lo de la pizza sí. Te morirías de la impresión —dijo divertida.

Eso le hizo perder la sonrisa. —Algunos se matan, ¿sabes? No soportan cómo vivimos ni lo que hacemos para sobrevivir.

—Es comprensible. Se rinden.

La miró a los ojos. —No me gustaría que tú te rindieras.

Se le cortó el aliento viendo cómo se levantaba y se alejaba dando por terminada la conversación. Asombrada miró el mar y sintiendo que algo se calentaba en su pecho sonrió sin poder evitarlo antes de mirar de nuevo hacia Novack. Lo había dicho como si fuera importante

para él, pero eso no podía ser, ¿o sí? Acababan de conocerse. Igual lo había dicho por ser amable, aunque Novack no parecía amable en absoluto. Cuando se alejó hasta las cabañas vio como miraba hacia ella, pero no llegó a ver su rostro. Se abrazó las piernas mientras su corazón se aceleraba. Puede que no fuera tan rudo como quería aparentar. Le había dado el bidón cuando no tenía por qué. ¿Y si le gustaba? De repente frunció el ceño. ¿Pero este no estaba casado? Ah, no. Eso sí que no. Puede que allí no hubiera más que unas cuantas reglas, pero por eso no pasaba. Ella era muy tradicional. Una boda... Detuvo en seco ese pensamiento porque era absurdo. ¡Larlene espabila y mira a tu alrededor! Suspiró mirando el muro porque no cumpliría ninguno de sus sueños. Vio un rayo en el horizonte. —Hora de despertar, chicos.

Bajo el aguacero solo tuvieron que mantener la garrafa debajo de una planta que tenía una hoja enorme. Se llenó en nada de tiempo y sentados bajo una palmera esperaron.

—Madre mía, cómo llueve y nosotros sin bidones —dijo Sabrina asombrada.

Los dos la miraron antes de echarse a reír a carcajadas. —Seguro que en tu vida hubieras pensado que ibas a decir esa frase —dijo Igor.

—Pues no.

Larlene miró fijamente el muro. —¿Qué tendrán en la isla de al lado?

—¿De qué lado? —preguntó Igor.

—De cualquiera. —Entrecerró los ojos y le miró. —Nado muy bien. Fui campeona estatal.

—¿Qué se te está ocurriendo? ¿Quieres ir a la isla de al lado a robar? —preguntó Sabrina asombrada.

—No tenemos de nada. Necesitamos un cuchillo para defendernos y aquí no lo conseguiremos todavía. —Miró el muro de nuevo. —Además aquí no podemos robar. Puede que

allí haya mucho más. Si consiguiéramos dos o tres bidones... ¿cómo vamos a hacer cuando no llueva? Pueden pasar semanas sin caer una gota y un bidón no será suficiente.

—¿Estás loca? ¿Y cómo vas a salir de allí sin que se den cuenta? Cargada de bidones si es que los tienen, ¿crees que no te van a pillar?

Tenía razón, era una tontería. Entonces frunció el ceño. —Durante años tuvieron bidones. En ellos llegaba el agua. ¿Qué hacían con ellos?

—No debían servirles de mucho después de que los vaciaban —dijo Igor—. Los tirarían.

Abrió los ojos como platos. —¡Los tirarían al mar! ¡Cómo toda la basura que se tiraba hacía años y por eso prohibieron ese material porque no era biodegradable!

—Claro, ¿dónde si no los iban a tirar? Por aquí no pasa el camión de la basura.

Se le cortó el aliento mirando la orilla. —Entonces están ahí.

—En la orilla no están, eso está claro. ¿Sabes bucear?

—No sé si lo suficiente.

—Lo lógico es que se encuentren cerca de los pilares —dijo Sabrina pensando en ello—. Debe ser la parte más profunda entre las islas.

Debía haber dos kilómetros hasta el muro y eran otros dos de vuelta. Eso por no hablar de que tenía que sumergirse entre tanto para buscar los bidones. Pero los necesitaban. Eran escasos y tendrían el agua asegurada. Se levantó y se miró el pareo que se había hecho con la tela del paracaídas. Ahora entendía por qué las mujeres llevaban una especie de bikini con esa tela porque si se mojaba no se transparentaba y así tapaban lo justo para ahorrar tela. Miró hacia la aldea y de repente corrió hacia allí.

Sus amigos fruncieron el ceño. —¿Y ahora qué hace? —preguntó Igor asombrado.

—No lo sé, pero me da que nuestra socia es algo inquieta.

Se acercó a la primera choza y llamó a la puerta. Un hombre la abrió y la miró con cara

de pocos amigos como si pensara que le iba a pedir algo. —¿Puedes decirme dónde vive Aleka?

Señaló con el dedo. —Es aquella. La que tiene un banco fuera.

—Gracias. —Salió corriendo hacia ella y llamó a la puerta. Brandon la abrió y se cruzó de brazos. —¿Está Aleka?

—¿Qué quieres?

—¿Amor? —Aleka apareció a su lado y sonrió. —Por favor pasa, te estás mojando.

—No, no quiero mojarte la casa. Tengo una duda.

—Dime.

Miró su cuerpo. —¿Cómo se hace eso?

Aleka sonrió. —Amor vete a dar una vuelta.

—¡Está lloviendo!

—¡El agua no mata! ¡Vete a ver a Novack, que seguro que tiene algo que ordenarte! —Le hizo un gesto con las manos para que saliera. —Vamos, vamos, no seas pesado. Tenemos que hacer cosas de mujeres.

Brandon gruñó saliendo de la cabaña. —Como le hagas daño... —Larlene levantó una ceja y este gruñó de nuevo.

—Pasa, por favor. Bienvenida a mi hogar.

—Gracias —dijo tímidamente porque sabía que era un gran paso para ellos que la invitaran a su vivienda. Se quedó sorprendida en la puerta porque tenían una cama cubierta por varias telas de paracaídas, una mesa y dos sillas. Incluso el suelo estaba cubierto por lo que parecían esteras hechas con hojas de palmeras y había varios artilugios del mismo material colgados por las paredes. Había sombreros, cestos y varias cosas más, pero lo que la dejó de piedra fueron los bidones de agua que allí tenían y eso le hizo darse cuenta de que debían de espabilarse porque sino no sobrevivirían. Había al menos treinta apilados en una esquina. Se

quedó fascinada viendo dos muñecos de paja cogidos de la mano. —Vaya... Sí que es un hogar. ¿Los has hecho tú? —Aleka asintió. —Son hermosos.

—Gracias —dijo satisfecha—. Dame la tela. Haremos solo uno para que la tela que sobre se pueda aprovechar en otras cosas.

—¿Y qué cosas son esas?

Aleka rio por lo bajo. —Eres lista y curiosa.

—Eso decía mi padre.

Se desanudó el pareo y Aleka lo cogió en sus manos sacando el cuchillo de su espalda. —Necesitarás más tela para pasar los días que haga frío. Que los habrá después del verano. Ahora estamos saliendo del invierno y ya no hará frío, pero debes pensar en ello.

—Bien. —Cortó la tela con eficiencia y se acercó con una tira gruesa. —Si no quieres que se te suelte debes hacerlo así. Rodeó sus pechos con la tira dos veces y en lugar de hacer un nudo cogió los extremos llegando al centro de sus pechos. Pasó las tiras por detrás de la tela de su canalillo e hizo un nudo para luego subirlos hasta su nuca anudándolo detrás. Sorprendida vio que era exactamente como un bikini. Incluso había tenido bikinis que no sujetaban tanto. Sonrió encantada antes de mirar sus ojos ambarinos. —¿Y lo de abajo?

—Eso es igual de fácil. —Cortó otro pedazo de tela mucho más grueso. De hecho antes de cortar la miró y asintió pasando el cuchillo. Cuando se acercó con la tela le dijo —Métete ese extremo por entre las piernas. Ella lo hizo y lo sujetó mientras Aleka pasaba la tira cubriendo su cadera derecha para hacer una especie de falda que cubrió su trasero y cuando llegó con el extremo de vuelta hasta su pelvis lo metió entre sus piernas escondiéndolo entre la tela que cubría su trasero. —¿No se me soltará?

—Si te lo haces bien no. Además falta esto. —Tiró del extremo de atrás y cogió la tira que ella había sujetado desde el principio para atarlo en su cadera. —Para hacer tus cosas solo tienes que apartar las tiras. Ni tienes que quitártelo.

Se movió y se dio cuenta de que tenía razón. ¡No se movía! Asombrada la miró a los ojos y Aleka se echó a reír. —Ya eres una de las nuestras.

—Gracias. —A toda prisa fue hasta la puerta.

—¡Te olvidas la tela!

Se volvió antes de salir. —Para ti por haberme ayudado.

Aleka negó con la cabeza cogiéndola y se la tendió. —No hace falta, de verdad. Ha sido un placer.

Vio que parecía avergonzada y se preocupó. —No he querido insultarte, pero es que...

—Lo sé. —Sonrió para que se tranquilizara. —No te preocupes.

—¿Podemos ser amigas?

La miró ilusionada como si no hubiera tenido una amiga en la vida y eso le pareció extraño porque había varias mujeres de su edad. —Estaría encantada de ser tu amiga.

Sonrió ilusionada. —Gracias. ¿Me guardas la tela? Ahora voy a probarlo.

—¿De veras? ¿A qué te refieres? —Cuando salió bajo la lluvia dijo frunciendo el ceño al ver que iba hacia la orilla —Larlene está lloviendo.

—Me voy a mojar igual. ¡Te veo luego y te traeré un regalo si lo encuentro! —gritó corriendo y metiéndose en el agua.

Parpadeó sin entender. —¿Un regalo?

Un par de horas después Aleka, Sabrina e Igor miraban hacia la playa. Había dejado de llover y hacía un sol de justicia. Brandon y Novack se preparaban para salir a pescar y cuando les vieron allí parados se pusieron a su lado mirando hacia donde miraban ellos. —¿Qué ocurre? —preguntó Brandon a su esposa.

—No ha vuelto —respondió preocupada.

—¿Quién no ha vuelto?

—Larlene.

Sin dar más explicaciones siguieron mirando el agua mientras Novack se tensaba. —¿No ha vuelto de dónde?

Todos señalaron el muro y Brandon miró a su amigo sin comprender. —¿Ha ido hacia el muro?

—¡No lo sé! Aleka, ¿qué estás diciendo?

—Ha ido a buscar más bidones —dijo Sabrina exasperada—. ¡Solo teníamos uno y ha ido a buscar más porque sabe que escasean!

Igor se pasó la mano por la nuca. —¿Creéis que se ha ahogado?

Todos se quedaron en silencio y Novack juró por lo bajo. —¿Cómo se le ocurre? ¿Por qué iba a encontrar bidones?

—¡Allí! —gritó Sabrina viendo un reflejo. Para asombro de todos vieron una fila de bidones muy sucios que se acercaban y unos pies que se movían de arriba abajo chapoteando en el agua. —¡Lo ha conseguido! —gritó muy contenta cogiendo a Igor y dándole un beso en los morros.

Novack sin salir de su asombro dejó caer la caña y metió las piernas en el agua para asegurarse de que era ella. De repente apareció su cara y vio que estaba exhausta. Se lanzó al agua nadando hacia ella al igual que Brandon. A toda prisa llegó hasta los bidones y se sumergió saliendo al otro lado para verla agarrada a ellos. Había atado las asas con la tira que había llevado en los pechos y había podido rescatar doce bidones. Al coger el primero se dio cuenta de que tendría un problema porque no tenía tapón, pero vio uno roto que sí lo tenía, así que tuvo que buscar entre ellos los tapones. La vuelta fue lo más fácil porque había sido como llevar flotadores, pero aun así estaba agotada. Cuando vio a Novack sin pensar soltó los bidones y se

agarró a sus hombros. —Estás loca, ¿lo sabes?

—Sí, pero lo conseguí.

—Joder, ¿hay muchos? —preguntó Brandon asombrado tirando de los bidones hasta la orilla.

—Es un vertedero. —Miró a Novack a los ojos. —Y hay de todo. —Pegándola a él se dejó llevar hacia la orilla muy consciente de sus pechos desnudos contra su torso.

Igor se quitó la camiseta y entró en el agua hasta los muslos tirándosela. Novack la cogió y les dio la espalda poniéndosela por la cabeza para cubrirla. Al bajar la camiseta rozó su seno y se le cortó el aliento mirando sus ojos. Novack apretó las mandíbulas y siseó —No vuelvas a hacer algo así. —La cogió en brazos y salió del agua para sentarla sobre la arena.

—Lo conseguiste —dijo Aleka impresionada agachándose a su lado.

Ignorando como temblaban sus piernas le sonrió y se miró la muñeca desatándose la red de pescar que había cogido y que tenía varios plomos incrustados. —Para ti.

—¿Para mí?

—Te dije que traería un regalo.

Emocionada lo cogió. —Gracias.

Brandon sonrió al ver la ilusión que le hacía y Larlene no se hubiera sentido mejor si le hubiera dado un millón de dólares. Novack arrodillado a su lado la cogió de la barbilla para mirarla a la cara. —¿Qué hay allí?

—De todo. Ni sé cómo los peces pueden pasar entre los pilares, que están más profundos de lo que creía. La basura los cubre. Hay de todo. He visto hasta la cabeza de una muñeca. Es evidente que eso no estaba aquí. Creo que las corrientes han arrastrado la basura. Igual porque al construirse esto alteraron algo, no lo sé. Lo único que sé es que ahí abajo hay de todo. Hasta he visto una rueda de bici.

Novack entrecerró los ojos. —¿Está muy profundo?

—Bastante. —Varios se fueron acercando y vieron los bidones. —Necesitamos una barca.

—No se permiten las barcas. Mi padre hizo una y los guardias por poco le matan de un tiro. Ni se cómo se enteraron.

—Por el satélite.

—¿El qué?

—Un satélite vigila La colmena. Si quieren vernos ahora mismo pueden hacerlo a través de una enorme cámara que hay en el cielo. Verían la barca y enviarían a un helicóptero creyendo que era un intento de fuga.

—¡Y cómo iba a traspasar el muro! —gritó frustrado.

—No lo sé.

Se levantó y apretando las mandíbulas miró los bidones que Igor estaba desatando. Uno estaba abollado, pero parecían estar en buen estado. —Se pueden lavar con agua y arena —dijo viendo que Igor levantaba uno totalmente negro.

—Gracias.

Sabrina se agachó a su lado. —¿Estás bien?

—¿Habéis pescado algo?

—No. Lo intentamos, pero después lo dejamos preocupados porque no volvías. Ahora volveremos a la tarea.

—Igor debe tener hambre. —Todos vieron impresionados como intentaba levantarse y Novack la cogió en brazos antes de que lo hiciera. Caminó entre las chozas y susurró —Tengo que pescar.

—Creo que por hoy ya has hecho bastante.

—Y la choza...

—Nena, no has dormido nada y no has comido en día y medio. —Entró en su casa y la sentó en la cama. El calor del fuego la hizo suspirar de gusto y miró a su alrededor sorprendida, porque aunque la casa se parecía a la de Aleka tenía herramientas muy rústicas colgadas de las paredes. Incluso tenía unas tijeras. Le puso por encima de los hombros algo que hace tiempo había sido una manta y tocó la tosca tela asombrada. Él hizo una mueca. —Tiene cincuenta años.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Tenemos que hablar y aquí no nos molestarán. —Cogió una silla y la puso ante ella sentándose. Apoyando los codos sobre las rodillas la miró a los ojos fijamente. —No puedes hacer esto.

—¿El qué?

—¡No puedes hacerlo todo en dos días, Larlene! ¡Y menos sin comer! ¿Cómo se te ocurre ir hasta el muro? —preguntó furioso—. ¿Quieres matarte?

—Sé nadar muy bien.

—¿Tanto como para estar horas en el agua a esa distancia y con esa profundidad? ¿Es que estás loca?

Se sonrojó ligeramente, pero le dio muchísima rabia que le estuviera echando la bronca. —¿Y a ti qué te importa?

La cogió por la nuca haciendo que le mirara a los ojos. —No me cabrees, nena. Esta mañana te lo dejé muy claro. —Su corazón dio un vuelco en su pecho y sin aliento separó los labios sin darse cuenta. Él los miró y por un momento pensó que la besaría, pero la soltó muy tenso. —Ahora escúchame. Te proporcionaremos comida y haremos tu casa. A cambio solo te dedicarás a sacar cosas del mar.

—Pero no podré quedarme con nada. Prefiero hacerlo por mi cuenta y negociar con lo que consiga.

—¡Mira, tus amigos no conseguirán comida! ¡Lo han demostrado! ¡Y tienes que comer!
¡Yo te acompañaré y te ayudaré a traer lo que encuentres!

—Acaban de empezar. ¡Y no pienso tomar una decisión así sin su consentimiento!

—¡Parece que no te das cuenta, pero eres tú la que tira de ellos! Ese con sus enormes músculos no te sirve para nada.

Entrecerró los ojos. —Servirá. ¡No pienso dejarles de lado! —le gritó a la cara.

—¡Serán un lastre para ti! —le respondió de la misma manera—. ¡Ese no vale para nada!

Se le quedó mirando asombrada. —¡Estás celoso de él!

—¿Qué dices? —siseó con desprecio.

—¡Te revienta que le ayude!

—¡Pues ya que lo dices sí! ¡Debería ser él quien te ayudara a ti si tanto te aprecia!

—Y te vuelvo a preguntar... ¿A ti qué te importa?

La miró con rabia antes de entrecerrar los ojos. La manta le cayó de los hombros y molesto se la volvió a poner. —¿Estás casado? —A Novack se le cortó el aliento volviendo el rostro hacia ella que se lo comió con los ojos. —Tienes hijos...

—La madre de mi hijo murió hace dos veranos —dijo con voz ronca.

Mareada por su proximidad susurró —Cuando llegamos le dijiste a Igor que si quería estar con una mujer tenía que pedirle permiso. ¿Vas a pedirme permiso en un futuro cercano?

Novack se acercó aún más y cerró los ojos de placer al sentir su aliento. —¿Crees que debería?

La puerta se abrió de golpe y Larlene chilló del susto. Novack gruñó girando la cabeza para ver a su hijo en la puerta mirándola con los ojos como platos hasta que reaccionó. —¿Qué hacéis? —preguntó el niño mosqueado.

Larlene se sonrojó. —Nada. Hablar de negocios.

—Adam, ¿no tenías que estar con los niños?

—James dice que va a por bidones.

Novack juró por lo bajo antes de salir corriendo. Incómoda se levantó. Adam como si nada se sentó en la silla donde estaba su padre segundos antes y se la quedó mirando fijamente. Carraspeó forzando una sonrisa. —Bueno... Yo me voy.

—Quiero hablar de negocios.

Divertida levantó una ceja. —¿No me digas? —Se sentó mirándole fijamente. —Te escucho.

—Tengo un anzuelo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó con desconfianza.

—Se lo he ganado a Bobby con la honda.

—Vaya, estoy impresionada.

El niño levantó la barbilla. —Pues sí. Lo tengo y quiero por él un mechón de tu pelo.

—¿Un qué?

—Un mechón de tu cabello. Las mujeres de aquí dan un mechón de su pelo a sus hombres para demostrarles que les quieren. Te doy un anzuelo si me lo das para que pueda pasárselo por los morros a Bobby.

Tuvo que reprimir la risa. Entendió que las mujeres daban algo que se consideraba hermoso al hombre que querían como una manera de demostrar su amor. —No puedo darte un mechón de mi cabello. Eso se lo daré a mi marido. —Adam entrecerró los ojos no muy contento. —Ni por un anzuelo ni por mil. Pero tengo curiosidad, ¿qué les dan los hombres a sus amadas?

—Le dan todo lo suyo. Los hombres tienen muchas más cosas que las mujeres.

Levantó las cejas sorprendida por ese pensamiento tan machista, pero debía tener en cuenta que vivían como en la Edad Media. Ellos proporcionaban el alimento y ellas cuidaban la

casa. Pero Larlene no había nacido allí, así que aquello no iba con su manera de pensar.

Miró a su alrededor y vio todo lo que Novack poseía. Se le cortó el aliento al entender lo que ocurría. No había rogado su ayuda como debían hacer otras mujeres. Ella negociaba con lo poco que tenía y había logrado sorprenderle. Su pecho se calentó porque sabía que en el fondo la admiraba y eso era mucho más que si le regalaba todo el oro del mundo. Sonrió sin poder evitarlo y le preguntó al niño —¿Y qué hacen con el mechón?

—Una pulsera. Que no se quitan nunca hasta que...

—El destino les separa.

Adam entrecerró los ojos. —No, hasta que alguno se muere.

Rio por lo bajo. —Es lo mismo.

—¿De veras?

Escuchó voces en el exterior y se levantó en el acto quitándose la manta. —Adam no salgas.

El niño se quedó en la puerta mientras ella corría hasta la aldea y se encontró con que Igor era sujetado por dos hombres mientras Sabrina gritaba a Novack —¡Ni hablar!

—¿Qué pasa aquí? —Se acercó a Igor. —¡Soltadle! —Novack asintió y le soltaron mientras su amigo les miraba con rabia. —¿Qué pasa? ¿Por qué discutís?

—No puedo consentir que los hombres se tiren al mar a por lo que puedan conseguir —dijo Novack sorprendiéndola—. ¡Morirán todos!

Eso podía entenderlo. —¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—¡O se lo prohíbo a todos o no se lo prohíbo a nadie! ¡Y todos somos iguales!

Larlene entrecerró los ojos. —No sé si me gusta por donde vas. —Dio un paso hacia él. —¡Habla claro! ¡No se os había ocurrido ir a por los bidones y como nosotros hemos pensado en ello, nos lo quieres prohibir para no alterar la convivencia! ¡Pues lo siento mucho! ¡Nadie ha

movido un dedo por nosotros desde que llegamos! ¡Así que no nos culpéis porque nos busquemos la vida! ¡Vosotros teníais bidones y todo lo que hay en la isla y los recién llegados no tenemos nada! ¡Y sois tan egoístas que hasta los paracaídas nos quitáis en cuanto aterrizamos sin tener ni idea de lo que ocurre! —gritó rabiosa—. ¿Vuestras reglas? ¡No tengo por qué seguirlas cuando nos habéis rechazado desde el principio, esperando que nos muramos en una esquina para después aprovechar nuestros cuerpos como carnaza para peces por no decir algo peor! ¡Pienso seguir sacando todo lo que pueda del mar para vivir lo mejor posible y si tus hombres no son capaces de alcanzar mi objetivo no es mi problema! ¡No escuché ninguna regla sobre no nadar hasta el muro cuando llegamos!

Varios murmuraron y Sabrina dijo —Bien dicho, amiga. Menuda cara tienen.

—¡Yo soy muy capaz de nadar hasta allí! —dijo el hombre que le había hecho ese gesto obsceno cuando llegó.

—Pues inténtalo.

Novack apretó los puños. —Podemos negociar.

—¿Negociar? ¿Negociar con algo que puedo conseguir yo misma? ¿Qué tienes tu que pueda interesarme? ¿No fue lo que me dijiste a mí? ¡Si hasta por media garrafa de agua me has pedido diez peces! Y nos diste el fuego sabiendo que tendríamos que apagarlo apenas una hora después mientras te comías nuestro pescado. Tranquilo, que tus peces los tendrás. —Levantó la barbilla. —Chicos, nos vamos. Tenemos mucho que hacer.

Todo el pueblo vio cómo se alejaban hacia el final de la playa. Igor tiraba de los bidones y Sabrina nerviosa miró sobre su hombro. —Como nos quite la sierra...

Furiosa apretó los labios para ver un montón de ramas de palmera donde iban a hacer su refugio. Al parecer Igor había estado ocupado. —Tenemos que hacer la casa cuanto antes para guardar las cosas o terminarán robándonos.

Igor asintió. —Intentaré hacerla lo más rápido posible.

—Yo mientras tanto lavaré los bidones y rezaré porque llueva mañana de nuevo.

Ignorando el cansancio suspiró. —Yo intentaré pescar.

Capítulo 4

En cuanto llegaron cada uno se puso a su tarea. Se puso la parte de arriba como le había enseñado Aleka y apretó los labios pensando en su nueva amiga. Esperaba que todo aquello no estropeará su reciente amistad porque parecía muy agradable. Pensando en ella cogió el sedal de la arena y miró hacia la aldea donde los demás seguían reunidos escuchando a Novack. Se pasó un rato buscando cebo y cuando tuvo cuatro almejas, quitó la carne y la enganchó en el anzuelo como su padre le había enseñado para que el pez no se lo robara. Lanzó el sedal pensando que uno de los plomos que le había regalado a Aleka le hubiera venido estupendamente. Tiró el anzuelo de nuevo y empezó a enrollar el sedal en la madera.

Al mirar al muro pensó en todo lo que había visto y en la barca que necesitaba. Al parecer no podían hacer una, pero ya que iba a ir sola era vital que encontrara algo que le sujetara en la superficie lo que sacara del agua. Además había cosas que no eran bidones y serían pesadas de transportar.

Un movimiento a su derecha hizo que girara su cabeza y vio que Aleka se acercaba con su tela en la mano. Salió del agua enrollando el sedal y cuando llegó hasta ella sonrió. —Gracias por traérmela.

—Era una excusa —susurró.

Miró tras ella y vio que las observaban. —¿Qué pasa? ¿Siguen maquinando?

—Escúchame, por favor... —La miró a los ojos y vio que estaba muy asustada. —Si no cedes va a haber muchas muertes. Si Novack no impone su voluntad, Peter aprovechará esa debilidad para poner a varios en su contra. Le temen y le envidian porque su padre hizo el fuego como muchas cosas más. Y si le matan a él, matarán a mi esposo porque dará la vida por su

amigo. —Le suplicó con la mirada. —Por favor... Sé que crees que somos unos egoístas, pero hemos visto tantas cosas a lo largo de los años que solo nos protegemos temiendo que nos maten hasta por el cebo para el pescado. Por favor piénsalo, ¿quieres?

Al mirar tras ella vio que varios estaban discutiendo. —No gano nada de esto si cedo. Quienes se beneficiarán serán ellos.

—Una vez mi padre me dijo algo que me llamó la atención. A veces hay que predicar con el ejemplo.

La miró sorprendida y Aleka apretó los labios antes de alejarse. Sabrina e Igor se pusieron a su espalda. —¿Qué ocurre?

—Que hemos provocado que estemos a punto de un golpe de estado.

Igor entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —No sé si eso es bueno.

—No, no es bueno en absoluto porque no sabemos quién tomará el poder y podemos perder la cabeza en el proceso por pura envidia —dijo Sabrina—. Jefa, al parecer tienes que ceder.

Miró a Sabrina levantando una ceja. —¿Jefa?

—Es lo que hay. Has tomado el control, aunque ellos aún no lo sepan.

Chasqueó la lengua tendiéndole el cebo y el anzuelo a Igor, que lo cogió divertido antes de que Larlene caminara hacia la aldea como si fuera a la guerra. Novack se volvió y puso los brazos en jarras observando cómo se acercaba. Muy bonito, ni un paso daba hacia ella. Sería cabrito. Se colocó ante él poniendo los brazos en jarras. —Muy bien. He pensado en ello a pesar de que me has cabreado.

—¿Que yo te he cabreado?

—Me quedo con la mitad de lo que saque y a cambio quiero que me hagan una casa amplia para los tres, que nos den un pescado para cada uno dos veces al día y fuego cuando queramos. Queremos camas y muebles. Esterillas en el suelo... Y quiero mantas.

—¿Algo más? ¿Mi alma por ejemplo? —preguntó cabreadísimo—. ¿Y cuando lo hagamos qué me garantiza a mí que no dejes de sacar cosas?

—Puede que lo que saque deje de interesarnos antes de terminar la casa y también rompáis el trato. ¡Aquí podemos perder los dos!

La miró fijamente y los de detrás murmuraron. —Yo puedo ir a por ello. Es un trato ridículo —dijo el tal Peter molesto.

Novack tensó la espalda antes de volverse. —¿Crees que puedes hacerlo? —Él asintió. —Muy bien. Si lo consigues y vuelves con doce bidones como ha hecho ella no habrá trato. Si no lo consigues, ya sabremos lo que tendremos que hacer.

Qué listo era. Había aprovechado la situación para ponerle entre la espada y la pared. Si no lo hacía era un bocazas cobarde y si lo hacía Novack estaba seguro de que no volvería. El tal Peter miró a los demás que esperaban su respuesta. —¿Ahora?

—Quedan horas para que anochezca. ¿A qué esperas? Estabas deseando hacerlo para demostrarnos que se puede. Es tu oportunidad.

—¡Eso, Peter! —gritó uno de ellos—. ¡Demuéstrales que no la necesitamos!

Peter levantó la barbilla y fue hasta la orilla. Realmente los hombres con eso del orgullo tenían un problema serio. Ese no había nadado más de doscientos metros en la vida y solo había que ver su estilo. Pensando en ello frunció el ceño y susurró —¿Este llegó hace mucho?

—Unos cinco años —dijo Novack por lo bajo—. Es un psicópata, no te acerques a él. Es un encantador de serpientes que no soporta que nadie esté por encima de él.

Vieron como nadaba, pero cuando estaba a unos metros gritó de dolor llevándose la mano a la pierna. Nadie movió un dedo por él, ni siquiera los que le habían animado. Milagrosamente pudo volver y se sentó en la arena. —Lo intentaré mañana. Me ha dado un tirón.

—Es una pena que no te haya dado el tirón en la lengua —dijo ella sin poder evitarlo haciendo que varios se rieran. Miró a Novack—. ¿Trato hecho?

Alargó la mano y él cabreado se la apretó siseando —Nena, no tenías que haber dicho nada.

—Que se acerque si tiene huevos —dijo entre dientes sintiendo la presencia de Igor tras ella que lo había oído todo. Sonrió para su audiencia—. Muy bien. Pues mañana empezamos.

Aleka sonrió encantada y le dio las gracias con la mirada. Ella asintió antes de volverse. —Vamos, chicos. Necesitamos comer hoy.

—Entonces te ayudaré —dijo Igor caminando a su lado.

—Perfecto. —Miró sobre su hombro y vio que Novack la observaba. Antes de seguir su camino disimuladamente le guiñó un ojo sorprendiéndole y él carraspeó mirando a su alrededor para encontrarse a Peter que no había perdido detalle. El jefe gruñó antes de alejarse.

Estaba oscureciendo y Sabrina después de lavar tres bidones estaba deslomada de batirlos con agua y arena en su interior para quitar la mugre. Igor le gritó que él seguiría después, así que decidió dejarlo y se unió a ellos en la pesca que solo había dado un fruto y bastante pequeño. — Es que no tenéis ni idea de lo que hacéis —dijo su amiga colocándose a su lado—. Dadme ese cebo.

Divertida le dijo a Igor —Dale los cebos.

Los sacó del bolsillo del pantalón y Sabrina los puso entre sus dedos como su primera vez. —A ver si este sistema es mejor que tanto anzuelo.

—Una vez vi en internet un pez enorme que se metía todo el puño en la boca. Si ves al tío en el embarcadero intentando sacárselo te partes de la risa.

Sabrina la miró con horror. —¿Puede pasar eso? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Tranquila, que recuperó su mano. —Soltó una risita. —Pero le costó.

—Genial, ahora sí que me pongo nerviosa.

—Si vemos que se acerca un tiburón le espantamos —dijo Igor haciendo reír a Larlene a carcajadas por la cara que puso Sabrina. Hasta había perdido el color de la cara y eso que en esos dos días había cogido color.

—Shusss.

Larlene miró hacia abajo y vio que se acercaba uno. Sabrina se quedó muy quieta y cuando picó el cebo se movió del susto. El pez salió pitando y los demás la miraron como si quisieran matarla. —¿Qué? Me ha rozado con sus dientecitos.

Un silbido les hizo volverse y vieron a Novack en la orilla con tres pescados en la mano. —¿Por qué los ha traído? —preguntó Igor con desconfianza.

Sonrió emocionada. —Es un gesto de buena voluntad.

—Pues menos mal —dijo Sabrina encantada.

Su hijo llegó con una antorcha en la mano y cuando Larlene llegó hasta ellos sonrió mirando los peces. —Espero que no sean para pasármelos por los morros.

—Tienes que comer —dijo dejando claro que si fuera por él los demás no comerían y Sabrina se tensó.

—Gracias. —Cogió los peces de su mano antes de tendérselos a Igor que los agarró de inmediato. Sabrina cogió la antorcha y le dio las gracias a Adam que sonrió antes de que sus amigos se alejaran.

—Hijo vete a casa. —Adam salió corriendo y se miraron a los ojos. —Quería darte las gracias por ceder.

—Aleka es muy convincente.

—Mañana empezarán a haceros la casa. Brandon se encargará de ello.

—Oh, pues la quiero con vestidor y baño en la habitación si puede ser.

Él se la comió con los ojos y se le cortó el aliento. —Preferiría que no vivieras con él.

Sintió que su corazón se le salía del pecho. —¿Qué? ¿Y dónde iba a vivir sino?

—Conmigo.

Separó los labios de la impresión. —Esa es una decisión muy importante para tomarla tan pronto, ¿no crees? Casi no nos conocemos.

Él se tensó. —Fuiste tú la que me sugeriste que te pidiera permiso.

Se estaba mosqueando y sin poder evitarlo eso la excitó muchísimo. —Te lo pregunté.

—¿Entonces? ¿A qué viene esto?

—A que acabo de llegar y quiero estar segura de la decisión que tomo.

—¡Mientras vives con él!

—¿Ves cómo estás celoso?

Novack entrecerró los ojos. —¡Nena, no sé a lo que estás acostumbrada fuera de la isla, pero aquí no suele tomarse bien que una mujer esté con dos hombres! ¡Si eres suya jamás serás mía!

Jadeó indignada. —¿Y quién dice que voy a ser suya?

—Te mira como si le interesaras. Si te quedas con él le estarás dando pie a que crea que tiene una oportunidad —dijo furioso.

—¿Ves como no tienes ni idea? ¡Está loco por Sabrina!

—No sabes lo que son los hombres.

Se sonrojó ligeramente. —Oye, que yo salía mucho.

Dio un paso hacia ella más mosqueado. —¿Qué?

—Bueno, he tenido mis citas como todas.

—¿Tus qué?

Se puso más roja aún. —¿Acaso esperas que sea virgen?

—Nena, mejor me voy a dar una vuelta que me estoy cabreando. —Y se fue sin más.

Jadeó indignada siguiéndole. —¡Tienes un hijo!

—¡Sí, lo tengo!

—¿Y esperas que yo sea virgen?

Se volvió de golpe deteniéndola. —Mira, puedo entender que hayas tenido otra vida fuera. ¡Pero me estás provocando porque crees que soy celoso y no pienso entrar en tu juego! —le gritó a la cara.

Se puso roja como un tomate porque la había pillado, pero no quería que se fuera cabreado. —¡Tampoco tuve tantas citas! ¡Y sí eres celoso! —Vio cómo se alejaba y dejó caer los hombros desilusionada. ¿Debía seguirle? Se mordió el labio inferior pensando en ello y miró sobre sus hombros para ver que sus amigos hacían la hoguera. Volvería revisando que la apagarán. Sonrió satisfecha y fue hasta los chicos que estaban insertando los peces en tres palos. —Barbacoa. Chicos, esto no tiene precio. ¿Sabíais que hace años había programas de televisión donde se comportaban como si fueran náufragos?

—¿De veras? ¿Y por qué no hicieron más? Yo nunca he visto ninguno.

—Llegó el deshielo y casi todas las islas que no hicieron muro de contención desaparecieron.

—Ah... Nunca he visto uno de esos muros de contención.

—Pues Nueva York tiene uno enorme. —Se sentó ante la hoguera cogiendo su palo. —
¿De dónde sois?

—De Los Ángeles —dijo Sabrina mirando el fuego.

—De Florida.

—Uff, ahí hace mucho calor.

—¿Has viajado mucho? —preguntó Sabrina interesada.

—A mi padre le encantaba viajar. A los dos nos encantaba. —Al pensar en él su mirada se entristeció.

—Siento lo de tu padre —dijo Igor.

—Gracias.

—Cuéntame, ¿qué lugares conociste?

Se pasaron hablando un rato sobre los viajes que había hecho y de todos el que más les impresionó fue Egipto. —Hacía un calor de mil demonios, pero es tan bello...

—¿Y entraste en las pirámides?

—Sí, pero con máscara de oxígeno. Ahora el ambiente es tan denso que es irrespirable. Aunque dentro tampoco hay mucho que ver. Eso sí, agobia entrar. Recuerdo que bajamos unas escaleras y teníamos que ir agachados.

—Es fascinante. Yo nunca he salido de los Ángeles.

—Ni yo de Florida.

—Y ya no iremos a ningún sitio. —La mirada de su amiga se ensombreció.

—Yo todavía tengo esperanzas de que ocurra un milagro —dijo Igor.

Ambas le miraron sorprendidas y él apretó los labios antes de sonreír irónico. —¿No es una estupidez? Si alguno de los tres tiene que estar aquí ese soy yo.

—Bah, se lo merecía —dijo Sabrina haciéndole sonreír.

—¿Cómo lo descubriste? —Al ver que Igor se tensaba, se arrepintió de sus palabras y susurró —No me lo digas. No es asunto mío. Lo siento.

—Iba a ser nuestro aniversario. El cabrón de mi jefe me encargó mi primer viaje fuera del estado, a Montana nada menos justo ese día y al decírselo a mi mujer no estaba mosqueada en absoluto. Eso fue lo que me escamó.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó? —preguntó interesadísima antes de recibir un codazo de Sabrina. —No fastidies, tú también quieres saberlo. —Miró a Igor. —Seguro que está más interesada que yo.

Igor dio la vuelta a su pescado. —Pues hice que me iba. Recogí el camión y salí de la empresa para no enfadar a mi jefe. Lo aparqué en una hidrogasolinera en donde había dejado mi coche y fui hasta mi casa. Imagínate mi sorpresa cuando veo el coche de mi jefe ante mi puerta. El muy hijo de su madre ni había esperado diez minutos para salir de la empresa en cuanto me fui, para ir a tirarse a mi mujer... —Entrecerró los ojos. —No sé. Se me cruzó un cable.

—¿Y cómo lo hiciste? —preguntó Sabrina.

—Entré en casa por la cocina. Oí los gemidos. Estaban en el sofá y ella tiraba de las solapas de su traje para llevárselo hasta la habitación. Le decía que había cambiado las sábanas por esas de seda que le gustaban tanto. Se echaron a reír. Él dijo que así no olería al cerdo de su marido y rieron de nuevo. Al ver como se levantaba de mi sofá de cuero en color beige hielo, que me había costado un mes de sueldo porque mi mujer se emperrió en comprarlo... —Igor hizo una mueca. —Hasta horas extras tuve que hacer por el puñetero sofá... Y allí estaban pasándose en grande. Cogí un cuchillo y ni me oyeron llegar tan entretenidos como estaban en comerse la boca. —Entrecerró los ojos. —Seguro que la zorra de mi suegra hasta limpió la sangre para vender el puñetero sofá. El sofá y todo lo demás, porque se lo ha quedado todo la infiel de mi esposa. Cuando regrese de donde esté se pondrá muy contenta. La hipoteca ya estaba pagada.

—¡Encima! —dijo Sabrina indignada.

Igor sonrió mirándola a los ojos y hubo una conexión que hasta les podría haber dado luz eléctrica. Miró a uno y al otro. —¿Os gustáis? —La miraron horrorizados, pero de golpe se pusieron como tomates haciéndola reír. —Lo sabía.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? —preguntó Sabrina molesta.

—No hace falta que disimules.

Igor levantó sus cejas castañas y Sabrina roja como un tomate apartó la mirada. —¿Esto no está hecho ya? Va a oscurecer.

—Es normal que os gustéis.

—¿Quieres cerrar la boca?

Igor miró a Sabrina con mucho interés y dijo —Sí, me gusta. Me gusta mucho.

Se echó a reír al ver la cara de sorpresa de su amiga que cuando reaccionó sonrió tímidamente. Larlene le dio un codazo. —Tienes que decirle que te gusta.

—¿Quieres cerrar el pico?

Las carcajadas de Larlene se oyeron desde el pueblo y sin poder evitarlo se tiró hacia atrás sobre la arena sin dejar de reír con el palo en la mano para encontrarse tras ella a Novack. Parpadeó pensando que estaba soñando y él siseó —Hay que apagar los fuegos.

Levantó el pescado poniéndoselo ante la cara. —¿Ya está hecho?

Gruñó antes de contestar —¿No lo habéis limpiado?

—No teníamos con qué. —Volvió a gruñir. —¿Está listo?

—Sí, nena.

—¿Has cenado?

La miró sorprendido. —Sí.

Sonrió radiante sentándose y le dijo —¿Quieres sentarte con nosotros?

Igor y Sabrina la fulminaron con la mirada y él carraspeó. —Tengo que comprobar que todos apaguen sus fuegos.

Le observó decepcionada mientras se alejaba y al volverse vio que la miraban con mil preguntas en la cara. —Sí, me gusta y yo a él. —Dejaron caer la mandíbula del asombro. —¿Qué? Es muy guapo —dijo orgullosa.

—Tiene muy mala leche.

Soltó una risita. —Eso también. Se parece a mi padre. Cuando se cabreaba tenía una mala baba... Era el terror de las juntas directivas.

—Así que te gusta —dijo Sabrina aún alucinada.

La miró a los ojos. —Es el tipo de hombre que cuando ama daría la vida por su mujer. Mi padre le aprobaría sin dudar. Me cuidará, discutiremos y haremos mucho el amor para reconciliarnos.

Sabrina fulminó a Igor con la mirada. —¡Más te vale que seas así!

—Haré lo que pueda —dijo encantado.

Después de comer el pescado tenía la espina en la mano y entrecerró los ojos. —¿Esto se podría usar para algo?

Sabrina suspiró tumbándose en la arena. —Duérmete. Deberías estar agotada.

Bufó tirándola al fuego apagado y miró hacia sus amigos que se habían tumbado juntos mirando el cielo. Vio como Igor movía la mano sobre la arena y se le cortó el aliento cuando rozó con el meñique la mano de Sabrina. Su amiga se quedó muy quieta como si estuviera sorprendida, pero después de unos segundos rozó su meñique antes de coger su mano. Fue tan bonito... Apartó la mirada porque se sintió una intrusa y discretamente se levantó alejándose de ellos para darles intimidad. Antes de darse cuenta estaba ante la casa de Novack, pero no llamó a la puerta. Se sentó sobre una caja de plástico que encontró y miró hacia la aldea. En ese momento se sintió muy sola. Se pasó las manos por los brazos sintiendo algo de frío y recordó las Navidades pasadas cuando su padre sorprendiéndola la llevó a Finlandia a la casa de Papá Noel. Sonrió con tristeza porque se había quedado con la boca abierta y más cuando el Papá Noel insistiendo la puso sobre sus rodillas. Recordó la risa de su padre viendo su cara de pasmo.

—¿En qué piensas?

Se sobresaltó porque Novack estaba a su lado. —En mi padre.

—Debe ser un pensamiento hermoso.

Sonrió con tristeza. —Mucho. —Al ver sus ojos verdes le subió algo por el estómago que la hizo perder el frío de golpe y eso no le había pasado nunca. Qué hombre. Sus ojos bajaron por su recta nariz hasta sus finos labios y se recreó pensando en lo que esos labios podían hacer. —Tócame el meñique —dijo sin pensar.

—¿El qué?

Claro, no había ido al colegio. Se puso como un tomate. Iba a pensar que era tonta. —El último dedo se llama meñique.

Le tendió la mano y se la agarró de mala manera casi tirándola de la caja para mirar su dedo. Lo cogió por la puntita y lo dobló sin ninguna delicadeza. —Parece que está bien. —Larlene puso los ojos en blanco y él la miró sin entender. —¿Qué te ocurre? ¿Te duele?

Que pareciera preocupado le encantó. —No.

—¿Entonces para qué me lo enseñas?

—Déjalo. —Este hombre no tenía una pizca de romanticismo. Era de ir al grano, eso estaba claro.

Soltó su mano poniendo los brazos en jarras. —¿Qué haces aquí? Sabes que no puedes venir cuando te venga en gana. ¡Y menos sola! ¿No has aprendido nada de lo que le ocurrió a Sabrina?

No, no era nada romántico. Le miró de arriba abajo. Era un hombre de cromañón en toda regla. Uy, que pies más bonitos. —¡Larlene!

Le miró a los ojos sorprendida. —¿Qué?

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre dientes.

—Es que Igor y Sabrina estaban haciendo manitas. Sobraba.

—Y has venido aquí.

Estaba claro que no estaba nada contento de verla. Algo raro para alguien que quería ligársela. —Es que esto es una isla, ¿sabes? No hay muchos sitios a donde ir.

—Así que no venías a verme. —Mosqueado entró en la casa y cerró de un portazo dejándola atónita. Bufó levantándose. ¿Debía irse? Como les pillara haciéndolo se moría de la vergüenza. Estaba claro que dormir con ellos no era buena idea. Escuchó un crujido y miró hacia el palmeral. Pasó la vista por los contornos de las palmeras. Ya casi era de noche y solo se veían sombras, pero estaba segura de que allí había alguien. Puede que fuera alguno que estaba haciendo sus cosas, pero sintió como se le erizaba el vello y la sensación de estar allí sola no le gustó un pelo recordando lo que le había pasado a Sabrina la noche anterior. Sin darse cuenta caminó hacia atrás acercándose a la puerta y esta se abrió de golpe haciendo que chillara del susto. Con los ojos como platos miró a Novack que gruñó cogiéndola por la cintura para elevarla pegándola a su pecho antes de entrar en la casa y cerrar la puerta de golpe. Sin aliento miró sus ojos verdes y susurró —No me has pedido permiso.

—Sí que te lo he pedido y lo sabes —dijo con voz ronca poniéndola sobre la cama—. Y estás aquí, así que ahora eres mi mujer.

Se estremeció al oír esas palabras, pero en cuanto las pronunció supo que era cierto. Él alargó la mano y tiró de la cinta que rodeaba sus pechos haciendo que su ser temblara de gusto. Mirándola a los ojos pasó la cinta bajo su brazo haciendo que se aflojara y esta cayó sobre su cintura. Él tiró de ella lentamente bajando la vista hacia sus pechos, pequeños y erectos que clamaban por sus caricias. Novack tiró la cinta a un lado y cogiéndola por la cintura la acercó a él enterrando su cara en ellos. Larlene suspiró de placer sujetándose en sus hombros y cuando lamio uno de sus pechos, jadeó por el rayo que la estremeció provocando que inclinara su cuello hacia atrás. Él llegó a su pezón y lo torturó de una manera que su interior se tensó con fuerza haciendo que gimiera mientras se aferraba a su cuello. Novack apartó su boca antes de cogerla por la nuca con rudeza para atrapar sus labios. El placer fue tan increíble que medio mareada se

dejó caer de rodillas sobre la cama y Novack la tumbó de espaldas colocándose entre sus piernas. Se besaron apasionadamente como si se necesitaran mientras sentía sus caricias por todo su cuerpo. Novack apartó su boca para mirarla a los ojos y su mano recorrió su vientre hacia su entrepierna. Se le cortó el aliento cuando la mano pasó por debajo de la tela y acarició sus húmedos pliegues. Al sentir su humedad dándole la bienvenida la miró posesivo. —Mi mujer. — Un dedo entró en ella haciéndola cerrar los ojos para disfrutar de lo que le hacía sin notar que se apartaba para besar su ombligo. Sus labios fueron bajando sin que dejara de torturar su sexo y gritó retorciéndose cuando esos labios llegaron a él. Sorprendida miró hacia abajo para ver que estaba desnuda. —¿Cómo? —Gritó de la sorpresa, pero sin hacerle caso chupó su clítoris con tal intensidad que arqueó la espalda olvidándose de todo. Un lametazo la hizo estremecerse con fuerza en el orgasmo más intenso que había tenido en su vida.

Sonriendo como una tonta se sintió agotada y totalmente relajada, ni se dio cuenta de que se quedaba dormida pensando que esa había sido la mejor noche de su vida.

Capítulo 5

Un carraspeo la hizo suspirar y girarse pensando que aún no se quería levantar. —
¡Larlene!

Sobresaltada se sentó de golpe para mirar a su alrededor con los ojos como platos. Recorrió la casita con la vista antes de ver a Novack ante ella totalmente desnudo con los brazos en jarras. Entonces fue consciente de donde estaba y sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas y susurró —¿No ha sido un sueño? ¿Mi padre está muerto?

Novack apretó los labios y asintió. —Venga, vístete que es tarde y tenemos que ir a recoger cosas al muro.

Agachó la mirada y se pasó la mano por la mejilla sacando los pies de la cama. Se sonrojó ligeramente porque estaba desnuda y cogió la tela que estaba en el suelo. Él se puso el pantalón mirándola de reojo. Sorbió por la nariz intentando hacer lo mismo que le había enseñado Aleka. Le costó un poco, pero al terminar parecía que lo había conseguido. Novack puso los ojos en blanco acercándose. —En cuanto te metas en el agua, te quedarás desnuda. — Cogió la cinta de sus pechos y la apretó con fuerza.

—¡Eh! ¡Qué me haces daño! —Le miró asombrada. —¿Estás enfadado?

—¿Yo? No, qué va. —Metió la cinta para asegurarla e hizo lo mismo con la de abajo.

—No me la das. Estás más enfadado de lo normal y quieres gritarme.

—¡No me conoces para decir cómo es mi carácter!

Ella sonrió sorprendiéndole. —Gracias por darme la razón.

Gruñó apartándose y fue hasta la puerta para abrirla de golpe. Entonces ella se dio cuenta

de lo que había pasado y jadeó llevándose una mano al pecho antes de correr tras él. —¡Cariño, estaba agotada!

—¡De eso ya me di cuenta!

—No es que me haya aburrido tanto como para dormirme, te lo prometo. Me lo pasaba muy bien.

Se volvió furioso. —¡Jamás me había pasado eso!

—¡Será que no te habías acostado con una mujer que llevaba semanas sin descansar porque su padre se estaba muriendo y que ha sido secuestrada para terminar en una isla llena de criminales! ¡Te aseguro que eso ayer tampoco me dejó dormir en condiciones!

Novack entrecerró los ojos. —Muy bien, te perdono.

Jadeó indignada. —¿Me perdonas?

—Sí, mujer. Lo entiendo. Esta noche cumplirás con tu deber. Te perdono.

—¡Mi deber! —gritó asombrada—. ¿Y cuál es el tuyo si puede saberse?

—Darte alimento —respondió como si fuera tonta.

Entrecerró los ojos mosqueadísima. —¿Te recuerdo que tú no tienes que darme alimento porque ya me lo he conseguido yo, troglodita retrógrado?

Novack se tensó. —¿Qué me has llamado?

—¡Mira...! ¡Soy una mujer fuerte y si estoy contigo es porque me da la gana no para que me llenes la barriga! —le gritó a la cara.

—¿Qué me has llamado? —gritó furioso.

—¡Qué te den!

—Larlene... Me estás enfadando... —le dijo como si fuera una niña.

Asombrada se volvió. —¿No me digas? ¡Si estoy contigo es porque me gustas no por los peces que puedas proporcionarme! —Siguió caminando hacia la playa furiosa y ni vio como

Novack sonreía tras ella. Al llegar a la orilla vio a varios mirando algo que estaba en el suelo. Con curiosidad fue hasta allí para ver varios bidones atados unos a otros formando una pequeña balsa. Al ser transparente se confundiría en el agua. —¿Eso es para mí?

—Es para nosotros. La arrastraremos mientras nadamos. —Novack se agachó para tirar de ella hacia el agua.

—No sé si aguantará mucho peso.

—La he probado y aguanta mi peso —dijo Brandon divertido.

—Bueno, pues vamos allá. —Se puso al lado de Novack y agarró la cuerda que tenía en el borde empezando a empujarse con los pies. Él hizo lo mismo y le miró de reojo. Se sintió culpable por haberse dormido la noche anterior. Debía necesitar sexo y allí no había muchas opciones. Había más hombres que mujeres por lo que había visto. Se mordió el labio inferior e intentando romper el hielo dijo —¿Serás capaz de aguantar? —La miró mosqueado de nuevo. —Vale, solo era una pregunta. No sé cuál es tu resistencia.

—¡Mucha! ¡Tengo mucha resistencia! ¡Y si no te hubieras dormido lo sabrías!

Se sonrojó con fuerza. —Ya me lo demostrarás esta noche.

—¡Eso si no te duermes de nuevo!

Levantó la barbilla con orgullo. —Te vas a enterar.

—Eso ya lo veremos.

Siguieron moviendo los pies en silencio y Larlene volvió a mirarle de reojo. —¿Adam ha dormido en los barracones?

—Los niños duermen allí en cuanto aprenden a caminar.

—¿Por qué? —Él se quedó en silencio y le miró sin comprender. —¿Novack?

—Hace unos quince años uno de los presos entró en una de las casas y mató a los padres y a los niños con intención de robarles. Y no era la primera vez que ocurría. Eso unido a una

tormenta que arrasó la aldea en que murieron unos cuantos, decidimos que durmieran en los edificios más seguros para protegerles. Los mayores vigilan a los pequeños y eso les da responsabilidad. Se encierran de noche y si ocurre algo raro se encargan los mayores de avisarme. Una vez uno estaba fuera del barracón esperando con malas intenciones que algún niño saliera a hacer pis. Los mayores se tiraron sobre él y no lo contó.

—Pero sus padres podrían protegerles.

—Son dos mientras que en los barracones hay cincuenta pares de ojos para vigilar. Desde que están allí han muerto muchos menos. De día no hay problema. Pescan en la parte norte de la isla supervisados por los mayores. Todos los padres estuvieron de acuerdo en que se relacionaran con los de la aldea lo menos posible. A Adam le tengo prohibido ir solo a cualquier sitio.

—Va con su amigo Bobby.

Le miró sorprendido. —Sí, es hijo de Aleka. Son uña y carne.

—Pero no pasan mucho tiempo con sus padres, ¿no?

—Pueden estar con sus padres de día si quieren. Nadie se lo impide. Adam pasa muchas horas conmigo y yo me siento más tranquilo porque sé que si alguien entra en mi casa y me mata él no estará allí para verlo o para perder la vida también.

Asintió pensando en todo lo que había en su casa. —¿Lo han intentado?

Novack la miró de reojo y asintió. —Pero no por robar mis herramientas, porque todo el mundo sabe que son mías y perderían la vida en cuanto las vieran. Quieren mi puesto. Ser el jefe.

—Tu padre hizo muchas cosas, ¿verdad? ¿También fue jefe?

—Mi padre llegó a ser el jefe, pero porque sabía que lo que teníamos no duraría siempre, así que fue más listo que los demás y en lugar de desechar ciertas cosas las aprovechó para hacer otras.

—Como la fragua.

—Decían que estaba loco cuando empezó a picar la roca para hacerla. Que estaba perdiendo el tiempo —dijo divertido.

—¿Qué hizo? ¿Por qué acabo aquí?

—Era químico. Uno de los productos de la fábrica donde trabajaba mataron a setenta personas. Era una pasta de dientes. Envenenó a miles, pero murieron solo setenta. Tenían que culpar a alguien y le tocó a mi padre porque era el encargado de la fórmula. —Pensativo miró al frente. —Él siempre dijo que se lo merecía por no haber hecho bien su trabajo.

Ahora entendía que hablara con un vocabulario tan fluido y supiera tantas cosas del exterior. Su padre era una persona cultivada que seguramente le había enseñado mucho. —¿Conoció aquí a tu madre?

—Una hija de preso. Murió al nacer yo. No la conocí.

—Lo siento.

Él hizo un gesto como si le diera igual. —Aquí aprendes lo frágil que es la vida. Hace cuatro días enterramos a un hombre, se había cortado con una lata oxidada que guardaba en su casa que provenía del cargamento de comida. Su mano se ennegreció y no tardó en morir. —La miró fijamente. —Nena, no sé lo que hay ahí abajo, pero ni se te ocurra acercarte a un hierro.

—Pues hay muchos. —La miró sorprendido. —Deben ser de la obra del muro.

—Joder.

—Tranquilo. No me voy a hacer daño.

Estaban llegando y ella señaló una mancha en la pared. —Ahí estuve ayer. Hay mucho.

—Muy bien. Coge todo el plástico que puedas. Da igual que las garrafas estén rotas porque se pueden aprovechar para otras cosas como para hacer platos.

—Vale.

—Si ves alguna red como la que le regalaste a Aleka también nos servirán. Me sumergiré

yo primero y nos turnaremos para sujetar la balsa.

—¿Podrás...? —La miró como si quisiera matarla. —¿Sabes que tienes un orgullo masculino de lo más sensible? —Se detuvieron al lado del muro y sorprendida vio algo que no había visto el día anterior. —Mira Novack.

Él la rodeó para ver una argolla en el muro. Estaba cubierta de unas algas muy finas y por eso no la había visto. —Nena, quítate la parte de arriba. —Ella lo hizo tan rápido como pudo y cuando le entregó la tira ató la balsa a la argolla. —Debían utilizarla para los andamiajes de las obras, así los sujetaban para ir subiendo de nivel. —Se miraron a los ojos. —¡Son los andamios! —gritaron a la vez.

Larlene preguntó —¿Crees que nos servirán?

—No lo creo. Estarán oxidados y... Joder, no lo sé. ¿Lista?

—Sí —dijo emocionada—. Es como buscar un tesoro.

—¿Entre basura?

—Recuerda que la mitad es mía.

—Cómo olvidarlo. —Se sumergió y ella lo hizo detrás. Vio como él se detenía a la mitad de camino sorprendido por la imagen. Los pilares estaban cubiertos de todo tipo de objetos. Ella le cogió del brazo para mostrarle la estructura de una bicicleta. Seguro que nunca había visto ninguna y Larlene sonrió bajo el agua. Era una pena que no tuviera ruedas, a los niños les hubiera encantado. Aunque tampoco tenía sillín. Centrándose en su trabajo siguió bajando y cogió la primera garrafa, que llena de agua pesaba un montón. Tuvo que tirar de ella hacia arriba para poder vaciarla y cuando lo hizo la puso sobre la balsa. Preocupada porque Novack no había subido mientras tanto, volvió a bajar rápidamente para no encontrárselo y asustada miró a un lado y a otro antes de ver una pierna. Aliviada rodeó la columna y se quedó de piedra al ver los restos de una barca a motor que debía tener más de treinta años. Él le señaló hacia arriba y Larlene asintió antes de que emergiera. Se acercó al barco y se preguntó qué había dentro. Esos

barcos solían tener de todo. Nadó hasta la cubierta para ver las agarraderas de acero atornilladas a la madera. Y las poleas de los cabos. Aquel barco era un filón. Entonces pensó cómo el barco estaba allí porque estaba claro que tenía que haberse hundido antes de que hicieran el muro porque eso no pasaba entre los pilares. Así que tenía más de cincuenta años. Fascinada vio la argolla de la trampilla del motor. Novack llegó en ese momento y ella le señaló la trampilla haciendo un gesto como si martilleara algo. En no pareció entender, pero Larlene cogió la argolla. Novack la agarró por las muñecas y negó con la cabeza vehemente antes de mirarle las manos asustado. Se le encogió el corazón viendo como buscaba heridas y como el alivio recorrió su rostro al darse cuenta de que estaba bien. Tiró de ella fuera del barco y no se lo impidió. Ya vería cómo le convencía. Él señaló los bidones con energía y Larlene sonrió antes de coger otro y subir para respirar. Novack la siguió con dos y cuando salió a su lado le gritó —¿No te he dicho que tengas cuidado con los hierros?

—Se me olvidó.

—¡Se te olvidó! ¡Pues que no se te olvide más! —le gritó a la cara.

Larlene le dio un beso en los labios antes de bajar de nuevo y Novack se dio prisa para bajar tras ella. Larlene le guiñó un ojo subiendo con otro bidón encantada porque se preocupara. Eso significaba que le importaba y su corazón se calentó en su pecho pensando que puede que a pesar de vivir en el infierno podrían llegar a construir su pequeño mundo.

Agotada llegó a la orilla y se tiró sobre la arena mientras los hombres sacaban la balsa contentos con todo lo que había sobre ella. Igor apareció sobre su cabeza y sonrió. —Habéis traído más del doble que ayer.

La cabeza de Sabrina también apareció con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Dónde pasaste la noche, pillina?

—Muy graciosa.

—Te fuimos a buscar, pero ese chico nos dijo que estabas en la casa del jefe así que no os molestamos —dijo maliciosa.

Se apoyó en sus codos. —¿Chico? ¿Qué chico?

—James.

Los tres miraron hacia su derecha donde James miraba asombrado un neumático. Lo habían llevado por si les servía de algo. —¿Él os dijo que estaba allí?

—Sí. —Su amiga se sentó a su lado. —¿Por qué?

—No, por nada. Es que yo no vi a nadie. —Miró hacia su parte de la playa y vio que habían empezado a hacer la casa.

—¿Vas a dormir con él a partir de ahora? —preguntó Igor sentándose al otro lado.

—Soy su mujer.

—O sea, que sí —dijo Sabrina mirando a Igor—. Entonces debemos renunciar.

—¿A qué? —preguntó sorprendida.

—A nuestra parte de lo que saques. Bastante tenemos con que nos hagan la casa. No es justo. —Se sonrojó. —Además si nos van a dar hasta de comer... Van a pensar que somos unos vagos.

—No, porque vosotros sois mis administradores. —La miraron sin comprender. —Está bien. Vosotros os quedáis con la casa y yo con dos tercios del cincuenta por ciento de lo que saque. ¿Dónde lo voy a meter?

Sus amigos se miraron sin comprender. —¿En nuestra casa? —preguntó Sabrina.

—Exacto. Administraréis mis posesiones hasta que decida qué hacer con ellas. Las cuidaréis y eso es un trabajo y un riesgo.

Igor entrecerró los ojos. —Necesito un cuchillo.

—Oh... —Miró a Novack. —Cariño, ¿y mi lanza?

La miró sorprendido. —¿Tú qué?

—Mi lanza. No me la has dado.

Dio dos pasos hacia ella sin salir de su asombro. —Nena, tú tampoco me has dado los peces.

Anda, era verdad. No le había dado los peces por la garrafa de agua. Sonrió de oreja a oreja. —Pero me la harás, ¿verdad? Mi administrador necesita la lanza para defenderse y para pescar.

—¿Tú qué?

—Yo —dijo Igor levantándose—. Administro sus bienes.

—Y yo —dijo Sabrina a toda prisa.

Su marido la miró atónito. —¿Y yo?

—Tú eres mi marido. Pero los negocios son los negocios y no hay que mezclarlos con la relación que luego todo se enturbia.

—¡Eres mi mujer! ¡Todo lo tuyo es mío!

Se sonrojó de gusto. —Sí, y si quieres algo solo tienes que pedirlo. —Alargó la mano. —¿El cuchillo?

—¡Qué cuchillo! —ladró sobresaltándola.

—El que tienes en la espalda —dijo suavemente—. Todo lo tuyo es mío, así que quiero el cuchillo.

Novack gruñó porque había caído en su propia trampa y Larlene sonrió radiante. —Te lo he visto en la espalda, cielo. ¿Me lo das?

Él gruñó llevándose la mano a la espalda y tendiéndole el cuchillo. Lo cogió por el mango y se lo tendió a Igor que en cuanto lo tuvo en las manos pareció más tranquilo. —Chicos

recoger nuestro cincuenta por ciento. Y que no os den todas las garrafas rotas. Hay diez de cada.

—Bien, Larlene —dijo Sabrina tomándoselo muy en serio.

Novack puso los brazos en jarras mirándola como si quisiera matarla. —Vamos cielo, no te pongas así.

—Nos arriesgamos en ir hasta allí y sacar todo lo que podemos para nada.

—No, para nada no.

—¡Yo voy para nada!

—No, en algún momento te tocará un bidón. Además, ya te he dicho que si necesitas algo puedes cogerlo. Te lo presto.

—¡Me lo prestas!

—¡Oye, que antes de estar juntos tú bien que hiciste negocio conmigo!

—¡Qué negocio si nunca cobré!

Se sonrojó con fuerza. —Es que lo entregaste a crédito. Ya decía mi padre que no me fiara de los créditos, que al final te sacaban los ojos. —Su marido la miró como si quisiera matarla y sonrió como una loca. —Cielo, ¿crees que podremos comer algo? Me siento un poco débil.

Novack volvió la cabeza y gritó —¡Brandon! ¡Dónde está la pesca! ¡Mi mujer tiene hambre!

Se sonrojó de gusto mientras todos la miraban y ella observó encantada a su marido. Era evidente que tenía muchas energías porque después de nadar tanto tiempo aún tenía fuerzas. Suspiró viendo como gritaba ordenando que trajeran su alimento antes de que se acercara a la pila y empezara a dividir los enseres por utilidad.

Sin poder evitarlo sus ojos fueron a parar a su trasero. Novack se volvió en ese momento y se sonrojó con fuerza porque la había pillado. Su marido gruñó acercándose y la cogió en

brazos. —¿No estás cansado? —preguntó pegándose a él.

—¿Y tú? ¿Estás cansada?

—Mientras esté tumbada.

Novack se echó a reír y fascinada le miró a la cara. Estaba tan guapo que robaba el aliento y sin poder evitarlo le besó en la barbilla antes de besar su cuello hasta el lóbulo de la oreja. A Novack se le cortó el aliento. —Nena... —dijo con voz ronca—. Tengo que hacer.

—Sí, tienes que hacerme un hijo —susurró contra su oído.

Entró en la casa y cerró la puerta con el pie. —Un hijo, ¿eh? —La tumbó sobre la cama y se la comió con los ojos acariciando su pecho sobre la tela. —Veré qué puedo hacer.

—¿Papá? —Larlene chilló del susto y ambos miraron a Adam que les observaba desde delante del fuego. —He venido a avivarlo.

Novack carraspeó enderezándose. —Muy bien, hijo.

Adam dio un paso hacia ellos. —¿Qué hacéis?

—Nada —respondieron los dos a la vez.

—Hablabais de hijos y le tocabas las tetitas.

Se quería morir. Dios, qué vergüenza. Novack reprimió la risa y ella le fulminó con la mirada. —Dile algo.

—Adam, esta es tu nueva mamá.

Adam abrió sus ojos verdes como platos. —¿Si? —Hace unos días ni tenía novio y ya tenía un hijo. Y encima le estaba pidiendo otro. Estaba claro que su vida había dado un giro radical. Adam sonrió encantado. —Vale. —Hala, ya estaba. —¿Te ha dado el mechón?

Su padre carraspeó incómodo. —Eso lo da la mujer cuando quiere, ya lo sabes.

—Ah... —respondieron los dos a la vez.

Adam frunció el ceño como si no se hubiera quedado a gusto. —Bobby me ha dicho que

su mamá se lo dio a su padre antes de unirse y mamá también te lo dio...

—Adam, ¿no tienes nada que hacer? —le interrumpió su padre yendo hacia la puerta—.
¿Por qué no vas a pescar un rato?

—Ah, que vais a tener niños... Vale. Papá, que sea niño que así podremos jugar juntos.

Muerta de la vergüenza gimió mientras Novack decía divertido —Haré lo que pueda.

—Vale. —Salió de la casa corriendo y Novack cerró la puerta antes de deslizarse el pestillo.

Se volvió y la miró como si quisiera comérsela. —¿Por dónde íbamos?

—¡Novack! —gritaron desde fuera—. ¡El pescado!

Él gruñó saliendo de la casa y soltando una risita se puso de pie sobre la cama quitándose el bikini a toda prisa. Fue hasta el fuego desnuda y la puso cerca, pero con cuidado de que no se quemara porque era lo que le faltaba. Pensando en ello recordó que ni sabía dónde estaba su pijama. Tendría que preguntarle a Sabrina. Todavía podría aprovecharlo mucho tiempo. Sonrió con tristeza recordando su vestidor y en todo lo que tenía que apenas se había puesto una sola vez.

Un brazo la rodeó por la cintura y sonriendo inclinó el cuello a un lado para que la besara. —Eres tan preciosa...

Vio como dejaba caer el pescado al suelo antes de cogerla por las caderas para girarla atrapando su boca. Ella gimió por su prisa y se apartó para mirar sus ojos. —¿No comemos?

—Después. —Intentó besarla de nuevo.

—¿No se pondrán malos?

—¡Nena, yo sí que me estoy poniendo malo! ¡Llevo dos años de abstinencia!

Se echó a reír por su cara de indignación y él gruñó cogiéndola en brazos para llevarla a la cama. —Muy graciosa.

—Te deseo.

La miró posesivo. —Y yo a ti, nena. No sabes cuánto. —Besó su cuello con pasión. —
Me vuelves loco.

Capítulo 6

Suspiró recordando sus caricias y sus besos. La hizo sentir como nadie en su vida haciendo que explotara tantas veces que perdió la cuenta. Rio por lo bajo pensando en ello. Era un amante entregado, de eso no había duda. Se había acostado con dos hombres antes de él y ninguno le llegaba ni a la suela de los zapatos. Madre mía, si parecía que flotaba de la que iba hacia la playa. Novack estaba repartiendo los fuegos y vio como Peter sentado en la arena con un bidón roto en las manos la observaba sin ningún disimulo sonriendo de una manera que ponía los pelos de punta. Le ignoró para ir hacia sus amigos que estaban asando sus pescados hablando al lado del fuego. Se sentó a su lado y vio los bidones a medio lavar. —Mañana terminaré —dijo Sabrina a toda prisa—. ¿Estás cansada? ¿Has comido?

—Sí, mi maridito me ha hecho la comida y he dormido un rato.

—¿Estás contenta? —preguntó Igor divertido.

—Mucho —respondió a toda prisa.

Sus amigos se rieron por su expresión y ella bufó mirando a su alrededor. —Tengo que buscar algo que hacer.

La miraron asombrados. —Pero si no paras —respondió Sabrina—. A tu lado somos unos inútiles.

—Soy muy activa.

—Eso ya lo veo —dijo Igor a punto de reírse—. Tu marido debe estar encantado.

Se puso como un tomate mientras Sabrina riéndose le daba un codazo. —Pues sí. Lo está.

Su amiga la miró a la cara e hizo una mueca. —Lo tienes más morado.

Se llevó la mano allí. —¿De veras?

—Bah, en unos días ya no será nada.

—Ni espejo tenemos. —Sus ojos brillaron. —¿Sabéis que hay un barco donde estuvimos hoy?

—No fastidies. Igual hay un espejo y un peine —dijo Sabrina impresionada—. Madre mía, nunca creí que me ilusionaría tanto un peine.

Igor pasó el brazo por sus hombros y la besó en la sien. —Es normal que te sientas así.

—Es que esto es horrible. —Sus ojos negros se llenaron de lágrimas. —¡No puedo lavarme con jabón, no hay crema hidratante! Tengo la piel reseca y... —Se echó a llorar y Larlene preocupada miró a Igor que tenso abrazó a su mujer.

—No te preocupes, nos arreglaremos —dijo ella suavemente.

Sabrina intentó contenerse. —Lo siento.

—No tienes que sentirlo. Es normal que pienses así. Es acordarme de mi vestidor y mi cocinera y me pongo a llorar a moco tendido.

Sabrina sonrió. —Me moriría viendo tu vestidor.

—¿Por qué las mujeres siempre pensáis en los trapos? —Cogió el pescado y le dio el suyo a Sabrina. —A comer.

—No me deja coger hierros. —La miraron sin entender. —Novack. Teme que me hiera.

—Es normal. Aquí no hay servicio de urgencias —dijo Igor con la boca llena.

—Necesito algo para las manos para que no proteste. —Miró los pies desnudos de Igor. —¿Dónde están vuestros calcetines?

Sabrina señaló hacia atrás y los vio colgados de la rama de un árbol al lado de su pijama y la tela sobrante del paracaídas. —¿Me los prestáis?

—Diez bidones —dijo Igor divertido—. Tengo que empezar a conseguir cosas por mí

mismo. Tengo una mujer que proteger.

—Me los quedo.

—Entonces quince.

—Diez que estén intactos y cinco rotos. —Ambos se miraron antes de asentir. —Genial. —Se levantó de un salto y fue hasta ellos cogiéndolos con cuidado al igual que su pijama. Se puso uno en la mano y entrecerró los ojos. Igual no era tan buena protección.

—Ahora no te puedes echar atrás —dijo Igor divertido.

—No, si están genial. —Sonrió radiante. —Os veo mañana.

Corrió hacia la casita y con los calcetines en la mano buscó algo para cubrir mejor la palma de la mano que era lo que más peso soportaría. Se arrodilló bajo la cama para ver si había algo debajo y se quedó de piedra al darse cuenta de que la estructura era de madera. Aunque no sabía de qué se sorprendía tanto. Volviendo a los guantes vio que allí solo había más herramientas. Empezó a moverlas por si veía algo que le interesara. Una tira de cuero sería perfecta, pero...

—Nena, ¿qué haces?

Chilló del susto golpeándose la cabeza contra la cama antes de sacarla. Mirando a su marido se llevó la mano a la coronilla. —Auch...

Él entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —Estoy esperando.

Levantó los calcetines y sonrió. —¡Tenemos guantes!

Sin comprender se acercó a ella y cogió los calcetines. —Esto no vale para nada, preciosa. No son demasiado gruesos.

—Bueno, de algo sirve y si tuviéramos algo para la palma... —Novack entrecerró los ojos antes de girarse y abrir una especie de arcón que tenía tras la puerta. Impaciente se acercó a él y vio que allí había ropa.

—Hala —dijo impresionada.

—Hace unos años lanzaron a un tipo que venía de Alaska. Le sacaron en invierno y traía... Levantó unos guantes forrados especiales para el frío.

Bufó mirándolos ante ella. —No me fastidies. ¡Esos calcetines me han costado quince bidones!

—¿Estás loca? —le gritó a la cara—. ¿Por qué no has hablado antes conmigo?

Hizo una mueca. —Sí, deberíamos hablar más.

Él gruñó cogiendo su mano y poniéndole el guante de mala manera. —Me queda grande, Novack. —En realidad le quedaba enorme. —Es mejor que esos te los pongas tú.

—Ni hablar, haciendo un ajuste...

—Cielo, me quedan enormes. —Demostrándolo dejó caer la mano y este cayó al suelo.

—Necesitamos una cuerda.

—¡Novack, tú te pondrás esos y yo los calcetines!

Él gruñó mirando el arcón de nuevo revolviéndolo todo. —Algo tiene que haber por aquí...

—¿Cuándo usas esa ropa?

—Aquí a veces hace frío.

—Pero si estamos en invierno.

La fulminó con la mirada. —¡Me he pasado casi toda mi vida ante ese fuego! ¿Qué pasa? ¡Soy friolero!

Reprimió la risa entendiéndolo. —Yo te daré calorcito, cielito.

Novack gruñó revolviendo lo que había en el arcón cuando vio una tela roja que estaba cortada como su bikini. Apretó los labios porque supo que era de su primera mujer. —¿Cómo se llamaba?

Él se tensó sin mirarla y sin dejar de buscar. —Rosalina.

—¿Y qué ocurrió?

—Enfermó y murió. No quiero hablar de ello.

Esas palabras demostraban que la había querido mucho. No pudo evitarlo, sintió celos por esa mujer que había conseguido que la quisiera y se preguntó si ella lo conseguiría algún día. —Lo siento.

Él suspiró y se incorporó antes de mirarla con sorpresa. —El neumático. —Antes de darse cuenta ya había salido de la casa. Ella miró el arcón y se arrodilló ante él cogiendo la tela roja que también era de paracaídas. Pasó la tela entre sus dedos preguntándose cómo sería. Seguro que había sido hermosa. Se le cortó el aliento al ver un mechón trenzado al fondo del arcón y su mano tembló al ver el rubio cabello en una pulsera con trenzas intrincadas que impedían que se deshilara. Era muy rubio casi blanco y tenía un corte al final del nudo que seguramente había hecho Novack al quitársela.

Novack entró en la casa y asustada dejó la trenza en el arcón sin que la viera. Él sonrió. —Ven nena, he llegado a un trato con Brandon y vamos a cortar el caucho con la medida de tu palma.

Forzó una sonrisa levantándose. —Muy bien.

A la mañana siguiente preparada con todo lo que llevaba en las manos ni se podía creer que pudiera mover los dedos. Su marido era un exagerado de primera. Había atado el caucho a su mano con unas cuerdas y llevaba encima los dos pares de calcetines atados también con cuerdas. Gruñó metiéndose en el agua.

—Mujer, no pongas esa cara. Como se te ocurra quitártelos no volvemos a salir nunca más.

—Ni que fuera una cría —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada. ¿Nos vamos?

Él suspiró metiéndose en el agua mientras todos los que estaban en la playa sonreían encantados deseándoles suerte.

Al cabo de unos metros su marido la miró de reojo. —Estás muy callada. Ayer cuando llegué estabas dormida y casi no has dicho palabra.

Larlene se mordió el labio inferior porque desde que había visto esa trenza no podía dejar de pensar que jamás la querría como a ella. —Estoy bien.

Novack apretó los labios. —Sé que no es la vida a la que estás acostumbrada, que no soy el marido que esperabas, pero nos irá bien, ya verás.

Le miró sorprendida porque creyera que no le elegiría si tuviera oportunidad de elegir. — En Nueva York no hubiera podido casarme contigo. —Él apretó los labios y miró al frente. — Hubieras tenido tantas mujeres que jamás me hubieras mirado tú a mí.

Novack sonrió. —¿No me digas?

—Parece que te hace gracia —dijo molesta. Lo que le faltaba era tener esa conversación.

—¿Así que hay muchas mujeres hermosas?

—¡Sí, pero tendrás que conformarte conmigo!

—¡Y tú conmigo!

—Pues eso. Así que no le demos más vueltas —dijo entre dientes. Que tuviera que conformarse no le gustaba un pelo. Pero claro, llevaba dos años viudo y no es que hubiera muchas opciones. Solo ella porque Sabrina no se hubiera acercado a él ni con un palo. Estaba claro que si hubieran llegado diez chicas a la isla, seguramente a ella ni la habría mirado y le daba una rabia...

—Así que me hubieras elegido a mí —preguntó él encantado.

—¿Quieres callarte? —gritó perdiendo los nervios.

La miró asombrado. —Nena, ¿qué te pasa?

—¡Ya te he dicho que nada! —La cogió por la cintura pegándola a él y sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Tú no me hubieras elegido a mí —susurró.

—No puedes estar más equivocada —dijo cortándole el aliento—. Desde que ante mi puerta me plantaste cara, supe que no habría otra mujer para mí.

—¿De veras?

—Joder nena, sé que para ti ha sido una putada acabar aquí, pero a mí me has dado la vida.

Emocionada le abrazó con fuerza y cerró los ojos. —Sin ti no podría soportarlo.

La abrazó a él como si la necesitara. —No te hagas daño, preciosa. Prométemelo.

—Te lo prometo. Tendré cuidado.

La besó en el cuello y Larlene se apartó besándole en los labios con suavidad. —Vamos, quiero regresar a casa cuanto antes. Va a llover.

Larlene miró hacia el cielo y vio que estaba despejado. —¿De veras?

Sonrió divertido empujando la balsa. —Ya aprenderás.

Se puso a su lado para patinear y enamorada preguntó —Cariño, ¿cómo me apellida?

La miró asombrado antes de carraspear. —Ah, que te refieres a tu apellido de casada.

—Sí. En Nueva York yo me apellidaba Prestwood. ¿Cómo te apellidas?

Él gruñó por lo bajo. —Aquí no utilizamos esas cosas.

—Ya, pero me gustaría saberlo.

—Pan...

—¿Qué?

—Pampa...

—Cariño no te entiendo.

—¡Pamparacuatro!

Parpadeó creyendo que no había oído bien, pero escuchó como desde allí sus dientes rechinaban. Las carcajadas de Larlene se escucharon hasta en la isla y Novack gruñó. —Sí, es para partirse y aquí más.

—Dios mío, nunca había escuchado algo así —dijo entre risas—. Vaya suerte que has tenido de no haber ido al instituto. Te hubieran machacado.

—¿Eso crees? —Levantó una de sus cejas rubias.

Negó con la cabeza. —Con lo guapo que eres lo hubieran pasado por alto. Sobre todo las chicas.

—Así que soy guapo, ¿eh? ¿Señora Pamparacuatro?

Rio sin poder evitarlo. —Cariño, deja que me acostumbre. —Llegaron a su sitio y él ató la cuerda que llevaba de la balsa a la argolla. —Que preparado vienes. ¿Vamos al barco primero? —sugirió ilusionada.

—Pero...

—Tendré cuidado. Y tú también.

La besó en los labios antes de sumergirse y ella impaciente le siguió. En cuanto llegaron al barco su marido sabiendo sus intenciones tiró de la argolla de la trampa, pero la madera debía estar encajada. Mientras se esforzaba por abrirla ella pensó que igual había algo útil dentro del barco e impaciente buceó escalera abajo. Abrió la boca asombrada al ver todo lo que allí había. ¡Era un yate de lujo! A toda prisa empezó a abrir cajones y algunas hojas flotaron. Empezó a faltarle el aire y salió a toda prisa emergiendo. Se encontró arriba con Novack, pero

este la cogió por la cintura sumergiéndola de nuevo. El señaló hacia arriba girando el dedo haciendo un círculo antes de señalar el ojo. Podían verles desde la isla. Ella asintió y salió inclinando el cuello hacia atrás solo dejando la cara fuera del agua. Novack hizo lo mismo. — Nena, he visto alguien en la playa. Estamos lejos, pero si nos ven pueden tener la misma idea que nosotros o incluso llegar hasta los nuestros para robar lo que tenemos.

—Vale. Iremos a respirar al otro lado. Tardaremos más, pero es más seguro.

—Sí.

Tomaron aire y se sumergieron. Ella entró en el salón a toda prisa y lo atravesó para ir hacia la cocina. En cuanto abrió un cajón casi grita de la alegría. Buscó a su alrededor y vio el horno. Lo abrió lo más rápido que podía y empezó a tirar encima de la bandeja del horno los cuchillos, tenedores y todo lo que encontraba. La bandeja pesaba bastante y cuando llegó arriba Novack se acercó de inmediato para agarrar un extremo y la subieron entre los dos. Les costó subirla a los bidones y dos o tres piezas se les cayeron. —Vaya... —dijo ella agotada.

—No cargues con tanto peso. ¡Conociéndote no lo soltarás y no quiero quedarme viudo!
¡Otra vez!

—Cariño, te voy a durar muchos años.

Él le dio una palmada en el trasero y volvieron a sumergirse. Subieron todo lo que pudieron, pero no quisieron arriesgarse a perderlo todo por el camino porque temían que los bidones no resistieran el peso. Empujando la balsa de nuevo ella sonrió radiante. —Ha sido un día estupendo, ¿verdad? —Él miraba pensativo la vela que les había costado un quintal subir. —
¿Cariño?

Novack se detuvo. —Espera, tengo que pensar.

Sujeta a la soga le observó. —¿No estarás pensando hacer un barco?

—Tenemos la vela. Incluso tenemos eso que se tira al agua.

—El ancla, cielo. Pero no tenemos el armazón del barco. Y aunque consiguiéramos

hacerlo no podemos sacarlo de aquí. Y te recuerdo que a tu padre por poco le matan por una balsa de nada.

Él gruñó empujando los bidones de nuevo y Larlene le miró con pena. —Siento haber reventado tu burbuja.

—Joder nena, creía que ya me había conformado, pero al ver todas esas cosas que no había visto jamás... Lo que me mata es no tener posibilidades.

Podía entenderle. Además, él había nacido allí y era tan injusto... —Le hubieras encantado a mi padre.

Novack la miró sorprendido. —¿Eso crees?

—Estoy segura. —Le guiñó un ojo.

Cuando llegaron a la playa ambos estaban agotados porque el peso al empujar era mucho mayor. Mientras los demás fascinados observaban la balsa ellos se tiraron sobre la arena a la vez que Igor gritaba —¡No toquéis nada!

—¡Se repartirá cuando Novack esté en condiciones! —dijo Brandon dándole la razón.

Su amigo se acercó a Novack y susurró —Ahora sí que van a querer ir a por más. He escuchado a Peter meter cizaña. Dice que con la balsa él podría hacerlo también. Que te das demasiada importancia solo para que tu mujer se gane la mitad de todo.

Furioso se levantó y fue hasta Peter cogiéndole por el cuello. —¿Tienes algo que decirme, puto desagradecido?

—¿Yo?

—Serás cobarde. ¡Dime a la cara lo que vas diciendo por ahí!

La gente de Novack se cruzó de brazos sonriendo. —Solo sugerí que cuantos más fuéramos más recogeríamos.

—¿Y sabes bucear? ¿Podrías mantener el aliento tanto tiempo?

Le miró con odio. —Si lo haces tú, puedo hacerlo yo.

—¿No me digas? ¡Creo que esto ya lo hemos hablado hace dos días! —Le soltó tirándole al agua y se volvió hacia los suyos. —¡Quien quiera ir a buscar puede hacerlo, pero si os fiais de mi palabra os diré que es realmente duro! Mi mujer ha hecho natación y buceo desde niña y todos sabéis cómo lo hago yo. ¡De aquí solo tres personas más podrían lograrlo y una es James, la otra Brandon y su mujer Aleka! Hay gente al otro lado y el barco de donde sacamos eso está allí. —Impresionados murmuraron. —¿Queréis que nos descubran y vengan hasta aquí para robarnos como estamos haciendo nosotros? —gritó furioso.

Varios negaron asustados. —Yo me conformo con mi parte —dijo la mujer que el otro día estaba hambrienta—. ¡Quiero proteger a mis hijos!

Muchos le dieron la razón, pero vio en la mirada de Peter y de varios más que no estaban nada contentos.

—Pero vosotros seguíis llevándoos la mitad —dijo James sorprendiéndoles a todos.

—¡Estuvisteis de acuerdo con el trato antes de que fuera mi mujer! ¡Porque ahora lo sea no es justo para ella que se cambie!

—Se están jugando la vida cada vez que van allí —dijo Aleka asombrada—. ¡Sois unos desagradecidos cuando la mayoría no movéis un dedo para aportar nada! Ni siquiera pescáis para que tengan el pescado prometido. ¡Lo tenemos que hacer mi marido y yo! ¡Y después se pone a hacer la casa y casi nadie le ayuda!

Asombrada miró a Igor que hizo una mueca. —¿Es cierto?

—Brandon es el único que se ha puesto manos a la obra. Le ayudamos en lo que podemos.

Novack miró a los suyos furioso. —¡Aprovechando que yo no estaba! ¡No me puedo creer lo egoístas que sois! ¡Ahora entiendo que hace años se tomara la decisión de que cada uno pescara lo suyo!

—¡Pues si te parecemos egoístas se rompe el trato! ¡Ya iré yo a por mis cosas! —gritó Peter enfrentándose a él—. ¡No te necesitamos! ¡No te hemos necesitado nunca!

Muchos avergonzados le dieron la razón y Novack encajando el golpe dio un paso atrás. Larlene sufrió por él y furiosa al ver que estaba pálido siseó —¡Pues id a buscarlo! —gritó fuera de sí—. Esto es mío. ¡Yo he ido a buscarlo y no pienso dejar que ninguno de vosotros toque una sola cosa cuando no habéis cumplido el trato! ¡Solo repartiré con Aleka y su marido!

—No, por favor —dijo la mujer angustiada—. Haré lo que queráis. Yo sí que he intentado pescar aunque no se me da bien, pero... —Salió corriendo y regresó apenas dos segundos después con dos cestos en la mano hechos con hojas de palmera. —He hecho esto para la casa —dijo con la respiración agitada. Se le notaba que no respiraba bien.

Sonrió acercándose. —Están muy bien. También repartiré contigo. —Casi llora del alivio y le dio una pena enorme. —¿Cómo te llamas?

—July.

Miró a los demás. —¿Alguien más ha hecho lo de July? ¿Alguien ha colaborado con algo que no se ha visto todavía? —Nadie abrió la boca y les miró con desprecio. —Pues ya podéis nadar. Os aconsejo que no crucéis el muro si podéis llegar. Eso si valoráis vuestros cuellos, que seguro que sí porque solo pensáis en vosotros mismos. —Miró a su marido y estiró la mano.

Él se la cogió. —Vamos cielo, estás agotada. —Cuando se alejaron sintieron las miradas de rencor en su espalda y su marido susurró —Nena, esto va a cambiarlo todo.

Capítulo 7

Y tuvo razón porque la agresividad de los que les veían llegar con cada balsa aumentaba día a día. Llegó a un punto que July muerta de miedo pidió que se trasladara su casita cerca de la nueva casa de sus amigos que ya casi estaba preparada. Y Aleka, a la que sus conocidos de toda la vida ya no le hablaban, decidió pedirle a su marido que hicieran lo mismo después de que la escupieran un día que iba a pescar para cuando ellos llegaran. Afortunadamente las casitas se podían trasladar con cuerdas arrastrándolas por la arena. Al parecer las hacían así para cuando se avecinaba una tormenta más fuerte de lo normal y así resguardarlas cerca de las palmeras para que estuvieran más protegidas. Aunque siempre moría alguien. Como en esos días. Llegaron dos cadáveres a la orilla después de intentar alcanzar el muro. Solo James logró llegar hasta allí con dos bidones, pero no pudo llevarse mucho porque no tenía manos. Así que hasta el chico les miraba con rencor. Se habían hecho dos grupos y la tensión tenía que explotar por algún sitio.

Siete semanas después estaban subiendo a la balsa el timón cuando Larlene miró hacia la isla distraída. Una columna de humo salía desde detrás de las palmeras.

—¡Cariño!

Novack se giró de golpe y sin decir palabra nadó desesperado dejando la balsa. Asustada le siguió temiéndose lo peor. Él llegó primero y corrió hacia el palmeral. Sin aliento llegó hasta la playa y vio que en las casas de los chicos no había nadie, lo que significaba que habían ido a ayudar. Corrió hacia allí siguiendo a su marido, pero le faltó el aire y agotada tuvo que apoyarse en uno de los troncos. Entonces vio algo por el rabillo del ojo. Peter y varios más entre los que estaba James corrieron hacia la casa de Igor. Iban a robarles. Asustada corrió todo lo que pudo en dirección al fuego para ver que varios lloraban asegurándose de que sus hijos estaban bien.

Adam corrió hacia ella y le abrazó cogiéndole en brazos. —¿Estás bien?

—Sí. El fuego es en la parte de atrás del barracón.

Furiosa corrió con el niño en brazos hasta llegar a su marido que con una rama intentaba apagar el fuego. —¡Nos están robando!

Brandon al lado de su marido se detuvo en seco. —¿Qué?

—¡Nos están robando!

Varios se detuvieron y un hombre se acercó. —¿Casi matan a mis hijos para robaros? —Sacó el cuchillo de su espalda y a Larlene se le heló la sangre al ver como varios sacaban sus armas.

Novack dio un paso al frente. —Esperad.

Le miraron sorprendido. —No podemos dejarlo así.

—Y no quedará así. Pero antes debemos salvar el barracón. Lo necesitamos. —Sonrió malicioso. —Y de la isla no van a sacar nada. Ya impartiremos justicia después.

Varios sonrieron de una manera que le pusieron los pelos de punta y sin poder evitarlo abrazó a Adam más fuerte. —¿Les van a matar? —preguntó el niño.

Pensó en mentir, pero seguro que ya se había enfrentado a cosas así antes y si le mentía no la creería nunca más. —Sí, cielo. Ya conoces las reglas.

July fatigada llegó con sus tres niños de las manos y preguntó —¿Estáis bien?

—Sí. ¿Te has asustado?

—Más se van a asustar esos. Hay que ser estúpido para hacer algo así. Como si pudieran huir.

—Es cierto, no pueden. —Entonces tuvo un presentimiento. —Quieren un enfrentamiento.

—¿Un enfrentamiento? Pues lo van a tener. ¡A mí no me roba nadie!

Tenía la certeza de que Peter no era tan estúpido como aparentaba y asustada miró a su alrededor mientras su marido se aseguraba de que el fuego estaba apagado tirando agua sobre él. Miró al niño a los ojos. —Quédate con July. No te muevas de aquí, ¿me oyes?

Él niño asintió y le besó en la mejilla antes de dejarle en el suelo para correr hasta Novack. —Cariño... —No le hizo ni caso y le agarró del brazo. —¡Es una trampa!

Su marido la miró a los ojos. —¿Qué dices?

—No pueden huir con el botín. Saben que morirán por lo que han hecho. ¡Es una trampa! ¡Nos han traído a todos aquí por algo! ¡Las hermanas de James no están! ¡Y faltan mujeres y niños!

Brandon se tensó. —La mayoría de los hombres que hay aquí están desarmados.

Su marido sacó el puñal de la espalda. —Han ido a buscar los cuchillos a vuestra casa. Saben que desde que todo va mal cierro la mía y si querían cuchillos han ido a por los que encontramos en el barco. Nena, coge a Adam.

Corrió hacia el niño y July palideció sujetando a sus hijos por los hombros para pegarla a ella. —¿Qué van a hacer?

—Atacarnos. Quieren matar a los míos. Saben que si mueren, los demás no les recriminarán nada temiendo represalias.

—¡Larlene! —Se giró hacia su marido que miraba a su derecha. Se le cortó el aliento por su mirada que prometía sangre al igual que la de Brandon que llevaba el cuchillo en la mano. No se entretuvo en mirar tras ella sino que corrió hacia su marido poniéndose tras él justo en el momento en que llegaba Aleka con Bobby que lloraba agarrándose al cuello de su madre. Con la mano libre tocó la espalda de su marido.

—Nena, si me hieren corre... —Escuchó la desesperación en su voz y su corazón se estremeció de miedo. No podía perderle.

Sabrina sacó el cuchillo que tenía a la espalda y juró por lo bajo por ser tan estúpida.

Había temido perderlo en el agua y no se lo había llevado ese día. Vio que July armada intentaba proteger a sus hijos extendiendo el brazo mientras se acercaban a su grupo. Cerró los ojos rezando porque no fueran muchos antes de inclinarse a un lado para ver a Peter sonriendo de manera diabólica acompañado de unos diez, todos armados con cuchillos del barco como su marido había supuesto. Vio como daban un paso hacia ellos y los demás dieron un paso atrás como si quisieran mantenerse al margen. —¡Malditos cobardes! —gritó ella haciendo reír a Peter y a los suyos. Los ojos de James prometían sangre.

—No puedo entender que me traiciones así, James. ¡Gracias a mí sigues vivo! —gritó su marido furioso.

El chaval sonrió de medio lado. —Como decía mi padre hay que ponerse del lado ganador.

—Pues acabas de equivocarte. Y esa equivocación va a costarte la vida —dijo Brandon con voz heladora dando un paso a un lado para no entorpecerse en la lucha.

—Tenemos el doble de armas. Vais a ser un estupendo cebo para peces. Estoy deseando probar a tu esposa...

Asustada miró a Igor que sacó otro cuchillo de la espalda sin que le viera nadie. Se le detuvo el corazón y más cuando Aleka se agachó dejando a su hijo en el suelo y le susurró algo al oído. Bobby a pesar de estar llorando asintió antes de mirar a Adam. Se agachó de inmediato para dejarle en el suelo y los niños se cogieron de la mano como si supieran lo que debían hacer. Ahí se dio cuenta de que Aleka había hablado con ellos. Le besó en la frente cogiendo el cuchillo de la mano de Igor mientras Aleka cogía el que le tendía Sabrina disimuladamente. Ambas se volvieron con las armas en la mano mientras los niños se quedaban tras ellas.

—¿Sabes lo que vas a probar? El filo de mi cuchillo —siseó Novack fuera de sí.

Ellos dieron otro par de pasos hacia ellos y sin darse cuenta Larlene dio un paso atrás al igual que Novack. —Échate atrás ahora que puedes, Peter. —Vio el temor en los ojos de algunos

que le acompañaban dudando en si habían tomado la decisión correcta. —Eres el responsable de esto y esos hombres van a morir. —Su marido echó la mano atrás como si quisiera asegurarse de que estaba allí y se le encogió el corazón porque podía perderle. Y si le perdía a él ya no merecía la pena vivir. Eso le dio fuerzas empuñando su cuchillo y se puso a su lado con él en la mano. Vio como apretaba los labios, pero no había otra opción y lo sabía.

La tensión y los segundos que pasaban esperando a que dieran el primer paso se le hizo eterna y entonces vio por el rabillo del ojo como una mujer pasaba un cuchillo a otra que estaba a su lado. No sabía si ayudarían a sus enemigos o a ellos y el terror la invadió. —¿Qué? ¿Es que no pensáis moveros? ¡No tengo todo el día! —gritó sorprendiendo a los suyos.

—Nena, ¿tienes prisa?

—¡Pues sí, la verdad!

—Solo quieren disfrutar del momento —dijo Brandon con burla—. Como si así nos intimidaran.

Peter gritó levantando el cuchillo y Larlene se sobresaltó porque no se lo esperaba. Sintió su corazón a punto de estallar viéndole correr hacia ellos. Su marido se tiró sobre él y ambos cayeron al suelo, pero ni le dio tiempo a saber si estaba herido porque un hombre intentó apuñalarla en el pecho. Al inclinarse hacia atrás cayó al suelo y rodó sobre sí misma mientras el tipo apuñalaba el suelo rompiendo la hoja de su cuchillo contra una piedra. Vio como palidecía mirándose el costado donde ella le había apuñalado antes de que Larlene arrancara el cuchillo de su cuerpo para clavárselo en el cuello. Se levantó a toda prisa sin verle caer para gritar tirándose a un hombre que sujetaba a July de los brazos mientras se reía. Le rajó el cuello salpicando a su amiga que se desmayó en ese momento. Larlene cayó al suelo y se volvió esquivando el filo de un arma por un pelo para ver a James ante ella. —Maldito cabrón. Que engañados nos tenías. — Le golpeó entre las piernas cuando iba a apuñalarla de nuevo, pero no debió darle bien porque ni se inmutó. La agarró por la melena dándole un rodillazo en el vientre y Larlene perdió el aliento. Escuchó el grito de Novack llamándola. —¿Le oyes? —preguntó James con burla levantándola y

siseando ante su rostro —Será la última vez que le escuches.

—No lo creas. —La cara de sorpresa de su enemigo la paralizó y cuando cayó a un lado soltándola se encontró a Sabrina sacando el cuchillo de su espalda. Su amiga le guiñó un ojo. —Ahora estamos empatadas.

—Gracias.

Vio que alguien se ponía tras Sabrina y gritó apartándola. El cuchillo le rajó el costado antes de que su amiga se tirara sobre ese hombre clavándole el cuchillo en el pecho una y otra vez. Entonces los que observaban decidieron cambiarse de bando como los cobardes que eran y gritaron uniéndose a la lucha. Asustada se miró el costado. No era mucho. No había traspasado toda la carne, pero era una buena herida. Al levantar la vista vio los ojos de su marido y sintió su pánico. Se acercó a ella a toda prisa y la cogió en brazos. —Nena...

—Estoy bien. Si unos criminales no han podido matarnos, esto no va a poder conmigo. —Le abrazó por el cuello pegándole a ella. —Dime que no estás herido.

—Estoy bien.

De repente recordó a Adam y miró a su alrededor. —¡El niño!

—Han huido. Estarán escondidos. No les han seguido y ahora ya no queda ninguno vivo para que lo hagan.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la tensión. —Soy una madre horrible.

—Tienes que acostumbrarte, preciosa.

Vio como varios se agachaban a desvalijar los cuerpos y cerró los ojos. Eran unos desalmados y odiaría convertirse en alguien así. Igor y los demás corrieron tras ellos.

—Ha sido culpa mía —dijo Sabrina angustiada.

Abrió los ojos viéndola tras ellos. —Me has salvado la vida. No digas eso.

—Brandon abre la puerta. La llave está bajo esa piedra.

Su amigo se agachó mostrando la llave del candado que habían sacado del barco y que les había venido de perlas. Cuando Brandon abrió la puerta vieron que el fuego estaba casi apagado e Igor no perdió el tiempo avivándolo mientras su marido la tumbaba en la cama. —No es nada.

Estaba muerto de miedo y vio como desesperado le miraba la herida. Sabrina se acercó con uno de sus bidones quitándole el tapón a toda prisa. —Necesita puntos.

—Pues no podemos coserla —dijo él furioso—. ¡Te dije que no te hirieran!

Larlene sonrió. —Al parecer tendremos que volver a los métodos de cura del pasado. Mierda, esto va a doler.

Sabrina e Igor la miraron sin comprender, pero cuando Brandon puso el cuchillo en el fuego su amiga abrió los ojos como platos. —¿Estás loca? ¿Y si se te infecta?

—Es más probable que dé problemas la herida abierta. Aunque el cuchillo no estaba precisamente limpio. Cariño, aclárame la herida todo lo que puedas.

—Joder, joder nena... —Echó agua sobre la herida mostrándosela a todos ahora que no tenía sangre. —No ha traspasado toda la carne.

—Mi sistema inmune siempre ha sido a prueba de bomba. Confiemos que a pesar de la alimentación siga igual.

Adam entró corriendo. —¿Mamá?

Se emocionó porque era la primera vez que la llamaba así y ahí demostró todo lo que la quería a pesar de haber transcurrido tan poco tiempo desde que se conocían. Sonrió sin darle importancia. —Estoy bien.

Él cogió su mano mirando su herida. —Te han rajado...

—No es mucho. —Miró hacia la herida sin darle importancia.

Aleka entró en ese momento en la casita y se acercó a ellos. —July ya está mejor. —Apretó los labios al ver la herida y puso la mano sobre el hombro de Novack que no dejaba de

mojar la herida intentando limpiarla lo mejor posible. —Déjame a mí. Ve fuera. Tu gente te necesita.

—¡No son mi gente! ¡Nos dieron la espalda hasta que les convino!

—Alguien tiene que dirigirlos, Novack. Eso evitará problemas y si quieres que tu familia esté segura lo mejor es que tú seas quien se encargue de esa tarea —dijo Igor muy serio.

Su marido la miró a los ojos ignorándolos. —¿Cómo estás?

—Bien. Ahora ve y hazles caso.

—A mí como si se mueren esos cabrones —dijo apartando la mirada.

Le cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —Puede que no lo merezcan todos, pero seguro que hay alguien que está lo bastante asustado para dejarse llevar por los demás y te necesita para que le guíes, amor. Y como dice Igor así estaremos más tranquilos.

Él miró a su hijo que aunque intentaba disimularlo era evidente que estaba asustado y Novack apretó los labios levantándose. Aleka se agachó ante la herida y la abrió para mirarla bien. Larlene hizo un gesto de dolor antes de sentir el agua de nuevo. Vio como Brandon le daba el cuchillo candente a su marido y como Aleka apretaba su herida. Tomó aire y cerró los ojos con fuerza antes de que el dolor llegara hasta ella haciéndola gritar. Brandon la sujetó de los hombros con fuerza para que no se moviera antes de que su marido apartara el cuchillo, pero el dolor no cesaba y ni se dio cuenta de que lloriqueaba. Brandon la soltó y sintió una mano sobre su frente. Abrió los ojos para ver a Adam que lloraba y le susurró —No te mueras tú también.

—Te lo prometo.

Levantó la vista hacia su marido que muy tenso apretó los labios antes de salir de la casa. Se le cortó el aliento porque estaba furioso. ¿Por prometerle al niño que no se moriría? ¿Qué quería que le dijera? El dolor le hizo cerrar los ojos de nuevo y sin querer llevó la mano hasta la quemadura, pero Aleka se la agarró antes de que llegara a ella. —No te toques. Debe estar lo más limpia posible.

—¿Se la cubrimos? —preguntó Sabrina queriendo ayudar.

—Sin una crema para quemaduras será mejor que no —dijo Brandon—. La tela podría pegarse a la herida. Hay que esperar a que se endurezca.

Aleka la miró a los ojos. —Intenta no tocarte o rozarte con ella. Es lo mejor, te lo aseguro.

—Bien.

—No tengo nada para el dolor.

—Puedo soportarlo —dijo intentando hacerse la fuerte aunque aquello dolía muchísimo. Era como si mil agujas ardiendo la torturaran. Ni quería mirárselo porque tenía la sensación de que la quemadura era enorme. Dios, si tuviera a su prima delante en ese momento la destriparía con sus propias manos. La muy hija de puta estaba disfrutando de su vida y ella pudriéndose allí. Si no fuera por Novack... Miró hacia la puerta y se le encogió el corazón porque en ese momento necesitaba su apoyo y no estaba. Aunque era culpa suya porque le había dicho que fuera con los demás, pero sin poder evitarlo se sintió algo decepcionada. Además esa última mirada de furia antes de irse la preocupaba. La preocupaba mucho.

Tumbada en la cama mirando el techo escuchó como se abría la puerta y miró hacia allí para ver que su marido cerraba mirando a su hijo que dormía en una cama en el suelo. —Le he dicho que se quede. Tenía miedo.

—Ya no hay nada que temer —dijo muy tenso.

—Es un crío.

—Cuanto antes se endurezca mucho mejor. Las sensiblerías aquí no sirven de nada.

Lo dijo de una manera tan fría que a Larlene se le cortó el aliento. Novack se acercó a la

cama y se tumbó a su lado suspirando, antes de levantar el brazo cubriéndose los ojos con la mano. Incómoda porque no podía volverse hacia él porque le tiraba la herida, se quedó de piedra porque ni le preguntaba cómo estaba. Es más, en ese momento él se giró dándole la espalda dispuesto a dormir.

Apretó los labios molesta con ganas de pegarle cuatro gritos, pero no lo hizo por Adam, para no asustarle con una madrastra histérica. Se mordió el labio inferior y posó la cabeza sobre la almohada. Para alguien que unas horas antes parecía tan preocupado, era un cambio de lo más radical. Sin poder evitarlo se sintió abandonada y una lágrima corrió por su sien mientras miraba el techo. Igual es que no sentía tanto por ella como había creído desde que habían hablado aquel día en el agua. Le había dicho que no había más mujer para él, pero como acababa de demostrar le importaba un pito. No lo entendía, parecía tan preocupado cuando vio su herida... Luego vino el enfado, pero ella lo achacó a los nervios. Sin embargo, que hubiera tardado horas en regresar a casa y que cuando la viera de nuevo ni le preguntara por su estado era desolador. Otra lágrima recorrió su mejilla y Novack la miró sobre su hombro. —¿Por qué lloras?

—¿Lloro? —Se limpió las lágrimas a toda prisa intentando disimular.

—Si te duele tendrás que soportarlo.

Se le cortó el aliento mirando sus fríos ojos verdes. —Ya lo sé.

—¡Pues deja de lloriquear! ¡Así no consigues nada salvo que yo no me duerma!

Perdió todo el color de la cara mirándole como si no le conociera y él molesto se volvió dándole la espalda de nuevo. Ni pudo replicar nada impresionada por sus palabras y supo que en ese momento su matrimonio se había terminado rompiéndole el corazón en mil pedazos.

Cuatro días después estaba sentada en la arena mientras veía a Brandon cerca del muro. Estaba sujeto a la balsa esperando a que su marido emergiera. Sabrina se sentó a su lado. —

¿Cómo estás?

Sonrió con tristeza. —Mucho mejor, gracias.

—¿Qué ocurre, Larlene? Deberías estar muy contenta. Te has librado. Aleka dice que con lo bien que te ve, duda que ahora te entre la fiebre a no ser que la herida se vuelva abrir.

Agachó la mirada y asintió. —Sí, a mí me ha dicho lo mismo.

—Está preocupada por Novack. —La voz de Aleka le hizo mirar sobre su hombro y sin contestar miró de nuevo el mar donde su marido en ese momento colocaba dos bidones sobre la balsa. —Es por él, ¿verdad? —preguntó sentándose a su otro lado—. He notado que ya no es cariñoso contigo.

Sin poder evitarlo se echó a llorar tapándose el rostro y Aleka apretó los labios mirando a Sabrina que estaba asombrada porque nunca la había visto así. Su amiga acarició su espalda. —Pero no lo entiendo... Se notaba que te quería mucho. Siempre estaba pendiente de ti.

—Desde que me hirieron me ignora —dijo entre sollozos—. Ayer cuando llegó me recriminó que no hubiera hecho el pescado. Que estaba todo el puto día metido en el agua y que cuando llegaba a casa ni tenía que comer.

—La madre que lo parió. —Sabrina no podía estar más atónita. —Estás enferma.

—Es por eso —dijo Aleka haciendo que apartara las manos de la cara—. ¿No te das cuenta? Es por eso.

Sabrina frunció el ceño. —No entiendo.

Aleka suspiró. —Rosalina estuvo enferma mucho tiempo.

Se le cortó el aliento cuando mencionó a la primera esposa de Novack. —Continúa.

—Tuvo una fuerte gripe y estuvo muchos días en la cama. Pareció que se había recuperado, aunque yo sabía que no era así. A veces respiraba como si le costara y tosía mucho. Pasaron un par de meses y esa tos empeoró. Un día hubo una fuerte tormenta y salió a ayudar a

mover las chozas. Regresó a casa empapada y volvió a enfermar. No lo superó. Novack durante todo ese tiempo estaba desesperado porque sabía que no sobreviviría. —Sonrió con tristeza. —Y le vuelve a ocurrir lo mismo contigo. Apenas acabas de llegar y ya he estado a punto de perderte. Se está distanciando a propósito, pero esto tú ya lo sabes.

Asintió porque tenía sentido y lo había pensado mil veces durante esos días intentando justificarle. Recordando todas las veces que le había dicho que no se hiriera porque no quería quedarse viudo de nuevo. Pero si tanto le importaba no se podía creer que la tratara así. Agachó la mirada hacia sus manos. —No sé qué hacer. A veces me habla como si me odiara.

—¿Cómo te va a odiar? —preguntó Sabrina con ternura—. Nadie que te conozca puede odiarte.

—Yo empecé lo del muro. Muchas cosas han cambiado con nuestra llegada. Hemos alterado sus vidas y ha muerto gente.

—Esos cabrones merecían morir.

Aleka asintió dándole la razón. —No te tortures. Tú no tienes la culpa de nada. Al contrario, has mejorado la vida de muchos. Mira July, ahora tiene algo que llevarse a la boca al igual que sus hijos porque puede negociar con lo que le toca. Ya no pasa hambre y se encuentra mucho mejor.

Una lágrima recorrió su mejilla. —Se ha acabado.

—Pues le recuperas y ya está. Esto pasará, ya verás. En cuanto se dé cuenta de que estás bien...

Aleka negó con la cabeza. —No es eso, Sabrina. Él la ha defraudado. Es Novack quien la ha perdido a ella.

Una lágrima recorrió su mejilla. —Nunca me he sentido más sola que en estos últimos cuatro días.

—Estamos aquí —dijo Sabrina—. Mientras yo esté aquí no estarás sola.

—Lo siento muchísimo, Larlene.

Sonrió con tristeza limpiándose las lágrimas. —Es que no se puede ser tan feliz sin pagar las consecuencias. Durante unas semanas fue maravilloso y no podía ser real.

—Sí era real. Está asustado, eso es todo —dijo Aleka—. Y ahora que ve que te repones, está avergonzado de su conducta. Estoy segura de que es su orgullo el que le impide hablarlo contigo.

—Llevo días esperando un gesto para llevarme una decepción tras otra. Se acabó. —Miró a Sabrina. —¿Te importa si duermo en tu casa hasta que haga la mía?

Su amiga negó con la cabeza. —Claro que no. Igor estará encantado de que te vengas con nosotros.

Miró a su amigo que en ese momento sacaba un pez del agua sonriendo de oreja a oreja loco de contento. Sonrió sin poder evitarlo porque se lo mostró orgulloso.

—Mira mi hombretón. Hinchó el pecho como si el pez pesara veinte kilos.

—Si viera uno de veinte kilos saldría corriendo del susto —dijo Aleka haciéndolas reír.

Sabrina acarició su espalda. —¿Seguro que no quieres pensártelo un día o dos? Creo que si das ese paso ante todos él no te lo perdonará nunca. Y Adam...

—Dios, el niño... No se ha separado de mí en cuatro días, ¿sabes? ¿No es irónico que un niño de cinco años se preocupe más por mí que mi marido? Seguro que si me cayera muerta ahora mismo él solo diría: "Lo suponía". Lo va a sentir más el niño que mi marido.

—Pues deberías hablar con él, ¿no crees?

Asintió levantándose con esfuerzo porque le tiraba la herida y caminó hasta los barracones donde sabía que estaba jugando con sus amigos. La sorprendió no verle con los demás y preguntó a uno de los hijos de July si le había visto.

—Está pescando.

Recorrió el palmeral para llegar a la otra playa y vio a varios niños vigilados por los mayores que estaban indicándoles lo que tenían que hacer. Era como un campamento y sonrió acercándose a Bobby que estaba sentado sobre una roca mirando a sus compañeros. Acarició su cabello negro. —Hola campeón.

—Hola.

Se cubrió los ojos mirando a los niños. —¿Dónde está Adam?

—Buceando. —Señaló el mar y a Larlene se le erizó el cabello de la nuca viendo a donde señalaba.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo que buceando?

—Quiere su tesoro.

Se llevó la mano al cuello antes de correr hasta la orilla y gritar su nombre intentando ver su cabeza rubia. Su piel resplandeció por la luz del sol y gritó de miedo al ver que no sacaba la cabeza. Entró corriendo en el agua e ignorando su herida se tiró con las manos unidas sumergiéndose mientras varios gritaban llamando a Adam. Muerta de miedo emergió y braceó lo más rápido que pudo. Al sacar la cabeza del agua para respirar vio su pierna y con el corazón en la boca le volvió mirando su rostro. No respiraba. —Dios mío, Dios mío... —Abrió su boca e insufló aire, pero no podía presionar su pecho así que le cogió por debajo de los brazos y tiró de él. Ni sentía el horrible dolor que tenía en el costado mientras su corazón latía con fuerza porque cada segundo contaba.

Llegó casi sin aliento y cogió a su niño en brazos sacándolo del agua para colocarlo sobre la arena. Levantó su barbilla e insufló aire antes de apretar su pecho como había aprendido años atrás. —Vamos, cielo... No puedes hacerle esto a tu padre —dijo angustiada antes de insuflar aire de nuevo en su boca.

Estaba realizando el masaje cardiaco cuando varios llegaron corriendo en ese momento. Aleka con la respiración agitada se arrodilló a su lado viendo la piel pálida del niño. —Está

muerto.

—¡No! ¡No está muerto! —gritó antes de soplar de nuevo en su boca. Desesperada se puso a llorar—. No puede estar muerto. ¡Él no! —Apretó su pecho de nuevo y volvió a meterle aire mientras Sabrina impresionada se tapaba la boca.

Era tan pequeño... No era justo. ¡Su vida no era justa! No se podía morir. Sin ser consciente de que lloraba se agachó para insuflar aire de nuevo y el niño tosió salpicándola. Le giró para ayudarle cuando empezó a vomitar y se echó a llorar porque no se podía creer que lo hubiera conseguido.

—Le has salvado la vida —dijo Aleka impresionada.

Abrazó a su niño que se puso a llorar, pero le apartó para mirarle a la cara. —¿Estás bien?

—¿Mamá?

Se le rompió el alma cuando escuchó que la llamaba así y le abrazó de nuevo besándole en la sien. —No vuelvas a hacerme algo así. —Reprimió las ganas que tenía de gritarle que le había dado un susto de muerte, pero no podía hacerlo ahora. Esperaría a que... Se le cortó el aliento porque creía que eso era lo que le pasaba a su marido y gruñó por dentro levantándose con Adam en brazos.

—Deja que lo lleve yo —dijo Igor.

El niño se abrazó a su cuello y Larlene negó con la cabeza antes de caminar hacia su casa. —Háblame... —le susurró al niño.

—Lo siento. ¿Me vas a castigar?

—Me has dado un susto de muerte. Pero no te castigaré porque creo que has aprendido la lección.

—Papá...

—Papá es distinto —dijo entre dientes—. Vete preparándote.

Capítulo 8

Cuando Novack se enteró y entró en la casa como un tornado solo le miró con alivio antes de acercarse a él para cogerle en brazos y abrazarle con fuerza.

—Está bien —dijo ella levantándose para ver cómo se alejaba de su hijo para mirar su rostro.

—¿Estás bien?

Adam se abrazó a su cuello. —Sí. Casi me ahogo... Quería ir hasta el muro para encontrar tesoros.

Él la fulminó con la mirada. —¿No estaba contigo?

Sorprendida por su actitud susurró —Le dije que se fuera a jugar y...

—¡Me dijiste que se quedaría contigo! —Aleka asombrada iba a decir algo cuando Novack gritó dando un paso hacia ella de manera amenazante —¿Acaso ahora no puedes ni cuidarle?

—Es que se aburría y creí que era lo mejor. —Sintió como algo se revelaba en su interior. —¡Además, está allí casi todo el tiempo! ¡No sé qué problema hay!

—¡Tú eres el problema! ¡Si ha querido ir hasta el muro es por tu culpa! Nunca se le había ocurrido algo así. ¡Desde que llegaste solo hay problemas! —le gritó a la cara sobresaltándola.

Sintiendo un nudo en la garganta dijo casi sin voz —Pues ya que soy el problema lo mejor es que me aleje por el bien de todos.

Novack la miró con desprecio. —Me parece estupendamente. Desaparece de mi vista y no vuelvas.

Esas palabras terminaron de romperle el corazón y asintió antes de salir de la casa corriendo. Se negaba a llorar por él y gritó con rabia por el dolor que la traspasaba. Llegó a la playa y se dejó caer en la arena de rodillas mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Levantó la vista hacia el muro, el maldito muro que nunca la dejaría volver a su vida y se preguntó si no hubiera sido mejor que su prima la matara antes de pasar por todo aquello. Entonces vio la luna y recordó a su padre. Recordó todas las veces que le había contado cómo sería su nueva casa allí en unos años. Una casa que ya no verían ninguno de los dos. Una lágrima cayó por su mejilla sin dejar de mirarla. Eso le hizo recordar como su padre se había enfrentado a la muerte con entereza. Pensó en lo que él diría de todo lo que le estaba ocurriendo y en cómo la animaría a sobrevivir. Eso le dio fuerzas. Tenía que dar gracias a Dios porque estaba viva. No iba a rendirse porque Novack la rechazara o fuera injusto con ella. Si se había acabado, pues muy bien. Puede que no se enterara nunca de qué diablos se le pasaba por la cabeza para actuar de esa manera, pero estaba en una isla de locos así que era lógico que le faltara un tornillo. Ahora tenía que encontrar la manera de largarse de allí. Al pasarse la mano por la frente para apartar su cabello frunció el ceño palpándose la piel y juró por lo bajo. Joder, lo que le faltaba.

Sabrina le puso el paño frío sobre la frente y Aleka se acercó a su cama. —¿Cómo está?

—Peor. Tiene más fiebre.

Sudaba a mares y tenía muchísimo calor. Intentó quitarse lo que tenía en la frente. —¿Novack? —preguntó ida por la fiebre.

Sabrina cogió su mano y susurró —Soy yo, Sabrina. —Dio la vuelta al paño y Larlene suspiró de gusto.

Aleka le miró la herida que había empeorado cuando se había metido en el agua y nadie se había dado cuenta porque no había sangrado. Parte de su piel se había desprendido.

Sabrina levantó la vista hacia ella angustiada. —¿Se morirá?

—No lo sé. Está en manos de Dios, si es que existe para permitir este infierno.

Su amiga se levantó y susurró —Creo que está embarazada.

Aleka dio un paso atrás impresionada. —¡No!

—Ha susurrado algo de un bebé —dijo lo más bajo que pudo.

En ese momento entró alguien en la casa y ambas se volvieron para ver a Novack que apretó los labios acercándose a la cama. Al ver su estado se tensó con fuerza. —¿Desde cuándo está así?

—Desde ayer por la mañana —respondió Sabrina—. Pero ahora está peor. Ayer solo estaba algo caliente.

Él asintió antes de sacar el cuchillo de su espalda. Sabrina asombrada vio como cogía un grueso mechón de su cabello mientras Aleka reprimía las lágrimas. —Oye tío, ¿qué haces? — Cuando le cortó el mechón jadeó. —¡Ya verás cuando se despierte! ¡Menudo estropicio! Menos mal que aquí no hay espejos que... —Se quedó de piedra cuando él se agachó para darle un suave beso en los labios antes de salir de su casa. Asombrada miró a Aleka que sorbió por la nariz.

—Se ha despedido de ella.

—¡Pero si está aquí! —Sabrina gruñó. —¡Es que no hay quien entienda a los tíos!

—Le entiendo, ¿sabes? Novack ha sufrido mucho.

—¡Cómo tú! ¡Cómo todos los que vivís aquí! ¡Pero ella sigue viva y ni se molesta en cuidarla! ¿No es su mujer? Si cuidó a la otra ¿por qué ignora a esta? —preguntó indignada—. No es justo y me importa una mierda todo lo que haya sufrido. ¿Y cómo se atreve a cortarle un mechón de cabello y a besarla, después de cómo la ha tratado? —gritó a los cuatro vientos perdiendo los nervios—. ¡Están separados! Es que ni se cómo se le ocurre entrar aquí. ¡Y sin permiso! —Salió por la puerta dispuesta a cantarle las cuarenta cuando se detuvo en seco al verle

sentado en la arena cerca de la orilla acariciando el cabello negro de su amiga. Parecía roto de dolor y sus amigos se acercaron a ella para observarle.

—Vamos, preciosa —dijo Igor cogiéndola del brazo—. Larlene nos necesita.

—¿Y qué me ha pasado en el pelo? ¿Me lo habías dicho ya? —preguntó dejando que las sentaran en la cama para asearla mirando con los ojos como platos el grueso mechón que le caía sobre la nariz. Cuando estuvo sentada cogió su larga melena y jadeó al ver que le faltaba la mitad de su pelo. Chilló con los ojos como platos—. ¿Qué ha pasado? ¿Me estoy quedando calva?

—No, es que...

Sabrina miró a su alrededor pidiendo ayuda a July que dijo rápidamente —Se te enredó muchísimo y había un cangrejo. Había anidado, así que cortamos por lo sano.

—¿Anidado? ¿Pero los cangrejos anidan? —preguntó confusa.

—Venga, a lavarte que hueles a perro mojado —dijo Sabrina acabando con el tema mientras Larlene jadeaba antes de olerse el sobaco. Hizo una mueca porque la verdad es que no olía muy bien. Pero vaya, como todos, porque allí no habían visto el desodorante jamás.

—Y en cuanto terminemos comerás algo —July sonrió satisfecha—. Te has librado por los pelos, ¿sabes? Otra vez. Debes tener una estrella en el culo.

Suspiró sintiéndose agotada. —Sí, una suerte enorme porque estoy aquí.

—Tu prima podría haberte matado. ¿Lo has pensado? —Sabrina pasó el agua por su axila.

—Sí, varias veces. Déjame que ya lo hago yo.

—Sí, como tienes energías de sobra... —Sabrina le guiñó un ojo. —Tienes que recuperarte.

—¿No tenéis nada que hacer?

Las mujeres levantaron las cejas. —Hasta que no lleguen los hombres y tengamos que lavar lo que traigan no.

Agachó la mirada al saber a quién se referían. Pero hablar de Novack era inevitable así que para que evitarlo. —¿Han sacado mucho?

—Ese barco es una mina. ¡Encontraron una caja de herramientas! —dijo July emocionada—. Y había un destornillador, así que lo están desmontando.

—¿Lo están desmontando?

—El barco. Para recuperar todo lo que se pueda.

—Las agarraderas de acero y las encimeras de la cocina que eran de mármol. Todo lo que pueda servir —le aclaró Sabrina al verla confusa.

—Ah...

—Ya está —dijo tirando el paño en el cubo hecho con un bidón—. Ahora te traigo la comida.

—Ya voy yo —dijo July saliendo rápidamente de la casa.

Se tumbó y suspiró porque le dolía todo. Sabrina sonrió. —Hubo un momento en que pensé que no lo conseguirías, pero les has demostrado a todos que la pija de Nueva York puede con todo.

Forzó una sonrisa. —Les he dado una lección, ¿eh?

Sabrina sonrió. —No lo sabes bien.

—¿Dónde está tu marido?

—No es mi marido.

Levantó una de sus cejas morenas. —¿No?

Se sonrojó. —Bueno, no me lo ha pedido.

—Vives con él. Aquí eso significa ser su esposa.

—Puede que vivamos aquí, pero yo soy de Los Ángeles y cuando un hombre quiere casarse se lo pide a la mujer.

—Tienes toda la razón. Estos hombres de aquí dan muchas cosas por hecho. —Perdió algo del brillo de su mirada. —¿Tu amante está por aquí?

Sabrina se echó a reír y asintiendo se levantó. —Está pescando. ¿Quieres hablar con él?

—Es mi administrador.

—Ah, entonces te valgo yo. —Volvió a sentarse. —Tu patrimonio en esta mierda de isla es de cincuenta y tres bidones que se pueden usar para el agua y treinta y dos de los rotos.

—Vaya, son muchos útiles.

Sabrina sonrió. —Mi chico ha aprendido muy bien de ti y regatea como ninguno. También es de tu propiedad varias herramientas de la caja, la caja y un montón de cosas más del barco que te serán de utilidad. Hemos empezado a negociar con los bidones rotos y ya tienes algunas telas de paracaídas.

—¿Y vosotros?

—Después de que nos terminaran la casa ganamos un diez por ciento de lo que tú tienes. La casa fue una buena ganancia con todos sus enseres. Está todo en el almacén que ordenaste hacer el día antes del incendio.

Entrecerró los ojos. —Un diez es poco. Os había dicho...

—Es mucho y aquí mucho más. Es un trato justo. De todas maneras sabemos que nos darías lo que quisiéramos.

Sonrió divertida. —Te veo muy segura.

Cogió su mano y la apretó con cariño. —Sí que lo harías porque tienes un corazón de oro.

—Supongo que ahora que no puedo nadar ya no ganamos nada ninguno de nosotros.

—Novack sigue respetando el trato.

Perdió la sonrisa de golpe. —No quiero nada suyo. Devuélveselo.

Sabrina la miró asombrada. —Pero te corresponde. Gracias a ti descubrieron lo que había en el muro. No es justo.

—No lo quiero. Cuando vuelva a trabajar lo haré sola.

—Pero es peligroso.

—¡Haz lo que te digo, Sabrina! —Su amiga apretó los labios y ella apartó la mirada sintiéndose culpable. —Lo siento.

—No lo sientas. Es tu decisión, pero solo quiero que te lo pienses bien. Es tu marido.

—No es nada mío. Ya no —dijo empecinada—. Dile a Igor que quiero que negocie con los hombres que me hagan la casa. —Sabrina asintió y en ese momento entró July con el pescado en un plato de plástico. Incluso traía un tenedor del barco y sonrió cogiéndolos. —Gracias.

—¿Necesitas que te ayude?

—No, puedo sola. Gracias.

—No tienes que darlas.

Ambas se le quedaron mirando mientras llevaba el tenedor a la boca y levantó una ceja. —Estoy bien.

En ese momento entró Aleka y sonrió al verla tan recuperada. —En nada de tiempo estarás fuerte de nuevo.

—Eso espero.

—Venía... —Parecía algo incómoda y dejó de masticar mirándola fijamente. —Es que...

—Aleka, ¿qué pasa? ¿Adam está bien?

—Sí, sí. El niño está muy bien. Ya lo has visto esta mañana.

Suspiró del alivio y la miró interrogante. —Hay tiempo. No es para ahora ni nada...

—¿Quieres ir al grano, que está comiendo? —preguntó Sabrina exasperada.

—Oye hermosa, que no hablo contigo.

—Pero yo contigo sí.

July puso los ojos en blanco. —No disgustéis a Larlene que me voy a cabrear. Aleka, termina de una vez que la estás distrayendo.

—Bueno, voy a tener otro hijo. —Las tres chillaron de la alegría y July la abrazó con Sabrina. —Shusss. Mi Brandon no sabe nada todavía.

Se callaron en el acto y en ese momento entró Igor corriendo con un cuchillo en la mano y gritaron del susto. —¿Qué? ¿Qué pasa? —Miró a un lado y a otro.

—Una araña. —Igor frunció el ceño mirando a su mujer y esta hizo una mueca. —Enorme, pero Aleka la ha matado.

—¡Joder, qué susto! —Gruñendo salió de la casa. —Serán exageradas.

—A este le voy a buscar una tarántula y se la meteré en la cama. —Sabrina sonrió maquiavélica. —A ver cómo reacciona.

Larlene asintió antes de mirar a Aleka. —¿Estás contenta?

—Mucho. Creía que ya no podía tener más, ¿sabes? Tuve un parto difícil con Bobby.

—Me alegro muchísimo por ti. ¿Y qué puedo hacer yo?

Se sentó en la cama. —Pues me preguntaba si ahí abajo habrá algo para hacer una cuna. —La miró emocionada. —Bobby tuvo que dormir con nosotros porque me negaba a dejarlo en el suelo como hacen algunas. Solo les ponen un poco de tela debajo y...

—Te entiendo. —Sonrió con un nudo en la garganta y sin saber por qué sus ojos se llenaron de lágrimas. —Buscaré algo.

—Gracias, gracias. —La besó en la mejilla. —No sabes cómo te lo agradezco.

—No es nada. Estaré encantada de buscar. —Sorbió por la nariz pensando que se estaba

poniendo muy ñoña y miró su plato para seguir comiendo mientras las tres la observaban. Masticando levantó la vista distraída para ver como las tres no le quitaban ojo en silencio. — ¿Qué?

—¿Tú no tienes nada que contarnos? —preguntó Sabrina impaciente.

—¿Yo? —Le tendió el plato. —Que no quiero más.

—Ah, no. Te lo vas a comer. —Aleka cogió el plato y empezó a desmenuzarlo para quitarle las espinas como si fuera una niña. —Y te lo vas a comer todo.

—¿No tienes otra cosa que contarnos? —insistió Sabrina.

La miró atónita. —¿Qué voy a tener que contar si estoy aquí tirada desde hace más de una semana?

Sabrina bufó cruzándose de brazos. —Vale.

—¿Vale?

—Si no quieres contárnoslo...

—¿Pero de qué hablas?

Aleka carraspeó. —Sabrina cree que estás en estado.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué dices? ¿Y por qué piensa eso?

—Has hablado de un bebé mientras tenías fiebre.

—¡Estaría delirando!

July hizo una mueca. —Sí, eso puede ser.

—¿Te ha bajado la regla? —preguntó Aleka impaciente.

—¡Desde los trece!

—¡Me refiero aquí!

Ella lo pensó y entrecerró los ojos. —¿A qué día estamos?

—¡Llevamos aquí sesenta y cuatro días, Larlene!

—¿Tantos? Eso son más de dos meses. —La miraron como si fuera idiota. —Pues no me ha bajado.

—¡Lo sabía! ¡Delirios, ja!

Larlene chasqueó la lengua. —Puede que no sea lo que te imaginas. En esos programas de televisión que te mencioné a algunas mujeres se les iba el periodo por la falta de alimentación.

—¿Y en esos programas follaban como conejos?

Se puso como un tomate mientras Aleka y July reían por lo bajo. —Qué bruta eres.

—Sí, todo lo bruta que tú quieras, pero tenemos bombo a la vista. ¡Dos bombos! Uy, espero que esto no se pegue.

—¿No quieres tener hijos? —preguntó July sorprendida.

—¿Aquí? —preguntó medio histérica—. ¿Aquí?

—¿Y dónde los ibas a tener sino?

—¡En un hospital con un robot controlando mis constantes vitales y veinte médicos mirándome el potorro para asegurarse que sale como Dios manda!

Larlene ni la escuchaba. ¿Cómo iba a estar embarazada? Puede que le hubiera pedido un hijo en un momento puntual, ¿pero por qué le hacía caso? Sobre todo teniendo en cuenta que iba a pegarle la patada en cuanto le viniera en gana. Recordó cómo le había dicho que su llegada le había dado la vida y que no había otra mujer para él. Pues bien que lo había demostrado y encima le hacía ese regalito. Pero puede que sus amigas estuvieran equivocadas. Puede que fuera la falta de una buena alimentación. Era evidente que había adelgazado. Sí, era pronto para pensar en ello todavía. Además había estado enferma. Y herida. Eso era un shock tras otro para el cuerpo en poco tiempo. Eso sin mencionar la enfermedad de su padre que también podía estar pasándole factura. Aún no se podía creer todo lo que su vida había cambiado. Había perdido a su padre, todo lo que conocía, había conocido a Novack rodeada de ese infierno y ahora estaba sola.

No le quedaba nada.

Sabrina se sentó a su lado y acarició su espalda. —No estés triste.

—Creía que algo bueno saldría de estar aquí. Le tenía a él.

July la miró emocionada. —Nunca se sabe lo que nos deparará el futuro.

Miró sus ojos castaños. —Lo dices como si hubiera la posibilidad de estar juntos de nuevo y no la hay. A mí no va a hacerme más daño —dijo fríamente dejándolas heladas. Miró el pescado que aún quedaba en el plato y susurró —No puedo más. Tengo el estómago algo revuelto y estoy cansada. Tengo que dormir.

—Sí, claro —dijo Aleka incómoda—. Debes descansar. Vamos, chicas... No la molestemos.

—Si me necesitas estaré fuera —dijo Sabrina preocupada.

—Gracias.

En cuanto salieron de la casa entornaron la puerta y ella se giró en la cama mirando la pared. Puede que si tuviera un bebé... Pensar en ello la ilusionó, pero después de unos segundos dándole vueltas se dijo que sería egoísta querer tener un hijo únicamente para no estar sola. Debía dejar pasar el tiempo para asegurarse y si ocurría sería muy bienvenido y muy querido. Pero si no ocurría no debía decepcionarse. Ya aprendería a estar sola por primera vez en su vida.

Salió de la casa y Adam que corría en ese momento con sus amigos por la orilla la saludó con la mano. Sonrió devolviéndole el saludo y le lanzó un beso. Les observó alejarse. —¿Van a pescar?

—Tranquila, ya ha aprendido la lección —dijo Aleka intentando desenmarañar una red que tenía en las manos.

—Vaya, eso será muy útil.

—Voy a unirla a otra que tengo en el almacén. He hecho una aguja con un hueso. Mejor no preguntes de donde he sacado el hueso.

Se lo imaginaba y suspiró mirando el muro. Vio a lo lejos a los chicos subiendo algo oscuro a la balsa. Desde allí no se sabía muy bien lo que era. Giró la cabeza viendo como Igor daba un bidón roto a uno que le daba unos cuantos pescados. —Espero que sean del día. Uno de los de ayer olía fatal.

—Quieren acumular para pagar los diez que nos tienen que dar por bidón —dijo Sabrina que salió de la casa en ese momento—. Un día nos intoxican.

—Si no ha pasado ya, es que tenemos el estómago a prueba de bomba. Bueno, yo me voy.

—¿Cómo que te vas? —preguntaron sus amigas mirándola con desconfianza—. ¿A dónde?

—A trabajar.

—Ah, no. Todavía no estás bien —dijo Aleka levantándose.

—Claro que sí. Estoy estupenda. —Fue hasta el almacén con ellas detrás.

—¿Estás loca?

—Ayudarme a hacer una balsa. —Se mordió el labio inferior pensando. —Necesito una cuerda. ¿Tenemos de eso?

—Deberías empezar a ver lo que te pertenece de vez en cuando —dijo Sabrina exasperada.

—No seas pesada. ¿Tenemos o no?

—Claro que tenemos.

Igor apareció en la puerta. —Está preparada, jefa.

—Oh... —Sonrió radiante. —Gracias, eres el mejor.

—Ahora te la traigo. Está atrás.

—Cariño, no la animes. Todavía está convaleciente.

—Yo la veo bien.

—¿Ves? Él me ve bien.

Por mucho que lo intentaron no la convencieron y pocos minutos después se metía en el agua dirigiéndose al muro lo bastante alejada de Novack como para no verle la cara. Y esa iba a ser la tónica habitual mientras pudiera evitarle todo lo posible. Sabía que no sería posible siempre, pero iba a intentarlo todo lo que pudiera. Cuando llegó al muro sonrió porque no le había costado demasiado. Era el primer día y solo se iba a zambullir un par de veces a ver si encontraba la cuna para Aleka y algún regalito para las chicas por portarse tan bien con ella. Le costó un poco encontrar la argolla porque estaba un poco más alta que la que usaban siempre. Rodeó la balsa y tomó aire zambulléndose. Al final empezó a subir cosas para no hacer el viaje para respirar en balde. Así que subió una red y una cabeza de muñeca que daba algo de miedo, pero puede que a alguna niña le gustara. Estaba buceando cuando vio algo que brilló por la luz que se filtraba a través del agua. Con curiosidad descendió apartando unas algas y se le cortó el aliento al ver una gran caja plateada que ponía en rojo las palabras: “Peligro, no agitar”. También ponía: “Alejar del fuego”. Iba a abrir la tapa cuando alguien la cogió por el brazo y gritó bajo el agua del susto antes de ver a Novack que tiró de ella hacia arriba. Al salir tomó aire profundamente y Novack gritó —¿Qué coño estás haciendo?

—¡Lo mismo que tú! —Se soltó de su agarre.

—¡Todavía no estás recuperada!

—Con mi vida hago lo que me da la gana. ¡No tengo que darte explicaciones! ¡Aléjate de mí!

Novack apretó los labios. —Nena, yo...

—¡No me hables! —Nadó alejándose de él sin darse cuenta de que palidecía. —¡Ni se te ocurra volver a dirigirte a mí!

Se sujetó en su balsa y cuando se volvió vio que Novack nadaba con fuerza hasta donde estaba Brandon que les observaba. La saludó con la mano y ella forzó una sonrisa respondiendo al saludo. ¿Cómo tenía el descaro de acercarse siquiera? Le dio tanta rabia que la tratara como una niña... Si estaba allí era porque ella había descubierto todo lo que estaba allí acumulado. Ellos se habían conformado con su triste estilo de vida hasta que ella y sus amigos habían llegado, ¿y ahora le daba lecciones? ¿A ella? Y encima la gritaba. ¿Quién se creía que era? No le necesitaba para nada. Por ella que se fuera a la mierda.

Decidida a olvidarle a toda prisa se zambulló de nuevo y buceó hasta la caja. Se pensó en si abrirla. ¿Y si era algo realmente peligroso? Apartó la mano y subió a tomar aire para ver que los chicos ya tenían la balsa llena y regresaban a la playa. Juró por lo bajo porque iba a rebosar mientras que la suya estaba casi vacía. Y encima no había conseguido la cuna y le daba una rabia... Se zambulló de nuevo y bajó hasta la caja. La miró bien y se dio cuenta de que si era tan peligrosa por qué no tenía un cierre de seguridad. Apenas estaba cerrada por una pestaña en la que no había candado. Entrecerró los ojos y levantó la pestaña sintiendo como su corazón iba a toda velocidad en su pecho. Solo le faltaba que explotara. Levantó la tapa un milímetro y suspiró del alivio cuando no pasó nada, así que siguió abriéndola poco a poco. Parpadeó al ver que la caja estaba forrada por dentro por una goma y que en su interior había seis botes de litro que parecían de aluminio encajados en unos soportes para que no se movieran. Cogió uno intentando ver la etiqueta que estaba algo borrosa. Solo se podía leer al final ina, pero estaba lleno. Lo dejó con cuidado en la caja y cogió otra. Se quedó helada al leer Nitr. Al imaginar lo que era se quedó muy quieta. No podía ser. Era un explosivo muy inestable al que le afectaban hasta las altas temperaturas. Con el corazón en la boca dejó la botella lentamente en su hueco y sujetó la tapa cerrándola muy lentamente antes de subir a toda prisa. Se agarró a la balsa y suspiró del alivio. Durante unos segundos intentó calmarse. Al extender la mano vio que estaba temblando. Sí,

como para manejar nitroglicerina estaba ella. Desató la balsa a toda prisa y se alejó todo lo que pudo. No fue hasta que no estaba a mitad de camino hasta que se calmó un poco. Igor la estaba esperando porque debía haberla visto llegar y al ver su cara metió las piernas en el agua hasta la cintura sujetando la balsa. —¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—No te vas a creer lo que he encontrado.

Él miró la balsa y levantó una ceja. —¿La muñeca? Sí, hacía mucho que no las veía de plástico, pero...

Vio que en la aldea estaban repartiendo las ganancias del día. —¿No deberías estar allí? Aunque igual no os toca nada ahora que he roto el pacto.

—Está Sabrina. Cualquiera le toma el pelo. No te preocupes, algo sacaré —dijo irónico—. ¿Qué has encontrado?

Le cogió del brazo y tiró de él en dirección hacia detrás de la casa. Sabrina les vio y entrecerró los ojos haciendo que Novack se volviera para verles. Este apretó los puños al ver que Igor riendo se dejaba llevar antes de que tirara de él perdiéndoles de vista. Cuando miró a Sabrina esta sonrió antes de señalar una antigua nasa de pescado que tenía la red algo rota. Era lo que más valor tenía del lote así que dijo —Yo solo quiero eso.

Brandon iba a decir algo, pero Novack molesto le hizo un gesto para que se lo diera. Sabrina sonrió radiante cogiendo la trampa de pescado. —Gracias.

—¿No te molesta?

Ambos sabían de lo que hablaban, así que sonrió encantada. Esperaba que los celos le provocaran una úlcera al muy cabrito. —¿Molestarme? Yo con mi amiga lo comparto todo. —Se echó a reír. —No soy celosa, cariño.

Caminó hasta la aldea y en cuanto les dejó atrás perdió la sonrisa. —Espero que tengas una buena excusa para tanta risita, cariño... porque entonces sí que me vas a ver cabreada.

Capítulo 9

Al dar la vuelta a la esquina vio la cara de pasmo de Igor. —Eso es imposible. He estado en el ejército y eso no puede ser.

—¡Te digo que sí!

Aliviada porque estaban discutiendo preguntó —¿Qué pasa?

—Es muy inestable. Con el oleaje y ...

—¡Te digo que están en una caja especial!

Intrigada dio un paso hacia ellos. —¿Qué pasa?

—No podemos tocarlo —dijo su amigo muy serio.

—¿Y si lo enterramos en la arena? Para evitar el cambio de temperatura exterior.

Igor se cruzó de brazos entrecerrando los ojos. —No es mala idea, pero nos la jugamos para sacarlo de allí. Bueno, quien se la está jugando eres tú porque yo no puedo llegar tan abajo. ¿Podrás con la caja?

—¡Eh, eh! ¿Qué está pasando aquí? —preguntó empezando a asustarse por la cara de decisión de su amiga—. ¡Aquí no se va a tomar una decisión de nada hasta que yo no me entere de todo, leche! ¡Y dejar de hablar en clave!

Igor se lo explicó todo en voz baja y miró a Larlene que parecía estar dándole vueltas. —¿Estás loca? ¡No vas a bajar a por eso y menos tú sola! Además, ¿para qué lo queréis? ¿De qué puede servir eso?

—Nunca se sabe —dijo Igor—. Pero deberíamos sacarlo o muy temprano o muy tarde para que la temperatura no le afecte.

—Tenemos que sacar la caja llena de agua para que cuando esté en el agujero el agua se evapore poco a poco y no haya contraste.

Igor entrecerró los ojos. —Eso es mucho peso.

—Como comprenderás no voy a volcarla para vaciarla de agua.

Sabrina les miró asombrada. —¿Es que estáis sordos? ¡Qué no vais a bajar por eso! ¿Queréis morir?

Escucharon un carraspeo y todos se volvieron para ver a July mirándoles con los brazos cruzados. Larlene juró por lo bajo porque no la había visto salir del palmeral. —Tranquilos. No dirá nada —dijo apenas en un susurro.

July suspiró. —Ya sabía yo que eso que había ahí abajo iba a traer muchos más problemas. Olvidaros de esas bombas. Hablo en serio.

Sabrina suspiró del alivio. —Menos mal que tengo a alguien que me apoya.

—¿Por qué piensas así? Puede que en el futuro nos vengan bien, ¿o no? —preguntó Larlene viendo que estaba preocupada.

—¿Pero acaso no veis donde estáis? ¡Hay hombres que matan con un simple plástico afilado! ¡Lo he visto! ¡Si alguien se hiciera con eso, quien sabe lo que pasaría!

—Nadie lo sabrá. Solo nosotros.

—No podéis ocultarle algo así a Novack.

—No pienso contarle una mierda —dijo molesta—. Él ya no es nada mío.

—¡Puede que no sea tu pareja, pero sigue siendo el jefe de esta isla! ¡Y eso es algo potencialmente muy peligroso para todos! ¡Nos estás poniendo en riesgo! ¿Y si explotan al salir del agua? ¡Adiós isla! ¡Perdona, pero tengo hijos y debo protegerlos!

—No hay tanta cantidad como para eso —dijo Igor sonriendo antes de mirar a Larlene—. ¿O no?

Se sonrojó ligeramente. Había estudiado su potencia para un trabajo de la universidad y sabía lo que podía hacer. Igor dejó caer la mandíbula. —No fastidies.

Sabrina dio un paso atrás. —Dejarlo donde está. ¡No quiero dormir sobre eso!

Igor asintió. —Si lleva allí tanto tiempo es que está seguro.

—¿Pero y si no es así? —preguntó Larlene—. ¿Y si por una tormenta el oleaje arrastra la caja hasta chocar con algo?

Todos palidecieron. —Esto hay que hablarlo con Novack —dijo July asustada.

Larlene lo pensó seriamente y se dio cuenta del peligro potencial que ese material tenía para todos, ya estuviera fuera o dentro del agua, y estaba claro que tenían que encontrar una solución. Miró el muro. —Igual si lo trasladamos más allá...

—Por debajo de los pilares —dijo Igor asintiendo—. Alejarlo hacia la isla de al lado.

—Es peligroso. Pueden veros. ¿Y si encuentran la caja pescando y no tienen ni idea de lo que es? —preguntó Sabrina—. ¡Perdonar, pero no quiero vivir con eso en la conciencia! ¡Seguro que allí también hay niños!

—Mierda... —Miró a Igor a los ojos al darse cuenta de que ella no podía tomar una decisión así. —Ve a llamar a Novack y a Brandon. No les cuentes nada hasta llegar aquí.

Igor asintió antes de salir corriendo y las dos la miraron aliviadas. —Menos mal que habéis entrado en razón —dijo Sabrina sonriendo.

Pues ella no estaba tan tranquila porque ahora que se había dado cuenta del peligro que suponía tener eso allí, era muy consciente de que si había que trasladarlo solo podían hacerlo Novack y ella. Y no le daba tanto miedo el peligro que suponía esa caja como estar a su lado el tiempo suficiente para hacerlo.

Igor llegó unos minutos después diciendo que irían en cuanto se terminara el reparto, porque no podía dejarlo ahora sin que hubiera gente que se molestara. —Están algo sensibles después de lo que ha ocurrido.

—Ojalá le hubieran importado tanto mis sentimientos unos días atrás, pero al parecer yo le importaba una mierda —dijo por lo bajo antes de beber agua, pero Sabrina la escuchó aunque ella no se dio cuenta. Apartó los mechones que le caían por las mejillas maldiciendo su nuevo corte de pelo y su amiga hizo una mueca antes de verla entrar en casa murmurando que necesitaba algo para atarse el cabello.

En ese momento llegó Adam corriendo con una sonrisa de oreja a oreja. —Eso la animará —dijo por lo bajo antes de que el niño sin preguntar entrara en la casa. Se acercó a la puerta al escuchar la risa del niño y vio como su amiga le había cogido en brazos besándole por toda la cara.

—¿Me has traído algo? —preguntó ilusionado.

—Pues... —Larlene juró por lo bajo, pero era un niño y nunca había visto ninguna así que dijo —Sí.

—Lo sabía. —Lo dejó en el suelo y salieron de la casa para ir hasta la balsa que Igor estaba arrastrando hacia el almacén. Vio la cabeza de la muñeca deseando que le gustara. La cogió y se la mostró. La cara de alegría de Adam fue un regalo enorme y se agachó ante él mostrándole la cabeza rubia. —¿Es para mí?

—Un día me pediste un mechón. Pues aquí tienes. Tiene un largo cabello rubio.

Como si fuera la cosa más preciosa del mundo la cogió en sus manitas y fascinado acarició su cabello que estaba hecho una pena, la verdad. —En cuanto se seque podrás peinárselo con el peine que sacamos del barco.

—¿Me lo prestarás?

—Claro que sí. —Le besó en la frente. —¿Te gusta?

—Mucho. Voy a enseñársela a papá —dijo excitado antes de salir corriendo.

Aleka se cruzó con él y le mostró la cabeza con orgullo. Su amiga dejó los peces sobre la arena para mirarla impresionada antes de echarse a reír por lo que dijo el niño y de que este se alejara.

Su amiga se acercó con los peces. —Está encantado. Ha dicho que hasta que tenga mujer será su tesoro.

—No he encontrado algo que te sirva de cuna, pero seguiré buscando.

—Gracias, sé que lo harás. Queda mucho, no hay ninguna prisa. —Se acercaron a la casa.
—¿Cómo te encuentras?

—Ahora algo cansada, pero es normal. Es la primera vez que me sumerjo. Poco a poco.

—Eso, tú no tengas prisa.

Se acercaron a donde su amiga limpiaba el pescado y sonrió al ver los que ya estaban preparados para cocinar. —Menuda cena vamos a tener hoy. Veo que Igor ha tenido suerte. —Se sentó a su lado y cogió el cuchillo que ella había utilizado antes para empezar a destripar los peces.

—¿Has visto a Bobby?

—No.

Aleka perdió la sonrisa de golpe. —¿No estaba con Adam?

—No, mi chico vino solo.

—Sí —dijo Sabrina ayudando a July a lavar una garrafa batiéndola con agua y arena para quitar los restos de su interior.

—Ahí viene Adam. —El niño llegaba dando saltitos loco de la alegría mirando su cabeza y sonrió sin poder evitarlo a pesar de que su padre venía varios pasos tras él con Brandon hablando en voz baja. Decidió hacer que no le veía y le preguntó a Adam —Cariño, ¿dónde está

Bobby?

—Jugando al fútbol en la otra playa.

Todos suspiraron del alivio. Todos menos Larlene que puso los brazos en jarras. — Jovencito, ¿no sabes que no puedes ir solo por ahí? ¡Tienes que ir siempre acompañado!

Adam se sonrojó. —Quería ver lo que me habías traído.

—¡Qué no vuelva a pasar o no te traeré nada más!

—Sí, mamá.

Se sonrojó porque la hubiera llamado así, pero Novack no debió escucharlo porque siguió hablando con Brandon como si nada antes de llegar hasta ellos. El niño se sentó en el suelo al lado de Aleka que le guiñó un ojo.

Novack la miró a los ojos. —Bien, ¿qué pasa?

Lo preguntó con un tono déspota que hizo que sus dientes rechinaran. Igor carraspeó mirándola de reojo. —¿Hablas tú?

Se cruzó de brazos. —Me da igual.

—Larlene ha encontrado nitroglicerina —dijo Sabrina a toda prisa acercándose al grupo como todos los demás.

Brandon, Novack y Aleka les miraron como si no supieran qué era aquello y era normal. —Es una bomba líquida, básicamente —explicó Larlene lo más brevemente posible para que lo entendieran. —Varias bombas.

Novack se tensó. —¿Dónde?

—Donde me interrumpiste hace como una hora. Iba a abrir la caja. Ponía peligro y...

—¡Y la ibas a abrir!

Levantó la barbilla retándole con la mirada. —Pues sí.

Novack la miró como si quisiera estrangularla. Brandon frunció el ceño. —¿Has dicho

bomba líquida?

—Es altamente inestable —respondió Igor advirtiéndola con la mirada para que se relajara. Chasqueó la lengua para escucharle decir —. Si se agita explota, si dejas caer una sola gota de esa mierda aquí mismo, entre nosotros, habría cebo de nuestros cuerpos por toda la playa... Hasta un cambio de temperatura puede hacer no sé qué cambio químico que la pone en marcha.

—Así que es algo muy peligroso.

—Sí, y hay seis botellas —terminó Larlene.

—Si una gota hace lo que Igor acaba de decir, seis botellas...

—Tendríamos otro Gran Cañón —dijo su amigo preocupado.

Otra cosa que no entendieron. —La isla desaparecería —dijo ella perdiendo la paciencia por culpa del cansancio—. Eso si estallara todo a la vez, claro.

—Pero lo lógico es que si explota uno, lo haga toda la caja.

—¿Y esa mierda de dónde ha salido? —preguntó Brandon sorprendido.

—Creo que se usó para hacer algo relacionado con la obra. Como dejaron los andamios, dejaron lo demás. Era una obra complicada y no se molestaron en ser minuciosos a la hora de recoger los restos, eso ya lo hemos visto.

—Así que llevarán allí cincuenta años —dijo Aleka sorprendida.

Incómoda porque Novack no dejaba de mirarla como si quisiera pegarle cuatro gritos respondió —Sí, supongo que sí.

El marido de Alexa parecía aliviado. —Pues las dejamos allí. Joder, ha estado en ese sitio cincuenta años, eso es que está bien.

—Eso decía yo —dijo Sabrina satisfecha.

Novack miró hacia el muro. —¿Si explotara podría llegar hasta aquí?

—Sí. Seis litros de ese explosivo es como una bomba neutrónica —dijo ella con seguridad—. Yo pensaba traerlo aquí y enterrarlo en la arena. Solo un temblor o un deslizamiento de tierra podría afectar a la caja, pero según tengo entendido por aquí no pasa ninguna placa tectónica.

—¿Estás loca? ¡Hay que alejarlo lo máximo posible de nosotros! ¡Y tampoco podemos dejarlo allí por si la marea desliza uno de los andamios y golpea la caja! —le gritó Novack sacándola de quicio.

Apretó los puños con ganas de pegarle dos buenos mamporros y siseó —¡Haz lo que quieras! —Se alejó dando por terminada la conversación antes de regresar con el niño que por su cara lo había escuchado todo. Se sentó a su lado y dijo por lo bajo —Ni se te ocurra decir nada.

—Sí, mamá —dijo limpiando la mejilla de la muñeca con su pulgar—. ¿Me dejas el peine?

Divertida se levantó para ir a buscarlo a la casa. Fue hasta un bidón cortado a la mitad que era donde tenía todas sus pertenencias y movió el pijama para coger el peine de plástico que habían encontrado en el barco. Ni sabía cómo habían aparecido sus cosas allí de repente. Al parecer su marido había aprovechado que estaba enferma para hacer el traslado. Todo un detalle por su parte darle el peine que antes estaba en su casa.

Sacó el peine y se lo pasó por la melena distraída mientras se acercaba al niño. Se sentó a su lado y se lo dio antes de coger el pescado para seguir preparando la cena. Al meter la mano dentro del pescado para sacar las tripas pensó que se moría por una hamburguesa con queso. Dios, y un buen filete de ternera con patatas. Se notaba que echaba de menos la carne. El pensar en la comida provocó que sus tripas gruñeran y Adam soltó una risita. Sonrió acariciando su cabello rubio y le pegó a ella para besarle en la frente. Y lo hacía a menudo porque al niño le encantaba y ella necesitaba eso más que nunca.

—¡Adam! ¡Nos vamos! —gritó su padre antes de alejarse cabreadísimo.

Le miró sobre su hombro mientras Adam se levantaba de un salto. El niño le dio un beso en la mejilla dándole el peine que cayó sobre la arena—¡Lo siento! —gritó corriendo tras su padre.

—No pasa nada. —Sonrió viendo como corría tras Novack que por su manera de caminar estaba realmente enfadado. Entonces su hijo le mostró la cabeza de nuevo y este le miró sonriendo. Pasó una mano por su espalda y Larlene entrecerró los ojos al ver algo negro rodeando su muñeca. Qué extraño. ¿Sería algo que había encontrado ahí abajo? Porque antes no lo llevaba.

—Solucionado —dijo Sabrina sentándose a su lado.

—¿Si? ¿Y qué habéis decidido?

—Lo trasladará al otro lado del muro. Primero buscará dónde dejarlo. Tiene que ser un sitio protegido. Él tampoco quiere que al otro lado pase nada, pero antes tiene que pensar en nosotros.

Se mordió el labio inferior antes de preguntar —¿Brandon le va a ayudar?

—Brandon puede nadar hasta allí, pero no puede bajar porque no aguanta el aire lo suficiente como para llegar abajo. Se agobia.

—Novack me había dicho que Aleka, James y el eran capaces de hacerlo.

—Ya has visto que no. Por eso siempre se queda arriba. James ha muerto y Aleka...

—No, no se lo pediría.

Su amigo se acercó a ella mirando de reojo a Aleka que hablaba con su marido. — Brandon se lo ha prohibido.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—Brandon teme que se desmaye. A veces le ocurre, así que está asustado por si le pasa en el agua. Cuando sale a pescar no hay problema. Está a la vista y no muy lejos. Siempre puede

ayudarla alguien, pero allí... Si el otro que está abajo está distraído o arriba, es un riesgo enorme.

—Sí, claro. —Ella miró el pescado que tenía en las manos. —Novack no podrá hacerlo solo sin correr peligro. Si agita demasiado la caja... —Se levantó dejando el pescado y dijo — Voy a hablar con él.

Igor sonrió. —Sabía que lo harías.

—¿Y por qué lo sabías? Solo voy a enterarme bien de lo que piensa hacer. ¡Y mira que me fastidia porque no me acercaría a él ni con un palo! —Se alejó de él mientras Igor sonreía divertido. —Sí, con un palo me acercaría, pero para meterle cuatro golpes. Es que la verdad no sé por qué me preocupo por él. Ya lo decía mi padre que era demasiado blanda. ¡Y lo demuestra que mi prima me ha metido en este lío! ¡Será hija de puta! Como la pille...

Sus amigos la miraron asombrados desde la playa y Sabrina gritó —¡Eso, amiga! ¡Tú desahógate!

Se volvió de golpe con cara de loca. —Es que me da una rabia. —Soltó un grito apretando los puños como si estuviera desquiciada y todos parpadearon.

—Larlene, ¿te encuentras bien? —preguntó Aleka asombrada.

—¡Sí! ¡Mucho mejor, gracias! ¡Es ese hombre que me pone de los nervios! ¿Qué piensa? ¿Eh? ¿Qué piensa? ¡Nada, te lo digo yo! ¡Solo tiene arena en ese cabezón! Argg, me pongo de una mala leche... —Se volvió caminando hacia la aldea como si fuera a una batalla y cuando llegó ante su casa vio que Adam salía con una antorcha para encender los fuegos. Novack salió tras él y al verla gruñó por lo bajo. Sería capullo. —Me ha dicho Igor que piensas trasladar la caja.

—¿Y?

—¿Y cómo piensas hacerlo sin moverla mucho?

—Pues muy despacio —dijo con burla.

Qué gracioso. Sintió como la rabia la recorría antes de soltar. —¿Entonces no me

necesitas? —La miró sorprendido y como no le respondía se dijo que era una idiota. ¿Y a ella qué le importaba si saltaba por los aires? —Pues muy bien. —Caminó hacia la aldea con ganas de pegar otro grito.

—Larlene... —Se le cortó el aliento y miró sobre su hombro. Su rostro no expresaba nada y se volvió frunciendo el ceño esperando a ver lo que le soltaba ahora. —Como tú conoces de qué se trata, creo que podrías venir si es lo que estás ofreciendo.

Eso sí que la sorprendió. —Pues sí. Eso te ofrecía. Mañana al amanecer delante de mi casa. —Sin esperar respuesta le guiñó un ojo al niño que sonrió de oreja a oreja, y se volvió para regresar, pero algo la detuvo en seco y se giró lentamente con los ojos como platos para mirar la mano de Novack que sujetaba la otra antorcha. Su mirada descendió lentamente hasta su muñeca. No podía ser. Caminó hasta su exmarido mirándola fijamente para ver la pulsera que la rodeaba y al ver las intrincadas trenzas chilló señalándola antes de mirarse el cabello y volver a chillar de nuevo. Cuando lo procesó todo le miró como si quisiera matarle. —¡Tú me has cortado el pelo! —Él no contestó, simplemente se quedó allí mirándola como un idiota. —¡No tenías derecho! —gritó desgañitada.

Él levantó una ceja y Larlene perdió la paciencia pegándole un puñetazo que le volvió la cara. —¡Devuélvemelo!

—No. —Volvió la cara hacia ella y sonrió con descaro. —Es mío.

—¡Serás cabrón! Es mi cabello. ¡Me has robado! —Impresionada dio un paso atrás. —Has transgredido las reglas.

—Ibas a morir. Ya sabes lo que se hace con los muertos o los moribundos.

—¡Estoy viva! —gritó furiosa—. No te lo esperabas, pero aquí estoy. ¡Deberías estar muy contento porque no me he rendido como me pediste desde el principio!

Novack dio un paso hacia ella. —Y estoy contento de que estés viva, nena. No sabes cuánto. ¿Acaso no se nota?

Le dio un vuelco al corazón por cómo lo dijo, como si hubiera sido lo que más había deseado. —Estás loco. ¿Me hiciste creer que te importaba, para luego tratarme como una mierda y después me robas el cabello cuando creías que iba a morir? ¡A ti te falta un tornillo!

—Pues a ver si encontramos uno mañana, nena. Ahora tengo que irme. Esperan los fuegos.

Asombrada vio como pasaba ante ella con el niño al lado que retenía la risa como si todo aquello tuviera mucha gracia cuando para ella no tenía ninguna. —¡Yo no te lo he dado! No siento nada por ti, ¿me oyes? —gritó desgañitada—. ¡Y nunca sentiré nada! ¡Los Prestwood solo damos una oportunidad!

Rodearon una casa como si no la hubieran oído y entrecerró los ojos con ganas de venganza. Se iba a cagar. Fue hasta la casa y entró en ella golpeando la puerta contra el baúl. Al parecer volvía a dejar la puerta sin candado, así que se sentía más o menos seguro. Miró a su alrededor pensando en qué robar y fue hasta el arcón levantando la tapa de golpe. Revolvió dentro, pero solo vio el mechón de su primera esposa. Pensó en cogerlo, pero seguramente era lo único que Adam tenía de su madre y no era justo. Apretó los labios frustrada cerrando el arcón. —Es que de verdad... Tienes un corazón demasiado blando.

Entonces vio el fuego y de la rabia cogió una garrafa de agua tirándola por encima. Que se jodiera, el muy capullo. Con eso no iba a negociar más. Cuando se apagó la última llama se le cortó el aliento al darse cuenta de lo que había hecho y dejó caer la garrafa al suelo mirando los rescoldos húmedos. ¿Qué había hecho? ¡Qué había hecho! Entró en pánico y corrió fuera de la casa. Tenía que arreglarlo antes de que él se diera cuenta. Como dejara a la aldea sin fuego sí que se jugaba el cuello. Se detuvo frunciendo el ceño. ¿Eso rimaba? ¿Y qué coño importaba? Corrió a través del palmeral hacia los suyos y suspiró del alivio porque ya habían encendido el fuego. Cogió una rama de la que pasaba y corrió lo que pudo. Sobresaltó a los chicos que en ese momento giraban el pescado y como si nada metió la rama sonriendo. —Bonita noche...

Sabrina entrecerró los ojos. —¿Qué has hecho?

—Nada, pero tú por si acaso no apagues el fuego.

Todos dejaron caer la mandíbula antes de que corriera de nuevo hacia el palmeral con la rama encendida en la mano. Cuando llegó a la casa y vio que aún no habían llegado suspiró del alivio. Se acercó con la rama en la mano cuando se dio cuenta de que tenía que sacar los restos húmedos antes de echar su ramita. Sopló sobre ella para avivarla y la dejó a un lado de la piedra rezando porque no se apagara. Cogió un bidón cortado y un cuchillo y arrastró los restos hacia el cubo. Las cenizas empezaron a esparcirse por todos los sitios y gimió mirando hacia la puerta. Tenía que darse prisa. Consiguió quitar casi todo lo húmedo y salió de la casa corriendo para coger unas hojas secas y un par de ramas. Miró a su alrededor pensando que la iban a pillar cuando se agachó para coger una rama. Se volvió con ella en la mano dejando caer la mandíbula al ver el fuego en el interior. Chilló de miedo corriendo hacia la casa. ¡Ahora sí que la había hecho buena, la cama estaba ardiendo! ¿Cómo había pasado eso? Miró hacia la fragua y no vio la rama por ninguna parte. ¡Debía haber caído y haber rodado hasta allí! —Mierda. —Entró en la casa cogiendo un bidón y a pesar del dolor en el costado lo levantó para apagar el fuego de la cama. Cuando vio que se apagaba la última llama suspiró del alivio antes de volverse para dejar caer el bidón al ver que Adam y Novack la miraban con la boca abierta y dos antorchas encendidas en la mano. Se sonrojó con fuerza. —Ah, ¿ya habéis terminado? —Adam asintió. —Estupendo. Había un fuego y lo he apagado.

El niño abrió los ojos como platos mientras Novack la miraba como si fuera a fulminarla en cualquier momento. Carraspeó uniendo las manos ante ella como una niña buena. —Bueno, hasta mañana... —Como no se movían se puso como un tomate. —¿Me dejáis pasar?

—¡Me has quemado la cama!

—¿Yo? —preguntó ofendida—. ¡Encima que la apago!

—¡Mientes fatal, nena!

—¡No me llares nena! ¡Y devuélveme mi pelo!

—¿Es por eso? ¡Por eso has quemado la cama? ¿Porque ha sido nuestra cama?

—¡Oh, estoy segura de que no soy la única con la que la has compartido!

Él entrecerró los ojos cogiendo la antorcha de su hijo. —Adam vete con Aleka.

El niño salió corriendo antes de que ella pudiera decir nada y con asombro vio que tiraba las antorchas sobre la fragua y cerraba la puerta. —Ahora vas a explicarme eso de que no me has quemado la cama.

La verdad es que como la miraba daba algo de miedo y dijo —Déjame salir, Novack.

—¿Me tienes miedo? —Dio un paso hacia ella y sin darse cuenta dio un paso atrás. —
¿Me tienes miedo? —gritó furioso.

—¡Sí! ¡Porque desde hace días me he dado cuenta de que no te conozco!

Novack la sujetó por el brazo con fuerza acercándola a él. —¡Ibas a morir!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —A ella la cuidaste. ¡A ella sí que la quisiste!

Novack palideció y se volvió llevándose las manos a la cabeza, hecho que ella aprovechó para salir corriendo.

—¡Larlene!

Corrió por el palmeral sin ver a donde iba y cuando se dio cuenta estaba en la playa de atrás. Caminó hasta el agua metiendo los pies en ella intentando calmarse. Le sintió tras ella y se tensó.

—La conocía desde niño y la quería. Mi deber era protegerla y lo hice. Sentí su muerte. Joder, la sentí muchísimo. Era mi compañera, la madre de mi hijo, pero cuando llegaste tú... —
Larlene dejó caer las lágrimas que estaba reteniendo. —Cuando llegaste tú sentí lo que era de verdad el miedo. Te vi tan ingenua, tan inocente... No tenías ni idea de donde te estabas metiendo. Pero me sorprendiste una y otra vez, nena. Eres más lista que la mayoría y me dejaste sin palabras con tus ocurrencias. Y te deseaba... Dios, te deseaba muchísimo. Más de lo que

nunca he deseado nada. —Se mantuvo en silencio unos segundos y sintió como se acercaba a su espalda. —Contigo he pasado los mejores momentos de mi vida. —Sintió su aliento en su oído y se estremeció de anhelo. —Te dije que no te hirieras. Te lo advertí. —La desesperación de su voz le hizo cerrar los ojos. —No quiero sentirlo. No quiero volver a sentir el miedo y ese maldito dolor que se me alojó en el pecho cuando me di cuenta de que te habían herido... No quiero amarte —dijo con rabia—. No quiero amarte, pero no dejo de pensar en ti. Por eso te corté el mechón, nena. Porque nunca te olvidaré. —Sollozó deseando que la abrazara. —Cuando te dije que me habías dado la vida era cierto, preciosa —susurró—. No sabes cómo necesitaba tu llegada en esta vida de mierda. —Sintió el roce de sus dedos en sus cabellos como si añorara tocarla y se le rompió el corazón por el dolor que la recorrió. —Sé que no lo entiendes, ¿pero recuerdas las palabras que te dije el día en que llegaste? Nadie moverá un dedo por ti y es cierto, preciosa. Ni siquiera yo. Puede que creas que soy egoísta, puede que creas que soy un cabrón, pero en esta isla primero hay que ponerse a salvo uno mismo antes de pensar en los demás y ahora sé que no me convienes.

Se quedó en silencio y ella pensó en lo que le había dicho. La quería, solo que tenía miedo. —Yo te amo. —Al no sentirle tras ella se volvió asustada y vio que estaba sola. —Yo te amo y te amaré siempre.

Capítulo 10

Después de casi no pegar ojo en toda la noche pensando en lo que había ocurrido, estaba sentada en la arena mirando el amanecer cuando le sintió y volvió la cabeza hacia Novack que se acercaba a ella tirando de la balsa de bidones. Para él era evidente que se había acabado y se lo había demostrado al dejarla sola en la playa. Días antes no lo hubiera hecho, lo que significaba que ya no le importaba su seguridad. Tenía que superar que su relación había terminado y ese dolor que tenía en el pecho. Su padre no había criado una mujer débil. Era evidente que estaba muy tenso, así que disimulando su disgusto se levantó forzando una sonrisa. —Buenos días.

—¿Estás lista?

—Sí.

Se metieron en el agua y nadaron durante un rato en silencio, al contrario que las otras veces que lo habían hecho en las que siempre tenían algo que contarse. Parecía que eso había sido hacía siglos cuando solo había pasado unos días atrás.

—Cuando lleguemos buscaremos un sitio seguro para enterrarla —dijo él sacándola de sus pensamientos.

—¿Enterrarla?

—Sí, para que esté lo más protegida posible.

—La arena se mueve con el oleaje.

—Pues sugiere tú algo.

—¿Y en el barco? Es mucho más pesado y seguro que no se moverá mucho.

—Es de madera. Tarde o temprano terminará de pudrirse y puede que un cascote mueva

la caja.

—Vale, pues un agujero. —La miró molesto. —¿Qué? He dicho que sí.

—¡Has dicho que sí muy rápido!

Increíble, estaba enfadado porque le había dado la razón demasiado rápido. —Pues sí, ¿qué quieres que te diga?

—¡Igual es que el tema no te interesa mucho!

—Me interesa. Claro que me interesa. Novack, ¿estás bien?

—¡Sí, muy bien!

—Pues no lo parece.

—¿Ahora quieres discutir?

Le miró con asombro. —¿Yo?

—Mejor mantengámonos callados —dijo entre dientes.

—Sí, será lo mejor. —Le miró de reajo un rato. Estaba más raro... Encima que la dejaba, es que era el colmo, la verdad. Después de alejarse de ella cuando estaba enferma... Ni le dio las gracias cuando rescató a su hijo y le salvó la vida, todo lo contrario, la provocó para que fuera ella la que se largara y hala, enferma de nuevo. Para más inri le roba el pelo... que era para matarle el corte que le había metido, y encima se ponía chulo. En ese momento le pegaría una patada en el culo que le sacaba de La colmena antes de que se diera cuenta. Se le cortó el aliento mientras Novack aseguraba la balsa a la argolla. Éste se volvió para ver su cara de pasmo. — ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—¡No! —Forzó una sonrisa. —No, qué va. ¿Y cómo hacemos el hoyo?

—Cogeremos un madero del barco. Hay de sobra para apartar la arena.

—Bien, pues vamos.

—No deben vernos en el otro lado.

—Tranquilo, yo controlo.

—Eso dices, pero siempre pasa algo —dijo por lo bajo.

Jadeó indignada. —¡Cómo si antes de mi llegada aquí no pasaran cosas! ¡Deja de echarme la culpa de todo! —Le señaló con el dedo. —De lo único que tengo la culpa es de ser más lista que los demás.

—Pues a ver si aplicas esa inteligencia en encontrar un buen sitio para meter eso que hasta ayer no tenía ni idea de que estaba aquí.

—¡Qué no supieras que estaba allí no significa que no estuviera! ¡Deberías darme las gracias!

—¡Es que a veces en la ignorancia se vive más tranquilo!

—¡Pues yo prefiero saber la verdad y enfrentarme a ella! ¡A ver si enterramos la puñetera caja y te pierdo de vista, que me tienes harta!

—¡Serás mentirosa!

—¿Mentirosa? Mira, mira... ¡No sé por qué me he tenido que fijar en ti con todos los tíos que me perseguían por Nueva York!

—¡Será porque ya no estás en Nueva York, donde quede eso!

—¡Es el centro del mundo, idiota! —Vio el dolor en sus ojos y Larlene se sintió fatal por echarle en cara su ignorancia. Algo totalmente lógico viviendo allí. —Novack...

—Será mejor que bajemos. Estamos perdiendo el tiempo.

Se sumergió sin esperarla y Larlene juró por lo bajo antes de seguirle. Vio cómo se acercaba a la caja y nadó más rápido por si se le ocurría abrirla. Y precisamente eso hizo y sin ningún cuidado, lo que la cabreó. ¿Es que estaba loco? Al ver que iba a coger uno de los botes le cogió por la muñeca y negó vehementemente. Él apretó los labios antes de asentir y mirar hacia el muro. Señaló hacia allí y ella cerró con sumo cuidado la caja mientras él la observaba. La miró

interrogante y ella señaló hacia arriba. Ambos subieron y ella llegó primero dispuesta a soltarle cuatro gritos. Estaba claro que no había entendido que debían tener mucho cuidado. Cuando Novack salió, le gritó sin poder evitarlo —¿Estás loco? ¿Quieres que saltemos todos por los aires?

—No sabía que era tan delicado —dijo con burla—. Pero como no sé muchas otras cosas. Tranquila, que aprendo rápido y ya me he dado cuenta de lo delicado que es.

Hala, ya le había soltado la pullita. —Nunca te he tratado como si fueras un ignorante, Novack. No es justo que por un comentario cuando estaba enfadada...

—No tiene importancia.

—¡Sí que la tiene sino no te habrías enfadado! ¡Te estás comportando como un crío cuando nos jugamos la vida!

—¿No decías que querías acabar de una vez para perderme de vista? —le gritó furioso.

Sus dientes rechinaron intentando contenerse. —Llevas desde que salimos buscando bronca. ¡No me culpes por enfadarme!

—¿Terminamos?

—¡Si ni siquiera hemos empezado! —exclamó con asombro.

—¡Es que ahora quien quiere perderte de vista soy yo!

—¡Pues dejémoslo para mañana!

—Sí, será lo mejor porque me has puesto de mala hostia y seguro que me tiembla el pulso.

—¡Lo mismo digo! —le gritó a la cara.

Novack miró sus labios y se le cortó el aliento deseando que se acercara, pero antes de darse cuenta nadaba hacia la costa sin molestarse en llevarse la balsa. Asombrada vio que huía de ella como de la peste. Desmoralizada se acercó a la balsa para agarrarse y suspiró intentando

calmarse. Estaba claro que ya no quería nada con ella aunque seguía deseándola. Y eso era lo que no podía entender, porque prefería alejarse ahora a estar a su lado hasta que el destino les separara. Aunque tampoco podía ignorar como se había comportado cuando más le había necesitado. Eso era imperdonable y más cuando ni siquiera se disculpaba. En lugar de pedirle perdón como ella deseaba con todas sus fuerzas, había decidido cortar del todo. Lo había pensado mil veces la noche anterior y había intentado no mostrar sus sentimientos esa mañana, creyendo que cuando pasaran unos días todo se calmaría y puede que recapacitara, pero al parecer ya no podían estar juntos ni para algo tan delicado como la misión que tenían entre manos. Pues ella había ido allí a hacer un trabajo. Se sumergió y pensó en la idea que había tenido cuando Novack había atado la balsa. Tenía tiempo. Tenía mucho tiempo para intentarlo.

Dejó el tablón jurando por lo bajo cuando se le clavó una astilla y ascendió lo más rápido que pudo para tomar aire del tubo que había colocado en la superficie. Lo había encontrado en el barco y había sido una suerte porque eso le había ahorrado mucho tiempo y energías. Solo tenía que cogerlo y soltar el agua soplando antes de inhalar de nuevo. Una buena técnica para que no la vieran desde la otra isla.

Descendió otra vez y cogió el tablón para seguir arrastrando la arena. Leche, ya le dolía todo, pero casi lo tenía. Se agachó tirando el tablón a un lado y con las manos empujó la arena. Esperaba que no se derrumbara antes de que llevara la caja. Miró alrededor. Era una zona donde no había nada. Por no haber no había ni rocas ni algas. Era perfecto. Nadó hacia el tubo que casi no se había movido del sitio y respiró hondo antes de dirigirse hacia la otra parte del muro. Sintiendo que el corazón se le desbocaba del miedo cogió las asas laterales de la caja e intentó levantarla, pero estaba demasiado enterrada para que se moviera, así que con paciencia empezó a quitar la arena. Subió a respirar todas las veces que fue necesario y cuando toda la caja quedó a la vista lo intentó de nuevo. Para su sorpresa la pudo levantar sola. Lo difícil era nadar sin mover

los brazos. Tuvo que dejarla en el suelo sudando y lo pensó cuando alguien la cogió por el hombro haciéndola gritar del susto para ver a Novack tras ella enfadadísimo. Casi sin aire tuvo que subir a respirar. Antes de llegar arriba sintió que se quedaba sin aire y Novack cogió su muñeca tirando de ella hasta el exterior. Larlene respiró hondo agarrándose a sus hombros y tosió antes de que su respiración se normalizara. —¿Estás bien?

—Me has asustado, eso es todo. —Se apartó para mirar sus ojos. —Has vuelto.

—¡No subías! —le gritó a la cara—. ¡Llevo buscándote horas!

—¿Te he asustado de nuevo?

—¡Sí!

—¡Pues mira, no estamos juntos, así que ya no puedes echármelo en cara!

—¡Sí que puedo! —La cogió de la nuca acercando su rostro y la miró como si estuviera torturado. —No me hagas esto.

—Yo no hago nada —susurró mirando sus ojos—. Es que me quieres, cielo. Y aunque me fuera de esta isla, seguirías preocupándote por mí como yo por ti.

—¡No te quiero! —Atrapó sus labios desesperado y se abrazó a él sin poder creer que le tuviera allí y poder sentirle. Le había echado tanto de menos...

Novack apartó su boca lentamente y la abrazó con fuerza. —Lo siento.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te perdono porque soy magnánima. —Él se apartó levantando sus cejas rubias. —Vamos, que tengo un corazón de oro y demasiado blando.

Él sonrió y acarició su mejilla. —Movamos la caja. Estarás agotada. Llevas aquí horas.

—Uff, menos mal porque no sabía cómo iba a llevarla al agujero.

—¿Has hecho el agujero?

—No te tenses, no te tenses que la tenemos. —Se pegó más a él y sintió su excitación a través de sus pantalones. —Cariño...

—Nena, no tengo donde agarrarme —dijo él con voz ronca acariciándole el trasero con ansias antes de apartar la tira entre sus piernas para acariciarla íntimamente.

Gimió de necesidad. —Agárrate a la balsa —susurró antes de besarle con ganas abrazando su cuello. Novack gimió intentando llegar hasta la balsa que estaba a unos metros, pero ella se lo impedía y le hundió varias veces. Larlene apartó su boca sin enterarse de nada—. Cariño no colaboras.

Novack alargó la mano gruñendo y agarró la balsa. —Nena, hago lo que puedo.

Se sujetó a la balsa con ambas manos y ella sonrió acariciando sus abdominales hasta llegar a su miembro. Al escucharle gemir de placer se sintió tan poderosa que dijo —Tranquilo, que me encargo de todo. —Besó sus labios antes de pasar su lengua por su labio inferior sin dejar de acariciarle y cuando rozó su sexo con su endurecido miembro se miraron a los ojos con deseo. —¿Vas a darme un hijo?

—Joder nena, en este momento te daría la luna. —Entró en ella de un solo empujón y Larlene gritó agarrándose a sus hombros. Ella movió sus caderas al mismo ritmo que él porque necesitaba esa intensidad y hundió las uñas en su cuello sintiendo que su ser se tensaba hasta que Novack entró en ella una última vez enviándoles al paraíso.

Se quedaron abrazados besándose varios minutos en los que no podían dejar de tocarse. —Cuando te pregunté si ibas a darme un hijo en realidad no era una pregunta, ¿sabes? Creo que vamos a tener un hijo —susurró contra su cuello.

Él apretó los labios. —¿No lo has perdido?

Se apartó para mirarle sorprendida. —¿Lo sabías?

—Sé contar. Se me pasó por la imaginación un par de veces.

—¡Y me dejaste! —Lo pensó mejor. —¡Aunque no me gustaría que te quedaras conmigo solo por eso, pero me dejaste!

—Nena, eres mucho más fuerte de lo que imaginaba. Muchas mujeres pierden a sus hijos

antes de dar a luz. De hecho si enferman suelen morir los dos.

Se le cortó el aliento. —¿Y pasa mucho?

—Rosalina perdió a cuatro antes de tener a Adam. Y dos después de eso.

—A seis... —Eso sí que la asustó. No sabía si podría superar algo así.

Acarició su pálida mejilla. —Has estado muy enferma y no ha pasado.

Aterrada le miró a los ojos. —Igual era tu esposa. Aleka...

—Bobby fue su primer hijo, después de eso ha tenido varios abortos. No sé cuántos. La gente ya no habla de eso y Brandon menos porque creo que no quiere tener más hijos. Y si me dieran a elegir, yo tampoco querría. ¿Qué futuro tienen aquí, nena? Siempre protegiendo su espalda y pendientes de la comida y la lluvia para sobrevivir.

—Les daremos un futuro mejor.

Él sonrió, pero vio en sus ojos que no tenía ninguna fe en ello y no le extrañaba porque llevaba allí toda su vida. —De momento vamos a mover la caja.

—Muy despacio, cariño.

—Muy despacio. Te sigo. Si decides parar hazme un gesto.

—Vale.

—Así que ya está —dijo Sabrina sentándose a su lado en la arena para empezar a arreglar la red de la nasa.

—Sí, hemos puesto encima varios tablones del barco para marcar el sitio y que la arena de encima no se mueva demasiado. No sé si servirá.

—Ya verás como sí. —La miró maliciosa. —Y lo habéis arreglado.

Se sonrojó porque la noche anterior no había dormido en casa de su amiga. —Sí.

—Me alegro. —Levantó una ceja sin creerse una palabra. —Que sí. Bueno, me pareció un poco cabrón, pero me alegro por ti. No por él. Por ti porque sé que le quieres.

—Tenía miedo. Le comprendo.

—¿Y tú no tenías miedo? Miedo de perderle, miedo de morir... —Al ver como sus preciosos ojos azules se entristecían dijo rápidamente —Lo siento. ¿Quién soy yo para meterme con la mierda de relaciones que he tenido en la vida? —Sonrió irónica. —La última por poco me mata. Y puede que la que tengo ahora también me la meta doblada.

—No digas eso. Igor es un amor.

Alguien carraspeó tras ellas y al volverse allí estaban Novack e Igor con cara de mala leche. —Cariño, cuando digo que es un amor me refiero a que es muy buena gente. —Novack entrecerró los ojos. —Ya me lo has cabreado —le recriminó a Sabrina que estaba roja como un tomate.

Igor se agachó y cogió a su mujer de la muñeca levantándola antes de cargársela al hombro. Larlene sonriendo como una loca se puso en pie ante su marido. —¿Ya has visto a Adam? ¿Cómo ha dormido? ¿Nos ha echado de menos? ¿Te ha dicho algo? ¿Le has dicho que hemos vuelto? ¿Cómo se lo ha tomado? —Sonrió más ampliamente. —Seguro que bien porque me adora.

Gruñó en respuesta antes de ir hasta la balsa. —Vale, no quieres hablar. Una pena con lo contento que estabas esta mañana. Cariño si quieres lo repito. —Le guiñó un ojo metiéndose en el agua. —Podemos probar otra vez, sabes que aguanto muy bien la respiración y eso de besarte de arriba abajo es de lo más entretenido que he hecho nunca —dijo de manera sensual haciéndole sonreír.

Novack le dio una palmadita en el trasero. —Vamos, preciosa. Tenemos trabajo.

Empezaron a nadar y ella le miró de reojo pensando en cómo se lo decía. —Cariño...

—Nena, estoy bien. Sabrina no será la única que criticará mi comportamiento. Aleka

seguro que tiene mucho que decirme.

—No es eso... Y ya hablaré yo con Aleka. Es sobre una idea que tengo.

—Madre mía.

—Oye, que yo no tengo la culpa de tener esta mente tan inquieta.

—¿Y de qué se trata?

Se mordió el interior de la mejilla. —Vamos a salir de aquí.

—¿De aquí de dónde? —La miró sin entender.

—De La colmena.

Dejó de nadar para mirarla preocupado. —Preciosa, nadie se escapa de La colmena.

—No, si no nos vamos a escapar. Van a venir a buscarnos.

Le pasó la mano por la frente. —¿Tienes fiebre?

—¡Vamos a sacar la radio del barco!

—Joder. —Se puso a nadar como si no la hubiera escuchado.

—He dicho...

—Ya te he oído. Pero no funciona. Ha estado años, muchos años bajo el agua. Por eso no la sacamos de allí, ¿recuerdas? Porque no nos servía de nada.

—Y como está no nos sirve.

—¿Ahora sabes arreglar radios?

—No. Pero puedo usar sus componentes para enviar una señal a los satélites y si no me equivoco los siete satélites de la compañía de mi padre se alienarán en un mes para el nuevo viaje espacial a la luna. Estaba previsto subir a los primeros colonos.

Eso sí que llamó la atención de su marido que se detuvo de nuevo. —Nena, ¿tu padre exactamente qué era aparte de rico?

—Tenía muchos negocios, pero sobre todo era constructor.

—¿Constructor de qué?

—De barcos, de urbanizaciones... —Desvió la mirada diciendo por lo bajo —De cárceles...

—¿Qué?

—¡Pero él no hizo esta! —La cara de alivio de Novack la hizo gemir. —La hizo mi abuelo.

—Hostia.

—Pero él no sabía lo que iba a pasar aquí. Mi abuelito era muy bueno.

—La madre que me... ¡Tu abuelo!

—Es más, tengo entendido porque me lo contó mi padre que iba a haber unas normas muy estrictas para el cuidado de los presos. Me lo dijo cuando veíamos el documental.

—¿Normas? ¿Qué normas? ¡Si ni nos tiran comida!

—¡Bueno, por eso te digo que ellos no lo sabían!

—¡Se hicieron ricos a costa de todos nosotros!

—No lo veas así. Yo también estoy aquí y no les echo la culpa. —De repente sonrió dejándole de piedra. —Es más eso nos ayudará.

—¡Con la radio!

—Sí, porque ayer cuando llegamos al muro me di cuenta de algo cuando pensé en pegarte una patada en el culo que te sacara fuera de La colmena.

—Muy bonito. —Ella hizo una mueca. —Por favor, ilumíname.

—Pues ese pensamiento me llevó al cohete y recordé el lanzamiento. Si no calculé mal entre orgasmo y orgasmo será el mes que viene. Y de ahí pensé en que la radio podía enviar una señal a los satélites.

—¿Mientras nos acostábamos pensabas en eso? —preguntó incrédulo.

—Solo en los segundos de descanso, cariño. Tú lo haces muy bien. Es que cuando me relajo... pienso.

—¡Normalmente es al revés!

—¿Qué te parece mi idea?

—Nena, la radio no funciona. Como el motor. ¿Cómo vas a hacer que se encienda?

—Eso es lo que tengo que encontrar.

—¡Larlene estás diciendo disparates!

—Cariño, mira a tu alrededor y piensa en todo lo que se necesitó para realizar esta obra.

—Cemento, andamios...

—Sí, pero también se necesitaron para hacer los cimientos, para hacer las islas, las mayores retroexcavadoras que existen. —Sonrió cuando su marido entrecerró los ojos. —Y según me comentó mi padre, se trajeron diez. Y para eso tuvo que haber una fuente de alimentación porque en dos mil veintinueve se prohibió el uso de la gasolina. Toda la maquinaria tenía que ser eléctrica. Los barcos actuales y todo lo demás llevan incorporadas placas solares de gran potencia, pero en aquella época y debido a la reciente prohibición usaban energía eléctrica.

—Nena, ¿me estás diciendo que en algún sitio hay algo que puede dar esa energía y que eso puede encender la radio?

—Sí. —Le besó en los labios. —Qué listo eres. Si hubieras estudiado... Qué desperdicio. Seguro que si ves el enchufe ni sabrías lo que es. —Entrecerró los ojos. —Aunque puede que tu padre sí lo supiera. Está claro que en la isla no está porque alguno de los recién llegados lo habría visto y sabrías lo que es.

—Pero si ahora todo es solar como dices ¿de dónde sale esa energía que iba a ese enchufe?

—De los molinos de viento, de las placas solares puestas en el sur... Yo tengo enchufes en casa para los pequeños electrodomésticos. —Entrecerró los ojos. —Solo espero que no hayan cortado el suministro. Pero creo que no por los barcos.

La miró como si le faltaba un tornillo. —Nena, ¿qué barcos?

—Los que hay fuera de La colmena vigilando.

—Se te está poniendo una cara de loca... Y locos sí que he visto. Dos o tres.

—Muy gracioso. De momento vamos a por la radio. A ver cómo queda cuando se seque.

Llegaron al muro y Novack pensativo amarró la balsa. —Nena, ¿qué has estudiado?

Vaya. —¿Qué?

—¿Qué has estudiado?

—¿Te refieres a una carrera universitaria?

—Sí, creo que sí. —Se volvió hacia ella. —Si tu padre era tan importante y todo lo suyo iba a ser tuyo, has debido estudiar.

Se mordió el labio inferior. —Solo acabé el instituto.

—¿Solo? ¿Y eso no es muy raro?

—Es que trabajaba con mi padre. Para conocer el negocio.

Novack la miró con desconfianza. —Nena, ¿me estás mintiendo?

—Un poco. —Le suplicó con la mirada. —¿Por qué quieres saberlo si aquí no sirve para nada? —Él levantó sus cejas y suspiró. —Soy ingeniera de proyectos. Graduada en dirección de empresas y...

—¿Y?

—Hablo siete idiomas. Por eso superviso todos los proyectos que lleva la compañía alrededor del mundo desde hace dos años. Antes viajaba con mi padre. —La miró impresionado y se sonrojó. —Tenía que encargarme de la empresa. —Él apretó los labios asintiendo y siguió

nadando. Le miró de reajo preocupada porque no quería que se menospreciara por eso. —Aquí tú sabes mil cosas más que yo.

—No sé ni leer. Y no hagas eso... No te hagas de menos para que me sienta mejor.

Se sonrojó porque era precisamente lo que estaba haciendo. —¿No sabes leer?

—Mi padre me dijo que aquí no me iba a servir de nada y tenía razón. Me enseñó a contar.

Eso le hizo sentirse mucho peor si era posible. —Lo siento.

Novack suspiró. —Nena, no has hecho nada malo. Estoy muy orgulloso de ti. Has debido esforzarte muchísimo. Aquí el que más tiene es una carrera.

—¿Sí? ¿Quién?

—Un informático que mató a diez de su empresa con una escopeta.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Hala... —Lo pensó un momento. —¿Fue hace dos años?

—Sí. Fue al último que tiraron.

—¡Lo escuché en las noticias! Mató a una embarazada el muy cabrón. Tres hijos más tenía en casa. —Él se detuvo de nuevo. —Cariño así no llegaremos en la vida.

—¿Cómo que mató a una embarazada?

Le miró a los ojos. —Sí. Fue muy comentado. Entró en la empresa y mató a dos de seguridad. Fue matando gente hasta llegar a su oficina y de allí solo mató a su jefa que era la embarazada. Al parecer tenía que hacer una evaluación de su trabajo y no esperaba nada bueno. Le tenía un odio... En su casa encontraron pruebas que demostraban una obsesión enfermiza. Hasta la había seguido hasta su casa. Tenía fotos con su marido y con sus hijos. —Abrió más los ojos. —Y había dibujos. De ella embarazada y... Bueno, matándola de mil maneras. Ponían los pelos de punta. Me dio mucha pena. Parecía una buena mujer. Salieron varias fotos de ella con su

familia y parecían felices. Es una pena que se hubiera cruzado con ese.

—Él ha dicho que mató a varios del consejo de administración. No dijo nada de ninguna mujer.

Se le cortó el aliento. —Pues iba a por ella. Durante una semana solo se habló de eso. Es más, ni juicio le hicieron porque no había dudas por las imágenes de las cámaras de seguridad del edificio. Ya sabes que ahora hay menos delitos. Un caso así tiene mucha repercusión, Novack. A ese tipo lo conoce todo los Estados Unidos. —Frunció el ceño. —Por cierto, ¿quién es? Ha debido cambiar mucho porque no me ha sonado ninguno. Recuerdo que era gordito y moreno...

—Se llama Jack Perry. Y no quiero que te acerques a él. Nunca, ¿me entiendes?

Le miró extrañada. —Cariño, lo dices como si hubieras visto algo raro.

—Antes de que llegaras miraba mucho a Aleka. Avisé a Brandon para que estuviera atento.

—¿Antes de que llegara? —Se le erizó el cabello de la nuca. —¿Qué me estás diciendo, Novack?

Él apretó los labios. —Ni te has fijado en él. Pero desde que llegaste no te quita ojo, me di cuenta de inmediato. Siempre lo hace cuando tú no le miras, pero estoy seguro de que tiene mucho interés en ti.

—Cuando llegué sentí que alguien me seguía.

—Por eso te advertí que nunca fueras sola.

—¡Y no me lo contaste!

—¡No quería asustarte!

—¡El otro día me dejaste sola en la playa!

—¡Porque sabía que estaba en su casa!

De repente sonrió. —Me quieres mucho, ¿verdad? —Gruñó empezando a nadar de nuevo y dejándola atrás. —¡Eh! Puedes hacerte el duro todo lo que quieras, pero sé que me quieres.

—Pues muy bien. Vamos a sacar esa radio.

Capítulo 11

—¿Qué? ¿Algún resultado? Han pasado cuatro días —preguntó Sabrina acercándose al aparato casi desmontado que se secaba a una distancia prudencial de la fragua.

—Ya están secas, pero algunas placas parecen oxidadas, lo que es lógico después de tanto tiempo bajo el agua —dijo desmoralizada porque no creía que funcionara por mucho que le hiciera—. Veremos lo que ocurre cuando la monte de nuevo. Se pasó la mano por el cabello apartándolo de la cara.

—No pierdas la esperanza. Nunca se sabe. —En ese momento escucharon un sonido que se acercaba y se miraron a los ojos. —¿Qué es eso?

—¡Un helicóptero! —Salieron de la casa corriendo y fueron hacia la aldea para ver que una caja caía del cielo a la isla de al lado. —¡Es comida! ¡Están haciendo el reparto!

Sin saber qué hacer buscaron a su alrededor. Igor llegaba corriendo, pero Larlene casi ni se fijó porque Jack Perry se había colocado a unos metros de ella y miraba el cielo como si nada. En cuanto habían llegado a la playa días antes su marido le había dicho disimuladamente quien era y se dio cuenta de que ese hombre había coincidido cerca de ella por una circunstancia u otra cuando había hablado con los de la aldea por algo. Como en ese momento. En lugar de mantenerse en su parte de la playa había recorrido toda la aldea para colocarse justo a su lado y eso empezaba a ponerla realmente nerviosa. No le hablaba, aparentemente no la miraba, pero ahora se daba cuenta de que siempre estaba ahí.

Recordó cuando su marido se lo había mostrado y lo que le había impresionado su aspecto. Había cambiado muchísimo. Parecía otro hombre. Era delgado y un poco más alto que ella. Tenía una tupida barba y sus ojos negros nunca miraban directamente a los ojos. Le había

observado hablar con otras personas y nunca les miraba a los ojos. Para otra persona eso puede aparentar timidez, pero conociendo su curriculum era aún más inquietante.

Miró hacia el muro donde Brandon y Novack no estaban a la vista, así que estaban sumergidos. Mierda, no habría control para el reparto. Esperaba que pudieran retenerles.

—¡Vamos! —gritó Sabrina cogiéndola del brazo para tirar de ella.

Corrió tras su amiga y ambas miraron hacia arriba. Vio que Igor iba armado y fue un alivio. El helicóptero tiró la caja. Se abrió un paracaídas y alguien gritó —¡Va a caer en la otra playa!

Corrieron entre el palmeral y Larlene tropezó con una rama cayendo al suelo. Se quedó sin aliento y gritó cuando alguien la pisó en la pierna, así que por instinto se cubrió la cabeza con los brazos. Nadie la ayudó a levantarse y le dio miedo a moverse por si alguien le caía encima. Cuando se sintió a salvo apartó los brazos y chilló cuando alguien la agarró de la melena antes de taparle la boca. Se le heló la sangre al ver a Jack sonriendo de una manera aterradora.

—Se lo has contado, ¿verdad? Desde hace unos días tu maridito me vigila más de lo normal... —Inclinó la cabeza. —Nunca se ha fiado de mí por mucho que he hecho para ganarme su confianza, pero ahora me siento algo incómodo. Y sé que la culpa es tuya. —Su voz la puso mucho más nerviosa porque hablaba fríamente, aunque sus ojos demostraban que estaba furioso. —Sabía que me crearíais problemas cuando llegasteis. ¿Qué debo hacer ahora? Vas a obligarme a tomar ciertas medidas. Igual debería matar a tu marido y a su amigo para evitar problemas en el futuro. —Protestó bajo su mano y él sonrió disfrutando de su miedo y fue cuando se dio cuenta de que era lo que quería, aterrarla. Se excitaba con eso. —Porque pienso quedarme contigo. Debes follar de miedo. Tus gritos cuando te corres demuestran que eres muy apasionada. —Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas al ser consciente de hasta qué punto la había espiado. —Y hace mucho que no estoy con una mujer. —Miró sus pechos y soltó su boca antes de amasarlos con lujuria. —Y te gusta, ¿verdad? Eres como la zorra de Melodie que se acostaba conmigo mientras aparentaba tener la vida perfecta.

Le miró sorprendida. —Mientes.

Él le pegó un bofetón. —¡No miento! ¡Ella sí que era una zorra mentirosa! ¡Era hijo mío y me lo iba a quitar! ¡Llevaba años diciéndome que le dejaría! ¿Y qué hizo? ¡Iba a echarme de su vida, la muy puta! —gritó perdiendo los nervios. Tiró de su cabello haciéndole daño—. Porque ninguna mujer es de fiar... —De repente sonrió demostrándole que no estaba bien de la cabeza. —Voy a tener que matarte. Si te dejo con vida le vas a contar esto al jefe y pagaré las consecuencias. Y si te mato sabrá que he sido yo. Empezará a buscarte en cuanto llegue. Tendré que matarle en cuanto empiece a buscarte para evitar problemas. Sí, y seré el jefe.

Sus delirios la hicieron gritar segura de que nadie la escucharía entretenidos por la comida, pero aun así lo hizo hasta que él consiguió taponarle la boca de nuevo. Empezó a golpearle en la cara para intentar apartarle. Jack llevó las manos a su cuello y apretó con fuerza antes de que Larlene le arañara la cara haciéndole sangrar, pero él ni se inmutó colocándose a horcajadas sobre su cuerpo. Sintió que se quedaba sin aire e intentó apartar sus brazos, pero era muy fuerte. —¿Lo sientes? ¿Sientes cómo te mueres?

De repente aflojó su agarre sonriendo para dejarla respirar antes de apretar de nuevo. ¡Era un psicópata! Apretó con tal fuerza que pensó que le rompería el cuello y aquella tortura se terminaría de una vez. Pensó en Novack y en que se echaría la culpa por no estar a su lado. Una lágrima corrió por su sien pensando en él cuando le vio tras Jack. Creyó que era un espejismo, pero este le agarró por el cabello tirando de él hacia atrás en un golpe seco que le lanzó a un lado apartándole de ella. Pálido se agachó a su lado. —¿Estás bien, nena?

Temblando ni fue capaz de hablar mirando a Jack que se levantó rápidamente para tirarse sobre Novack. Ambos cayeron al suelo rodando el uno sobre el otro. Intentó gritar para pedir ayuda, pero solo le salió un graznido y se llevó la mano al cuello mientras Novack se giraba y le daba un puñetazo a Jack tirándole de espaldas. Su marido se levantó furioso y en ese momento llegó Brandon que le tiró un cuchillo que su marido cogió al vuelo. Jack se arrastró hacia atrás asustado. —Te voy a destripar, cabrón.

Jack gritó intentando levantarse, pero Novack le cogió por la melena cortándole el cuello justo ante ella. Sus ojos la miraron con sorpresa y Larlene se tapó la cara con las manos sin soportar la imagen. Al sentir los brazos de Novack rodeándola se echó a llorar. Ni supo cuánto tiempo estuvieron así. Solo cuando el agotamiento la hizo sollozar él susurró —Vamos, nena.... Vamos a casa. —La besó en el cuello con delicadeza y la cogió en brazos pegándola a su cuerpo. Se aferró a él necesitando su contacto y ni cuando la tumbó en la cama le soltó. —Déjame ver, preciosa.

Ella soltó su abrazo y Novack miró su cuello enfureciéndose de nuevo cuando vio las marcas de sus dedos en su delicada piel. —Ese cabrón...

—Lo siento. Me caí —graznó haciéndose daño en la garganta.

La abrazó de nuevo. —Shusss. No podrás hablar bien en unos días... Joder nena, si no hubiera llegado a tiempo... —Tembló entre sus brazos y él la acarició con suavidad. —Tenía que haberle matado antes. Tenía que haberle matado en cuanto sospeché de él. —Asustada le miró y negó con la cabeza. Él sonrió apartándole un mechón de la sien. —¿No?

—Tú no eres como ellos.

—A veces creo que sí. Me he criado entre ellos, preciosa. No conozco otra cosa. No soy como tú. Jamás me harías daño.

Se echó a llorar y se aferró a él. —No eres así.

—Shusss...

Aleka llegó en ese momento y al ver su estado se preocupó. Él apretó los labios. —Se ha asustado, eso es todo.

—Claro que sí, es normal. —Incómoda se apretó las manos. —Siento no haberla vigilado, pero llegó la caja y...

—No ha sido culpa tuya. Tenía que haber estado con mi mujer. Sabía que era un peligro.

—Te están esperando.

La fulminó con la mirada. —Pues que esperen. Han esperado meses. Pueden esperar unas horas. —Larlene se aferró a él porque le necesitaba y Aleka se sonrojó.

—Lo siento. —Su amiga salió a toda prisa de la casa.

Al notar que estaba tenso se apartó. —No te enfades con ella.

—No hables. Tumbate, nena. Quiero que duermas un poco. —Se tumbó a su lado y cogió su mano. Ella iba a decir algo, pero Novack la interrumpió. —No hables. Tardará más en curarse si hablas. —Besó su mano y en ese momento se abrió la puerta de golpe sobresaltándola y Adam entró en la casita con sus ojitos llorosos. Sin hablar se subió a la cama y se tumbó entre ellos con su muñeca en la mano. —¿Estás bien?

Sonrió emocionada y asintió. —Sí.

—Tiene la voz algo mal y estará así unos días. No la hagas hablar mucho, hijo. —Novack acarició sus rizos rubios para que se tranquilizara.

—Estoy bien. —Novack puso los ojos en blanco y Adam sonrió antes de que Larlene le besara por toda la cara haciéndole reír.

—¡Eh! ¡Qué estoy aquí!

Ambos miraron a Novack que fingía enfado antes de que los dos se tiraran sobre él para besarle. Al cabo de unos minutos se estaban riendo de las tonterías de Adam y miró a su marido sobre su cabeza cogiendo su mano por encima del niño. Novack la miró a los ojos y ella susurró —No cambiaría este momento por nada.

Se acercó besándola suavemente en los labios. —Yo tampoco, preciosa. Sois lo único que me importa en la vida.

—Te amo.

—¿Y a mí? —preguntó el niño mirándola con sus ojitos verdes.

—A ti más.

—¿Y mi mechón?

—¿Queréis dejarme calva?

Metió un mechón de su corto cabello tras la oreja y con cuidado unió las placas. Bufó porque no habían quedado bien empalmadas, pero es que con el material que tenía para trabajar no le extrañaba nada. Las había limpiado todo lo que había podido y colocó la carcasa para que no le entrara el polvo, pero estaba casi segura de que no funcionaría. Ni tenía el micro para poder hablar con ella pues el cable había sido arrancado y por mucho que había buscado no estaba en el barco. Además, tampoco habían encontrado la fuente de alimentación y llevaban buscándola tres semanas. Igual estaba equivocada y durante la obra las máquinas se habían alimentado de la energía de los barcos. Aunque eso eran muchísimos generadores y sin gasolina... Estaba harta de darle vueltas, pero era la única manera de salir de allí.

Al escuchar una risa se acercó a la puerta de la casa y sonrió al ver como Novack jugaba a la pelota con Adam. La habían hecho con restos de bolsas de basura y el niño estaba encantado. Era increíble todo lo que habían conseguido de aquel vertedero. Hasta las bolsas les valían. Muchas mujeres habían empezado a trenzarlas y habían hecho desde alfombras hasta sombreros. Aleka había hecho hasta un toldo para delante de su casa. Igual debía conformarse, pensó mirando a su familia. Apretó los labios entrando en la casa porque los recuerdos de su vida anterior no la dejaban. Se estaba torturando a sí misma y debería dar las gracias a Dios por lo que tenía. Se sentó a la mesa donde estaba la radio y cogió uno de los cables que había sacado del sistema eléctrico del barco. Lo movió entre sus dedos pensando en algo que encendiera la bombilla. Se le cortó el aliento. La bombilla. Levantó la carcasa y vio la bombillita que encendía el piloto y chilló de la alegría dando saltos por toda la casa.

Novack entró asustado y cuando la vio como una loca de un lado a otro gritó —Mujer,

¿es que has perdido la cabeza?

Le miró ilusionada. —¡Tengo mi fuente!

Lo entendió enseguida porque habían hablado de eso mil veces en esos días. —¿La tienes?

—¡Sí! —Se acercó a la mesa. —No sé cómo no me he dado cuenta antes, pero es que fue algo que estudié en el colegio y ha pasado mucho tiempo. —Adam se puso a su lado. —Teníamos que hacer un circuito para encender una bombilla con un molinillo para aprender cómo funcionan los molinos de viento. —Sus ojos brillaron. —Y usamos una lata de cola.

—¿Una lata?

—¿Eso que aprendiste en el colegio nos va a sacar de aquí?

Novack se tensó, pero ella ilusionada no se dio cuenta. —Sí.

—¿Y yo iré al colegio?

—Claro que sí. Y estudiarás mucho para aprender todo lo que no has aprendido hasta ahora.

—Quiero ser tan listo como tú.

Su padre dio un paso hacia ellos. —Adam, ve a recoger la pelota.

—Oh, sí.

—Necesitamos una lata —dijo ella emocionada.

—Ni se te ocurra volver a hacer eso.

Sorprendida levantó la vista hacia él. —Cariño, ¿qué ocurre?

—¿Ocurre? ¡Qué le estás metiendo ideas locas en la cabeza a mi hijo y nunca saldremos de aquí!

—¡No lo entiendes, es una posibilidad!

—¿Una posibilidad? ¡No hay posibilidades en La colmena! ¡Cuando tu abuelo hizo esto

lo hizo a conciencia para evitar que nadie saliera de aquí! ¡Deja de soñar, Larlene!

Dio un paso hacia él enfadada. —¡No voy a dejar de intentarlo! ¡Yo no me rindo!

Los ojos verdes de su marido miraron la radio con furia. —¡No haces más que pensar en esta mierda! ¡Llevas semanas toqueteándola sin conseguir nada!

—Ya te lo he dicho, necesito una fuente de alimentación.

—¿Y después qué? ¿Enviar la señal? ¿Qué tipo de señal? ¿A quién? ¿Crees que con un proyecto tan importante alguien va a escuchar una señal que no saben de dónde viene? Y aunque lo supieran, ¿crees que dejarán que alguien entre en La colmena para ver de qué se trata?

Se le encogió el corazón sabiendo que tenía razón. —Pienso intentarlo.

—¡Inténtalo, pero deja de meterle pájaros en la cabeza a mi hijo! ¡Y espero que cuando no lo consigas lo dejes estar! ¡Ya está bien, Larlene! ¡Esta es tu vida ahora! ¡Debes admitirlo de una vez!

Ese mismo pensamiento lo había tenido unos minutos antes, pero algo dentro de ella se revelaba a no hacer nada. Novack apretó los puños y siseó —Me voy a pescar con el niño. Cuando vuelva, no quiero ver este chisme en casa. Haz lo que tengas que hacer en otro sitio, pero no quiero que Adam se haga ilusiones con tus fantasías, ¿me has entendido?

—Sí —susurró desilusionada porque él no la apoyara—. Lo he entendido. ¡Pero no son fantasías! ¡Es ciencia!

Vio como Novack perdía la paciencia y gritó cuando cogió la radio. Antes de darse cuenta la había estrellado contra el suelo y Larlene palideció al ver la placa principal rota por la mitad ante sus pies descalzos. No se lo podía creer. Había destrozado la última posibilidad de salir de allí. Se arrodilló ante ella sin darse cuenta de cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

Novack fue hasta la puerta. —Asunto terminado.

Se le retorció el corazón por su fría salida y miró la puerta durante varios minutos sin poder creer aún que hubiera hecho aquello. Le había robado la oportunidad de intentarlo siquiera.

Una lágrima corrió por su mejilla antes de mirar la radio de nuevo. Alargó la mano y cogió la placa sollozando porque ahora jamás saldría de allí. Cualquier sueño de regresar a su vida se había esfumado por completo y ya no había esperanza. Moriría en La colmena. Se dobló a sí misma por el dolor que recorrió su pecho porque justo hasta ese momento había tenido la ilusión de encontrar la manera de escapar y se la habían quitado. Pero lo que más le dolía era que hubiera sido Novack quien le hubiera robado esa posibilidad sin sentir ningún remordimiento.

Tumbada en la cama miraba la pared intentando retener las lágrimas y sintió como su marido se tumbaba a su lado suspirando. —Has estado muy callada.

Se limpió las lágrimas y susurró —¿De veras?

—Nena, lo he hecho por tu bien.

—Lo has hecho porque no quieres salir de aquí.

Notó como se le cortaba el aliento. —No digas tonterías.

—¡No son tonterías! —Se volvió mirándole furiosa. —¡No conoces lo que hay ahí fuera y te da miedo! ¡Así que no quieres que lo intente!

—¿Crees que negaría a mi hijo la oportunidad de tener lo que tú tuviste? ¿Crees que soy tan egoísta?

Se echó a llorar y se tapó la cara con las manos porque sabía que no era así. Sus brazos la rodearon. —Nena, no haces más que torturarte con algo que no va a regresar a tu vida. —Apartó las manos de su cara. —Llevas haciéndolo desde que llegaste. Eres así, pero ya está bien. No pienso dejar que sigas ilusionándote para que te lleves una decepción tras otra.

—¡Es mi problema! —le gritó a la cara.

—¡Y el mío! ¡Y el de mi hijo que ahora es el tuyo! ¡Ni te has parado a ver todo lo que ha

cambiado su vida desde que tú estás en ella! ¡No deja de hablar con Bobby de Nueva York, de comer hamburguesas con queso y de ir al colegio! —Palideció mirándole asombrada. —De que le regalarás un coche cuando cumpla los dieciséis y que irá al dentista porque él es muy valiente, aunque a ti te da mucho miedo cuando vas. ¿Te das cuenta de todo lo que le has dicho a mi hijo? ¿De todo lo que no conocía y tú le has mostrado? ¡Ahora lo desea con todas sus fuerzas! ¡Deja de hacer eso! —Horrorizada por lo que le había hecho a Adam sollozó cerrando los ojos y Novack la abrazó con fuerza. —Lo siento, nena. Pero tengo que protegerle y lo haré incluso a pesar de ti.

—Lo siento.

Novack apretó los labios antes de besarla en la sien. —Sé que lo sientes. Y yo siento haberte hecho daño. Sé que no lo entiendes, que no te conformas, pero esta es nuestra vida y debemos admitirlo. —Apartó su rostro para mirarla a la cara. —Intentaré hacerte feliz, te lo juro.

Sorbió por la nariz. —¿Tan feliz como me hace una hamburguesa con queso?

—¿Tan buena está?

Sonrió sin poder evitarlo. —Sí.

—Prometo hacerte tan feliz como una hamburguesa con queso.

Miró sus ojos. —Es increíble todo lo que te amo.

La abrazó a él. —Y yo a ti, preciosa. —Sonrió contra su pecho sintiendo como besaba su cuello. —Deja que te lo demuestre...

Capítulo 12

—Te ha crecido un montón el cabello —dijo Sabrina tirando de la red.

La ayudó a sacarla. —Siempre me ha crecido muy rápido. Me lo tengo que cortar varias veces al año. —Vieron tres peces en la red y contentas se chocaron las manos.

—Mira, ahí viene tu marido. A ver si trae una cuna tan bonita como la que le conseguiste a Aleka.

—Si es un capazo de albañil.

—Hasta podrá transportar al niño. ¿Sabes que Brandon se lo ha arreglado y le ha puesto el asa que le faltaba? Está contentísima. —Vio cómo se acariciaba su barriga y perdía algo de color. —¿Estás bien?

Hizo una mueca. —Un gas.

Sabrina dejó caer la mandíbula antes de echarse a reír. —Hija, pues no te cortes.

—Ya. —Sonrió de oreja a oreja.

—Eres fina hasta para tirarte pedos, princesita.

Se echó a reír y escucharon un silbido. Larlene se volvió para ver como su marido salía del agua tirando de la cuerda de la balsa. —Marido, ¿le has traído algo al niño? En una semana es su cumpleaños.

Novack miró a su alrededor y suspiró del alivio antes de meter la mano entre las cosas y sacar una Barbie. Chilló de la alegría acercándose. —¡No me lo puedo creer, solo le falta una pierna! —La cogió en sus manos. —Le va a encantar. —Le besó en los labios.

—Vete a esconderla. No quiero que la vea.

Contenta se alejó unos pasos, pero sintió un temblor que apenas duró dos segundos y asustada se volvió para ver que los chicos ni se habían dado cuenta. —Cariño, ¿has notado eso?

Novack se volvió con dos garrafas en las manos. —¿El qué? —Entrecerró los ojos. — Nena, ¿estás bien?

Forzó una sonrisa no queriendo preocuparle. Seguro que había pasado demasiado tiempo al sol. —Sí, seguro que no es nada. Tonterías mías.

Se volvió para ir hacia la casa y se entretuvo un rato limpiando la muñeca lo mejor que podía. Hasta la peinó y cuando estuvo lista la guardó con cuidado en el arcón porque sabía que el muy pillín no la encontraría allí. Cuando regresó a la playa sonrió divertida porque allí estaba Adam mirando lo que habían encontrado por si había algo para él. Le revolvió sus rizos rubios y él la abrazó por la cintura antes de acariciar su barriga. —Mamá, hoy no había nada para mí.

Se agachó ante él. —No siempre vas a tener cosas, cielo. Hay más niños en la isla.

Él asintió aceptándolo. Era tan bueno, tan poco egoísta que se lo comería a besos y eso hizo provocando que su niño riera, pero dejó de reírse y ella se volvió para mirar a la playa. El nivel del agua estaba descendiendo y todos observaban atónitos como seguía bajando. Se le heló la sangre antes de gritar —¡Un tsunami! —Varios gritaron de horror, pero otros ni sabían lo que era. Se levantó cogiendo al niño en brazos. —¡Novack, viene una ola gigante!

Él se acercó corriendo y la cogió por los hombros. —¿Son muy altas?

Le miró angustiada. —Mucho. Las hay enormes.

Su marido palideció. —Vamos a subirnos a una palmera.

Negó horrorizada y él gritó llevándose las manos a la cabeza. Adam se echó a llorar. — ¿Papá?

Le cogió en brazos mirándola a los ojos. —No pasa nada, hijo.

Con los ojos llenos de lágrimas se abrazó a ellos y les besó sabiendo que seguramente sería la última vez. Miraron hacia el muro donde el agua había desaparecido mostrando los

pilares y Novack susurró —Jamás imaginé que existiera algo así.

Entonces la vieron. Aterrada se aferró a ellos y vio como Brandon y Aleka corrían con su hijo a esconderse dentro de la casa mientras Sabrina e Igor se abrazaban dándose un último beso. Miró a su marido a los ojos y susurró —Te querré siempre.

—Y yo a ti, nena.

El sonido aumentaba de manera atronadora y la ola se acercaba destrozando todo lo que había a su paso. Vieron como un pedazo de muro de la otra isla se levantaba y de repente Novack gritó cogiéndola de la mano —¡Corre!

Su marido echó a correr hacia la aldea y sintiendo el corazón a mil le siguió. —¡Corre, nena!

Corrió todo lo que pudo y miró sobre su hombro para ver que estaba en la isla de enfrente. Siguió corriendo cuando escuchó un fuerte estruendo antes de que algo les impulsara con fuerza tirándoles al suelo. Novack la levantó del suelo mientras un torrente de agua les llovía encima. Un cascote cayó justo al lado de Larlene que gritó de miedo y su marido ordenó a Adam —¡Hijo corre hacia la casa!

Adam entró en casa y Novack la metió tras él. Antes de que cerrara la puerta vio como el agua que arrastraba miles de ramas y cascotes subía acercándose a ellos. Histérica miró a su marido que bloqueaba la puerta con el arcón. —¿Qué haces? ¡Nos vamos a ahogar aquí encerrados!

Novack sin hacerle caso se subió a la mesa y abrió una trampilla que daba al tejado. Alargó la mano hacia su hijo que a toda prisa se subió a la silla para agarrarla. En cuanto lo subió al tejado la miró. —Vamos, nena.

—¿Por qué no ha llegado la ola? ¿Qué ha pasado?

—La caja que enterramos, eso ha pasado. Cuando vi el muro me di cuenta de que la ola se la tragaría. —El agua empezó a entrar por debajo de la puerta. —¡Vamos, cielo!

A toda prisa se subió a la silla y Novack cogiéndola por los muslos la elevó. Se sujetó al tejado para sentarse sobre él. Adam quiso ayudarla a apartarse y Novack saltó cogiéndose a los laterales. Fue un alivio ver como subía y cuando se sentó a su lado ella miró a su alrededor. — Dios mío. —Las casas que estaban hechas con ramas estaban destrozadas y el agua revuelta arrastraba todo a su paso. Al volverse pudo ver como la ola ya de menor tamaño continuaba con su devastación. —La detonación la ha frenado.

—La ha partido en dos —dijo Novack señalando a su izquierda donde otra ola seguía su camino. El nivel del agua llegó al tejado y angustiada abrazó a Adam. —¡Sujetaos al tejado! Poneros de rodillas para no resbalar.

Lo hicieron y Larlene vio como un cuerpo pasaba ante su casa rodeándola y después vino otro y otro. Se echó a llorar. —Nena, no son de los nuestros. Varios están subidos a las palmeras. Miró hacia allí intentando ver a Sabrina, pero estaba tan nerviosa que le costaba centrar la vista.

—Ha destrozado el muro —dijo Novack.

Miró hacia su marido para ver que estaba de pie. —¡Siéntate! ¡No quiero quedarme viuda! —gritó aterrada.

Él se agachó a su lado. —Joder nena, nos libramos. —La agarró por la nuca y la besó en los labios. Atónita vio que metía los dedos en la boca para silbar y que recibía respuesta.

—Brandon está bien.

—¡No te muevas de aquí! —Le sujetó por el brazo y él se sentó a su lado. El agua subió un poco más y les llegó al pecho. Adam se subió sobre los hombros de su padre y asustada le miró a los ojos. —¿Nos libramos?

—Nena, ¿puedes ponerte de pie?

Mientras él se mantenía de rodillas cogió sus manos y se puso de pie como pudo, pero era difícil mantenerse porque la corriente aún era fuerte. Negó con la cabeza. —No puedo.

—Arrodíllate otra vez. —Iba a hacerlo, pero en ese momento lo que parecía un pedazo de

pared de las casas se acercó a ellos con fuerza y la golpeó en el muslo desestabilizándola. Novack quiso levantarse, pero el niño se le fue a un lado y al intentar evitar que se le escurriera su marido cayó de rodillas soltando sus manos. Larlene gritó de miedo cuando la corriente se la llevó. —¡Larlene!

Impotente fue arrastrada. Algo golpeó su pierna y sintió que se la rasgaba. Gritó de dolor alargando los brazos y su mano topó con algo. Cerró los dedos a su alrededor para darse cuenta de que era una rama.

—¡Sujétate! —dijo Novack desesperado.

Se sujetó con la otra mano y como pudo tiró de la rama para acercarse al tronco de la palmera. Horrorizada vio que una mujer muerta estaba enganchada a la rama también y la apartó para poder pasar suplicando que Dios la ayudara. Cuando llegó al tronco se agarró a él y Novack gritó —¡Siéntate en la rama!

—¡Cómo si fuera tan fácil!

—¡Nena, siéntate! ¡El nivel está bajando!

Miró sobre su hombro para ver que el agua ya no cubría el tejado. —¡Joder! ¡Qué difícil es todo! ¿Y luego cómo bajo? Mejor me dejo llevar.

—¡No! ¡Siéntate en la rama! ¡No sabes hasta donde te puede llevar!

Intentó subirse a la rama, pero con la barriga no podía y lloriqueó de frustración. —No puedo.

—Nena, voy a por ti.

—¡No dejes a Adam! ¿Y si pasas de largo? ¡Quédate ahí!

—¿Papá? —lloriqueó el niño. Miró sobre su hombro y vio como el niño se aferraba a él. Novack la miró impotente mientras ella se agarraba a la rama todo lo que podía. —Nena...

—Quédate ahí, por favor. —El nivel bajó un poco más y tocó algo con el pie. Miró hacia

abajo para ver que era otra rama. —¡Ya tengo apoyo!

Novack suspiró de alivio. —¿Seguro?

—¡Sí! Ya tengo apoyo. —El agua llegó a su cintura y mostró su barriga. Sujeta con las manos y los pies Novack vio como el agua descendía hasta su cadera.

—¡Agárrate bien! —Ella lo hizo y Novack le dijo algo al niño antes de asentir. Su marido se acercó al borde del tejado y se lanzó al agua.

—¡Novack! —gritó asustada, pero se dio cuenta de que la corriente no era tan fuerte y aliviada vio que se acercaba nadando.

Él se agarró al tronco y alargó la mano. —Ven, preciosa. Te ayudaré a bajar.

La agarró como pudo y consiguió sentarse en la rama para meterse en el agua. —Estás herida.

—No es nada.

Se fueron agarrando al tronco mientras el nivel continuaba bajando y creyó que pasaba una eternidad, sobre todo porque se escuchaban gritos a su alrededor y no sabían de quien eran. Les dolían los brazos de sujetarse y tenían las manos despellejadas, pero cuando al fin pudieron estar de pie Novack la abrazó a él porque Larlene temblaba. —Lo conseguimos, nena.

—Adam.

Novack se volvió y se acercó a la casa gritando a su hijo. —¡No te muevas de ahí!

—Sí, papá.

Con el agua al cuello ella se acercó a la casa pisando muchas cosas que ni quería saber lo que eran. Novack se volvió y dijo —Voy a acercarme hasta la playa por si necesitan ayuda.

—Ten cuidado.

Novack besó sus labios y se alejó moviéndose despacio. Angustiada vio cómo se alejaba antes de mirar hacia arriba donde Adam la miraba asustado. Sonrió para tranquilizarle. —Ya

pasó todo, cielo.

—¿Seguro?

—Sí. Ahora hay que esperar a que el agua baje. No tardará mucho.

Rodeó la casa y fue hasta la puerta, pero recordó que estaba bloqueada. El niño tendría que bajar desde el tejado, pero eso era lo que menos le preocupaba. Pensó en sus amigos y odió no poder acercarse a la playa por si la necesitaban. Solo rezaba porque estuvieran bien.

—Mamá, ¿por qué no subes?

—No puedo llegar hasta ahí. Pero estoy aquí. No va a pasarme nada.

El niño sollozó estirando el brazo. —Yo te ayudo.

En ese momento se escuchó el sonido de un helicóptero y ambos miraron hacia arriba. Sin aliento vio que tenía el logotipo del canal veintiuno y gritó moviendo los brazos. El helicóptero se acercó y gritó aún más moviendo los brazos de un lado a otro. Incluso Adam lo hizo y vio como las cámaras alojadas en los costados del helicóptero les apuntaban. —¡Grita, Adam! ¡Grita!

—¡Ayuda! —Adam saltó sobre el tejado moviendo los brazos de un lado a otro y el helicóptero se acercó más, aunque Larlene ya sabía que las cámaras ultrasensibles que llevaban les habían grabado. Sintió un nudo en la garganta antes de gritar —¡Necesitamos ayuda, por favor!

Varios helicópteros del ejército aparecieron en el horizonte y el helicóptero de las noticias pasó de largo antes de desaparecer de su vista perseguido por ellos. Se mordió el labio inferior y dejó caer los hombros porque seguramente les quitarían las imágenes en cuanto aterrizaran. Estaba prohibido grabar sobre La colmena. Decían que para proteger la imagen de los presos, pero ahora sabía que era para encubrir todo lo que se hacía allí. Miró hacia su niño y sonrió. — ¿Has visto? Era un helicóptero de las noticias.

—¿De veras?

—Esto es noticia y saldrá en la tele. —Así le estuvo entreteniéndolo un rato y se sobresaltó cuando alguien la cogió por el hombro. Al ver a Aleka con su hijo en brazos se echó a llorar del alivio abrazando a su amiga. —¿Estás bien?

—Sí. Brandon está ayudando.

—¿Has visto a Sabrina?

Negó con la cabeza y Larlene apretó los labios antes de mirar hacia arriba. —¿Ves? Bobby está bien.

Entre las dos subieron al niño hasta el borde del tejado y Adam le ayudó a subir para alivio de Aleka que acarició su vientre.

—¿Seguro que estás bien?

—Cuando subió el nivel del agua Brandon nos sacó de la casa y nos subió a una palmera. Otros hicieron lo mismo, pero varios han muerto por los cascotes de la explosión. July...

Se tapó la boca con horror. —¡No!

—Murió al salvar a sus hijos. Una rama le atravesó el pecho. —Sollozó y se abrazó a ella. —No he pasado tanto miedo en mi vida.

—Dios mío. —Miró a un lado y a otro ansiosa. —Tengo que encontrar a Sabrina y a Igor.

—¡Chicas! —Se volvieron para ver como Igor la llevaba en brazos y se echaron a llorar del alivio. Sangraba por la cabeza, pero parecía estar bien.

Cuando llegaron a su lado Igor le dijo —Súbete sobre mis hombros para llegar al tejado. —Lo hizo una por una con cuidado y les advirtió —Nada de moveros de ahí que os conozco.

El cadáver de una chica que no debía tener más de quince años que no conocían pasó al lado de Igor y asustada por su maltratado cuerpo tapó los ojos de Adam. —Mamá, hay muchos.

Apartó la mano para que la mirara a los ojos. —No quiero que mires, ¿me oyes?

—Dios mío —dijo Sabrina impresionada llevándose la mano a la cabeza.

—Déjame ver. —Aleka le apartó la mano.

—Esto es una catástrofe. Cuantos muertos... ¿cómo nos hemos salvado?

—Novack dice que las bombas líquidas explotaron y desviaron el rumbo de la ola.

—Gracias, gracias —dijo Sabrina cogiendo su mano como si necesitara aferrarse a algo.

—No he hecho nada.

—Nos has salvado la vida —dijo Aleka—. Si no hubiera sido por ti... A veces creo que has sido una bendición del cielo. Ni te imaginas lo que ha cambiado nuestra vida desde que estás aquí.

Impresionada miró a sus amigas y Sabrina dijo —Estamos bien. Todavía no me lo puedo creer. Hace unas horas creía que no os vería de nuevo.

Larlene miró a su alrededor y aún sin poder creerse lo que había pasado se levantó como sus amigas para mirar el muro que estaba destrozado. —¿Qué harán ahora? —preguntó Sabrina.

—No lo sé. Solo espero que no lo levanten de nuevo.

Durante los días siguientes se dedicaron a arreglar la aldea. En comparación con lo que habían perdido otras islas por la cantidad de cadáveres que tuvieron que enterrar, ellos habían tenido muchísima suerte. Hubo mucho movimiento de los guardias en ese tiempo. No dejaban de pasar helicópteros de un lado a otro y recibieron dos cajas ese mes. Lo más triste fue enterrar a su amiga y ocuparse de sus niños que estaban desgarrados de dolor y se sentían solos.

Estaba recogiendo unas ramas para tirarlas a un montón que estaba en el centro de la playa y miró a los niños que estaban jugando con la pelota. No sabía lo que le pasaba, pero no le gustaba perder a Adam de vista. Aleka le decía que era del susto, pero tenía un mal presentimiento y se negaba que se alejara de ella demasiado. Le picó la herida del muslo y se la

miró estirando la pierna. Sabrina se acercó. —¿Te duele?

—No, me pica. Eso es que está curando.

—Sí. —Su amiga sonrió contenta y en ese momento otro helicóptero sobrevoló la zona. Miraron hacia arriba y vieron cómo se acercaban a la playa. —¡Viene hacia aquí! —gritó su amiga.

Varios se acercaron a toda prisa y sintió a Novack tras ella. Adam llegó corriendo y ella le cogió de los hombros. El helicóptero se acercó al grupo y tuvieron que cubrirse los ojos por el viento. Sin llegar a tocar el suelo se abrió la puerta lateral. Larlene apartó la mano preguntándose qué querían y se le cortó el aliento al ver a un hombre de sienes plateadas. Paul Rainer. Le dio un vuelco el estómago por lo que eso significaba y se dijo que estaba soñando. El mejor amigo de su padre estaba gritando algo dentro del aparato cuando varios hombres que iban con él les apuntaron con sus armas.

—¡No! —gritó ella reaccionando y apartando a Adam para colocarle tras ella.

Paul la miró con esos ojos grises que conocía desde hacía tanto tiempo como si no pudiera creérselo y el hombre gritó algo que no llegó a oír. Entonces el helicóptero descendió hasta la arena y apagaron los motores. Se hizo el silencio y Paul sin bajarse del helicóptero gritó —¡Ven! ¡Tenemos que irnos!

—¿Paul?

—¡Niña, esto es ilegal! ¡Date prisa!

—¿Nena?

Se volvió hacia Novack loca de contenta. —Es el abogado de mi padre. ¡Nos vamos!

Novack cogió a su hijo en brazos y los tres dieron un paso hacia el helicóptero, pero los hombres apuntaron a su marido y ella se detuvo en seco. —Es mi marido. El padre de mi hijo. Se viene con nosotros —dijo con firmeza.

—¡Por Dios, Larlene! —gritó Paul sin bajarse mirando a todos los hombres que les

rodeaban—. ¡No puedo llevarme a nadie más! ¡Si me llevara a un criminal estaría colaborando en una fuga! ¡Todos terminaríamos aquí! ¡Solo puedo llevarte a ti porque sé que no has hecho nada y puedo demostrar tu inocencia! ¡Date prisa!

Negó con la cabeza dando un paso atrás. —¡No pienso dejarles aquí! ¡Son mi familia!

—Nena...

—¡Entra en razón, pequeña! ¡Piensa en tu hijo!

Paul alargó la mano y angustiada miró a Novack que susurró —Vete, vuelve a tu vida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo. No sin ti.

Él sonrió. —Así sabré que estás segura. Vete. —Le tendió a su hijo. —Llévate a Adam.

El niño se echó a llorar agarrándose al cuello de su padre y asustada por si se iba miró a Paul que asintió. —¡Bien, tráete al niño! ¡Tampoco debería estar aquí!

Aleka se acercó. —Por favor, llévate a Bobby.

—¡Aleka! —protestó Brandon.

—Allí estará a salvo y llevará la vida que nunca podremos darle. —Miró a su amiga a los ojos. —Sé que le cuidarás como si fuera tuyo.

Los hijos de July la miraban asustados. —¡Subid al helicóptero!

Los niños lo hicieron sin rechistar y mientras Bobby se subía al helicóptero ella miró a su marido a los ojos. —No quiero dejarte.

La miró angustiado. —Nena, este no era tu sitio. Me alivia saber que vuelves a tu mundo y que cuidarás de nuestros hijos.

—Te sacaré de aquí.

Él sonrió. —Sé que lo intentarás una y otra vez. —La abrazó con fuerza. —Te quiero, preciosa. Te he querido siempre.

Sollozó antes de besar sus labios sabiendo que puede que fuera la última vez que le

sintiera a su lado. Cuando separaron sus bocas cogió a Adam que siguió protestando y pataleando porque no quería dejar a su padre y desgarrada le llevó hasta el helicóptero sin dejar de ver la desesperación de esos ojos verdes que amaba más que a su vida. —Te quiero. —Dio a Adam a un soldado y la ayudaron a subir. La sentaron al lado de Paul y le pusieron un cinturón sin que ella dejara de mirar a Novack. El helicóptero se elevó y vio como Sabrina lloraba abrazada a Igor al igual que Aleka que se despedía de su hijo destrozada. —¡Os sacaré de aquí! ¡Lo juro! —Miró a Novack de nuevo. —Te quiero. Te veré pronto.

Él sonrió con tristeza y se despidió de su hijo con la mano que sentado sobre un soldado no dejaba de llamarle. —¡Te quiero, hijo!

Se elevaron más y el helicóptero giró perdiéndoles de vista. Al elevarse vieron La colmena y a Larlene se le cortó el aliento al ver el desastre. Prácticamente no quedaban muros ni islas. Alguien le puso delante de la cara unos cascos y ella los cogió de inmediato colocándoselos en los oídos para mirar a Paul a los ojos. —Saca a mi familia de aquí, Paul. Cueste lo que cueste.

Capítulo 13

Tres semanas después

—¡No! —Su hija dio una fuerte patada y se levantó yendo hasta el ventanal acariciándose el vientre.

—Larlene, sé razonable —dijo Paul acercándose—. Podemos sacar a Novack, ese es el trato. Pero si fastidiamos demasiado... Temo que os ocurra algo. Esto es muy gordo. Toda tu familia estará en peligro. ¿Crees que el gobierno va a dejar que esto salga a la luz pública? Ya viste lo que dijeron de las imágenes del canal veintiuno. Que no eran imágenes de La colmena y que todo estaba amañado. ¡Les han demandado, Larlene!

Vio como los niños jugaban en la arena, pero Adam estaba sentado en su hamaca mirando con desgana la muñeca que le había regalado. Su hijo lo estaba pasando mal y necesitaba a Novack, pero dejar a los otros allí... Se volvió enfadada. —Llama al canal veintiuno.

—¿Estás loca? ¡No van a permitir que te presentes en el canal y des una entrevista!

—Somos la prueba palpable de que no mintieron. ¡Estoy harta de esconderme en México! ¡Ni puedo acercarme a Nueva York y la zorra de Reggie sigue gastando mi dinero a manos llenas! ¡Yo no llegué a ese trato! ¡Quiero recuperar mi vida!

Su tía preocupada se levantó del sofá. —Hija...

—¡No! ¡Quiero a mi familia de vuelta y ningún maldito gobierno podrá impedírmelo!

¡Esos cabrones han ignorado todo esto durante años! ¡Mi marido y muchos otros no han hecho nada! ¡Son responsables de la muerte de mucha gente inocente que nacieron en prisión y quiero que se sepa! —Les señaló con el dedo. —¡No voy a parar hasta que paguen por ello! ¡Ellos sí que son unos criminales!

—Dios mío. —Paul se llevó las manos a la cabeza antes de volverse hacia Melissa que apartó un mechón rubio de su hombro. —Nos van a matar a todos. ¡Dile algo a tu sobrina!

—¿Qué puedo decirle si tiene razón? No ha podido recuperar su vida. No tiene ni a su marido ni a sus amigos a su lado. Mira al niño, Paul. Vaga como alma en pena por la casa. No es justo. Ya han sufrido mucho.

—¿Han barrido la casa?

Miraron a Larlene que seguía observando a los niños y Paul dio un paso hacia ella. —Sí. El servicio de seguridad lo hace tres veces al día. No nos escucha nadie.

—Busca a alguien que no tenga responsabilidad en el canal veintiuno —dijo Larlene pensando en ello—. Alguien a quien no se molesten en vigilar. Un empleado de paquetería. Sí, esos recorren toda la empresa sin levantar sospechas. Que hablen con él en una cafetería o en el metro. Donde haya mucha gente. Ofrécele un millón si hace falta. Él será nuestro enlace. Que le entregue un paquete al jefe. Yo haré mis declaraciones aquí. No sabrán nada hasta que salga en directo y entonces no podrá pararlo nadie. Podría hacerlo a través de la red, pero se lo debo.

Paul entrecerró los ojos. —No es mala idea. ¿Cuándo lo grabarás?

—Prepáralo para dentro de una hora. Los niños tienen que comer. —Salió a la terraza poniendo una sonrisa en la cara como siempre y Melissa se acercó a él para ver cómo se sentaba al lado de su niño y acariciaba sus rizos antes de besarle en la frente.

—Ha cambiado tanto... —dijo Melissa angustiada—. Robert se moriría de nuevo si supiera lo que le ha ocurrido. —Miró a Paul. —¿Reggie sospecha algo?

—No. Melba y Marita la vigilan. Como no vio las imágenes en la televisión antes de que

las retiraran, no sabe nada. ¿Y quién va a pensar que la hija desaparecida del millonario va a estar en una prisión? Cualquiera que la haya visto ni se imagina que es ella. Menos mal que Melba la reconoció de inmediato y me llamó.

—Robert siempre tuvo mucha confianza en ti.

—Le debo mucho. —Apretó los labios.

—¿Crees que dará resultado?

—No hay nada más fuerte que la opinión pública, pero aun así temo por ella. Por todos nosotros. —Giró la cabeza para mirarla a los ojos. —No era una prisión. Era un campo de concentración y han muerto miles de personas en estos años sin contar a los afectados por el tsunami. Solo es comparable al genocidio de los nazis en la segunda guerra mundial.

—¿Y por qué dejar que la sacaras de allí?

—Es que no saben que la tengo.

Le miró asombrada. —¿Qué dices? ¿Le has mentido a mi sobrina?

—Tengo que protegerla. ¡Contraté a mercenarios para sacarla de allí aprovechando aún el caos!

—Podías haber sacado a su marido. ¡Haberles sacado a todos!

—¡No sabía si eran criminales, Melissa! ¡No podía arriesgarme! ¡Le advertí que era ilegal lo que estábamos haciendo!

Impresionada se llevó una mano al cuello tapando su collar de diamantes. —Dios mío, entonces el gobierno no sabe nada. ¿Y qué es lo que has negociado si puede saberse?

—Pues ir a la isla a comprobar si es mi heredera desaparecida. ¡Si lo es creen que la sacaré de allí, pero lo que haré es llevarme a Novack que ahora sé que no ha hecho nada y no le echarán de menos! ¡Pero no puedo irme con media isla! ¿Cómo voy a justificar ahora que tengo conocimiento de Novack y lo demás si no he hablado con ella primero? ¡Eso me descubriría! Así

que negocio su puesta en libertad y cambiaré el reo. ¡Además les han trasladado de isla y no sé dónde está! Y nuestros satélites lo han confirmado. La isla está vacía.

—Entiendo. Necesitas la colaboración del gobierno para encontrarles.

—Así que no le he dicho toda la verdad para que sea prudente.

Los ojos de Melissa brillaron. —Temes por su seguridad.

—Exacto. ¿De repente aparece la heredera exigiendo lo que es suyo y enfrentándose al gobierno para reclamar a su inocente marido? La quitarían del medio antes de que dijera ni pío.

—Pero aquí está a salvo. Su llegada a México rodeada de seguridad... No enfrentarse a su prima... Están desprevenidos.

—Todos. —Sonrió malicioso. —Ya verás cuando salgan sus declaraciones.

—Robert sabía lo que hacía cuando te dejó al cargo.

—Mi amigo solo me pidió una cosa cuando se despidió de mí y pienso cumplirla incluso a pesar de su hija. Protegerla de cualquier cosa. Tenías que verla en el helicóptero. Quería demandar a todos. Ni pensaba lo que decía. Se está enfrentando a gobiernos y por mucho dinero que tenga, con ellos no se puede yendo de frente. Es un escándalo tan atronador que los cimientos de varios gobiernos van a tambalearse por esto. Tengo que dejarla fuera de la línea de tiro.

—Esperemos que no sea Novack el que pague las consecuencias.

Miró a la cámara sintiéndose muy nerviosa por dentro, pero su rostro expresaba tristeza porque desde que había salido de la isla en lo único que podía pensar era en que Novack estaba allí. La posibilidad de que enfermara la aterraba y ese pensamiento la torturaba día y noche.

—Bien, empecemos —dijo Paul encendiendo la cámara—. Sé concisa y no te vayas por

las ramas. Aunque cortarán imágenes en la cadena, debes ser directa para llegar al espectador, ¿entiendes? —Ella asintió acariciándose el vientre. —Comencemos. Di tu nombre y lo que te ha llevado aquí.

—Mi nombre es Larlene Prestwood. Soy hija del fallecido Robert Prestwood y única heredera de su inmensa fortuna. La noche antes de que falleciera mi padre fui secuestrada por mi prima, Reggie Prestwood y por su novio John. —Hizo un gesto con la mano. —No recuerdo el apellido, aunque lo que sí recuerdo es que se veían mucho en el club de tenis según mi prima me comentó en su momento, así que seguro que alguien de los socios le conoce.

—¿Qué ocurrió esa noche?

—El médico me había dado algo para dormir. Mi padre estaba muy enfermo y yo no me encontraba bien. Sabía que era el final. Me desperté mientras me sacaban de mi cuarto y les escuché hablar. Mi prima se burló de mí diciendo que iba a hacer un viajecito. Sentí un golpe en la cabeza. —Sin darse cuenta llevó la mano a su sien. —Me desperté en un helicóptero y me tiraron en paracaídas. Ni me podía creer que estuviera viva.

—¿Dónde te tiraron?

—En La colmena. La prisión.

Siguió relatando con la mirada perdida todo lo que había ocurrido, lo que había visto.

—Así que te enamoraste.

Con los ojos llenos de lágrimas miró a Paul y sonrió con tristeza. —Sí. Creo que lo que me hizo amarle es que me pidió que no me rindiera porque muchos se suicidaban al darse cuenta de donde estaban.

—Cuéntanos algo de Novack. ¿Cómo es?

Rio por lo bajo. —Aparenta tener mal carácter para sobrevivir entre monstruos, pero es la persona más generosa que he conocido jamás.

—¿Generosa? Negociaba con todo —dijo Paul divertido.

—Sí, claro. Pero si alguien necesitaba ayuda por mucho que se hiciera el duro siempre estaba ahí para echar una mano si lo necesitaba. Lo hizo conmigo, aunque no me conocía de nada. En estos días me he dado cuenta de mil cosas. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y se echó a reír. —Me pidió diez peces por medio bidón de agua y nunca los recibió. Menudo trato hizo. De hecho él era quien hacía casi todo el trabajo sacando cosas del agua y era el que menos recibía. Solo era egoísta con sus herramientas y creo que era para protegerlas para el futuro. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Cuando no se tiene nada hay que pensar en esas cosas.

Paul sonrió. —Entiendo. ¿Qué les dirías a todos los que puede que piensen que estás inventándote esta historia?

Ella levantó una ceja. —¿Inventando? —Se levantó mostrando su vientre. —Él está allí y voy a tener una hija suya. ¿Cómo es posible si nunca le he conocido? —Se sentó de nuevo e hizo un gesto con la mano. Adam se acercó colocándose entre sus piernas y ella le besó en la sien. —Él es Adam. Mi hijo mayor. Cielo, díles quien es tu padre.

—El jefe.

Larlene sonrió. —Sí, es el jefe. —Bobby se acercó y se puso a su lado. —Y él es Bobby, el hijo de mi amiga Aleka y de Brandon. —Los niños la rodearon. —Los hijos de mi amiga July que falleció en el tsunami. Estos niños nacieron en la isla sin atención médica ni alimentación adecuada, sin educación, medicamentos o la mínima ayuda que pudieran tener. Son inocentes que han sufrido la desidia y crueldad de los gobiernos encargados de La colmena como antes la sufrieron sus padres nacidos en sus mismas circunstancias. Cientos, miles de inocentes abandonados a su suerte solo por la desgracia de que sus padres cometieron un delito. Han nacido en cautividad enfrentándose a las penurias de una isla en la que no hay nada. ¡Exijo su inmediata puesta en libertad porque aunque han nacido allí son seres libres! Y también exijo que todos y cada uno de los responsables de esto, que son criminales con todas las letras, sean juzgados y condenados por crímenes contra la humanidad. No solo les privan de la libertad, sino que les condenan a una tortura hasta la muerte por la falta de alimento y medicinas. Yo misma

tras estos meses estoy sometida a tratamiento. Imagínense viviendo allí toda su vida. Por eso la esperanza de vida no supera los cuarenta años. Debemos hacer algo y debemos hacerlo cuanto antes.

—¿Papá va a venir?

Miró a Adam a los ojos. —Claro que sí, cielo. Haré lo que sea para que vuelva a nuestro lado. —Le besó en la sien y dijo —¿Por qué no vais a jugar un rato mientras termino?

Bobby se acercó a Adam y cogió su mano. Angustiada vio como salían de la habitación en silencio y reteniendo las lágrimas miró hacia la cámara. —Suplico... Ruego vuestra ayuda para que los responsables paguen por esto. Mi familia ya ha sufrido demasiado. —Sonrió con tristeza. —Desde mi nacimiento he tenido cualquier cosa que me apeteciera o deseara. Cualquier cosa que pudiera pagarse con dinero. Y esta experiencia me ha mostrado que lo único importante, lo único que necesitamos en esta vida para ser felices es el amor. El amor de nuestros padres o el amor de nuestra pareja e hijos. —Una lágrima recorrió su mejilla. —Quiero que mi marido esté a mi lado y que mis amigos, esos que me ayudaron en el peor momento de mi vida, estén a salvo. Es lo único que pido. Gracias por escucharme. —Paul apagó la cámara. —¿Cómo ha ido?

—Has estado perfecta —respondió emocionado—. Me encargaré de inmediato de enviarlo a la cadena.

—¿Dónde está mi marido, Paul?

Se le cortó el aliento mirándola. —Lo sabes.

—Me extrañó que no me llevaras a Nueva York. Y lo de protegerme... Si hubieran querido matarme, si creyeran que hay la posibilidad de revelar su secreto ni hubieran dejado que te acercaras a la isla. Me hubieran disparado desde uno de los helicópteros porque sí y nadie encontraría nunca mi cadáver. Nadie les reclamaría nada. Viste que retiraban el video y demandaban a la cadena intentando encubrirlo. Mi embarazo, Adam... eso demostraba que

habían mentido desde el principio. Yo era la prueba. Tuviste miedo a que me liquidaran, ¿no es cierto?

Suspiró del alivio. —Menos mal que lo entiendes.

—¡No vuelvas a mentirme! ¡Estamos hablando de mi familia! —gritó muy nerviosa.

—Solo quería protegerte.

Se pasó la mano por la mejilla para borrar las lágrimas. —Se va a perder el parto —dijo angustiada.

—Todavía queda mes y medio.

Negó con la cabeza levantándose antes de caer redonda sobre la alfombra.

Abrió los ojos y sonrió a su tía, pero se dio cuenta que tenía los ojos rojos de tanto llorar y se asustó tocándose el vientre.

—Está bien. La niña está muy bien. Es un poco pequeña, eso es todo. Estará un tiempo en la incubadora. —Se echó a llorar. —Es preciosa, tan rubita...

—¿Entonces por qué lloras? —preguntó emocionada.

—Cariño, has estado muy grave. Casi te mueres. —Perdió el poco color que tenía en la cara al escucharla. —Te han operado. Si hubieras estado en la isla hubierais muerto las dos. Algo de la placenta que no he entendido. Ya sabes que no soporto todas estas cosas y no he escuchado muy bien de los nervios.

Su tía era un poco hipocondriaca y no era de mucha ayuda en casos así, por eso no la había acompañado demasiado en la enfermedad de su padre. Temió preguntar —¿Podré tener más hijos?

—Claro... Claro que sí. Te ha operado uno de los mejores, cielo. Dice que todo ha ido

muy bien y que en unos días podrás irte a casa. He contratado a tres enfermeras para que se hagan cargo de la niña las veinticuatro horas. Tienes que recuperarte cuanto antes. La prensa está como loca.

La miró sorprendida. —¿Cuánto llevo dormida?

—Dos días. En cuanto te ingresaron y nos dijeron el pronóstico, que era muy grave, Paul subió el video a internet temiendo lo peor para intentar traer a Novack cuanto antes. Se ha hecho viral y ha salido en todos los noticiarios completo. Es un escándalo. El presidente ha dimitido. —Larlene la miró impresionada. —Y no solo eso. Han detenido a muchísima gente que durante estos años han hecho la vista gorda. Eran una auténtica mafia. Lo que dijiste sobre que llevaban a la gente allí a cambio de dinero era muy habitual. Se secuestró gente desde el principio para deshacerse de ellos. Hay personas del ejército implicadas y se ha descubierto que las partidas presupuestales para la comida eran enormes comparado con lo que os tiraban. Menudo negocio tenían montado. Hasta las medicinas se revendían.

—Pero si el gobierno no sabía... Daban el dinero.

—Les daba igual. Nunca pusieron en práctica los mecanismos de control que estaban aprobados. Nunca esterilizaron a las mujeres para ahorrar ese dinero. Un escándalo. Están cayendo como moscas porque se echan las culpas los unos a los otros. Los programas de televisión no hablan de otra cosa. Se ha programado una manifestación para mañana en Washington con los familiares de los afectados y se dice que miles de personas se trasladarán hasta allí y saldrán a la calle para pedir la liberación de los que aún hay con vida.

Miró el techo. —Pero no están allí.

Melissa apretó los labios. —Me dijo Paul que lo sabías todo. No debes preocuparte, les habrán trasladado.

—¿Y si no es así? ¿Y si les han hecho algo? —preguntó angustiada.

En ese momento se abrió la puerta y entró Paul con el médico, un hombre de su edad que

sonrió al verla. —Vaya, vaya, has despertado. ¿Cómo te encuentras?

Le ignoró para mirar a Paul. —¿Y Novack?

—Los presos están siendo trasladados al continente. Se llevarán a la base naval de Hawái para su reclasificación.

—¿Reclasificación?

—Los condenados seguirán condenados. En eso son inflexibles.

Se le cortó el aliento pensando en Igor y en Sabrina. Miró a su doctor que se había sonrojado por el corte. —Perdón doctor, ¿y mi hija? Quiero verla.

Sonrió más tranquilo. —Enseguida se la traen. ¿Cómo se encuentra?

Miró sus ojos castaños. —Muy bien, ni me duele.

—Los nano robots. Son muy efectivos para la reestructuración de los músculos. Mañana casi no notará nada. Si...

—Perfecto porque mañana tengo que estar en Washington. —Todos la miraron con los ojos como platos. —Tía, ¿te quedas con la niña? —Su tía asintió sin ser capaz de decir palabra. —Por cierto, ¿qué ha sido de la zorra de mi prima?

Sentada en el asiento del avión privado de la compañía parpadeó viendo la cara de loca de su prima en el periódico. La fotografía había sido hecha en el momento de su detención cuando intentaba huir. Seguro que con lo presumida que era cuando viera aquella foto se tiraría de los pelos.

—Ya estamos llegando.

Levantó la vista hasta Paul. —¿Los del canal veintiuno están allí?

—Esperándote en el aeropuerto. Te harán la entrevista de camino a la manifestación.

Larlene, esto es una locura. No puedo garantizar tu seguridad.

—He vivido entre criminales y me he cuidado sola.

Sonrió con tristeza. —Si tu padre te viera. Has madurado muchísimo.

—¿Eso crees?

—Antes eras muy tímida aunque decidida, eso viene de familia.

Sus preciosos ojos azules se entristecieron. —No pude cumplir una promesa que le hice a mi padre.

—Seguro que lo entenderá esté donde esté.

Asintió intentando que se fuera ese maldito nudo en la garganta que tenía cuando hablaba de su padre. —De regreso quiero pasar por Nueva York. Que el consejo directivo esté preparado.

—Sí, Larlene.

—Y quiero ver la tumba de mi padre.

—Está en el panteón familiar al lado de la de tu madre como estaba previsto.

—Quiero verle. Quiero despedirme de él. —Miró por la ventanilla para ver que descendían. —Se lo debo.

—Entiendo.

—¿Todo lo demás está preparado?

—Sí. Todo cerrado.

—Mientras estoy en la manifestación quiero...

—¡Voy a ir contigo! —dijo tajante.

Sonrió sin poder evitarlo. —Muy bien.

Fue una tarde frenética. Le hicieron una entrevista de lo más exhaustiva y ella en agradecimiento por haberla encontrado contestó a cada una de las preguntas. También a cambio de un cheque de cinco millones de dólares que serían donados a la fundación de La colmena dirigida por ella. La fundación se encargaría de repartir el dinero obtenido con las donaciones entre los afectados para que pudieran iniciar su nueva vida. Empresas Prestwood había donado cincuenta millones para iniciar la fundación y la cadena se encargaría gratuitamente de poner un anuncio que expusiera un número de cuenta para todos aquellos que quisieran colaborar. Otras cadenas ya habían dicho que sí al anuncio aportando su granito de arena porque no querían llevarse mal con la heroína del momento. Todos ganaban.

Lo más agotador fue la manifestación porque no dejaban de preguntarle si conocía a fulanito o menganito y la policía tuvo que rodearla porque hasta le tiraron del cabello en sus ansias por noticias de sus familiares. La pusieron delante y le sacaron miles de fotos. Contestó a todas las preguntas que pudo y terminó la manifestación agotada. Paul preocupado la sacó de allí de inmediato. En cuanto se subió al avión un doctor la inyectó y poco a poco se quedó dormida pensando que aún le quedaba mucho por hacer. Tenía que salvar a Sabrina y a Igor. Tenía que recuperar a Novack. Y tenía que ver a su padre...

Abrió los ojos y agotada se giró buscando su teléfono cuando se le cortó el aliento al ver su mesilla de noche de estilo francés en beige con ribetes dorados. Durante un segundo temió que todo hubiera sido un sueño.

—Estamos muy lejos de casa, nena.

Temiendo despertar giró la cabeza muy lentamente para ver a Novack tumbado a su lado. Llevaba puesto un jersey y unos vaqueros viejos, lo que la dejó en shock. Él sonrió de medio lado. —Estás preciosa.

Se echó a llorar y se tiró sobre él para abrazarle, para sentirle. Habían sido los días más largos de su vida sin él a su lado. —Estás aquí.

—Casi en cuanto me llevaron a Hawái me metieron en un avión. —La abrazó con fuerza. —Joder, nena... Creía que no iba a volver a verte. ¿Cómo está Adam?

Levantó la vista loca de contenta. —Deseando verte. Te echa muchísimo de menos.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? El bebé...

No lo sabía. Emocionada sonrió. —Está preciosa. La he dejado con Adam y mi tía para arreglar todo lo demás.

La cara de alivio de su marido fue evidente. —Así que todo ha ido bien. Al no verte la barriga he creído...

—Me operaron. Pero todo va estupendamente.

Acarició su mejilla limpiando sus lágrimas. —¿Pero estás bien? ¿No me mientes?

—No te miento, de verdad. Y ahora que estás conmigo todo es perfecto. —Se acercó y besó sus labios. —Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa. —La besó apasionadamente y ella respondió entregándose para demostrarle todo lo que le amaba. Cuando él se apartó para mirarla sonrió. —Hueles de maravilla. Te comería entera.

Se echó a reír a carcajadas. —Tú también.

—Me he duchado —dijo impresionado—. El agua salía del techo y sentir que estaba caliente...

—Estás muy guapo. —Miró su cuerpo de arriba abajo. —Te sienta bien la ropa, jefe. —Él rio por lo bajo. —Pero te prefiero desnudo.

—Lo mismo digo. —Larlene al mirar sus pies desnudos levantó una ceja y estiró el cuello para ver unas deportivas tiradas en el suelo. —Eso es una tortura.

—Tu hijo y tú sois igualitos, ¿lo sabías? No he conseguido calzarle todavía. Y para ponerle una camiseta... Tengo que chantajearle con chocolate.

—Uhhh, eso no lo he probado.

—Te va a encantar.

—¿Tanto como una hamburguesa con queso?

Soltó una risita. —Casi.

La miró de tal manera que supo que la quería más que a su vida y su corazón gritó de felicidad, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eh... ¿Por qué lloras?

—Soy muy feliz. Estás aquí.

—Cuando a mi mujer se le mete algo en la cabeza siempre lo consigue, ¿no lo sabías? Deberías creer más en ella.

—¿Quieres casarte conmigo?

La miró sorprendido antes de entenderlo. —Ah, que hay que hacerlo legal.

—Exacto, señor Pamparacuatro. —Reprimió la risa. —Hay que legalizarte completito. Ni tienes partida de nacimiento. —Se le cortó el aliento sentándose sobre el colchón. —No tienes partida de nacimiento.

Novack frunció el ceño. —¿Y eso es malo?

—¿Dónde están Sabrina e Igor?

—Se quedaron en Hawái. Iban a clasificarles, aunque hay tantos que tardarán una semana por lo menos. —Saltó de la cama y él vio que hacia una mueca de dolor. —Mujer, ¿te has hecho daño?

—¡Ahora no, cielo! ¡Paul! ¡Mueve el culo! ¡Tienes trabajo! ¡Necesito que cambies la identidad a mis amigos para timar a los del ejército!

—Pero si acabo de llegar, muchacha.

—No me fastidies, tenías una vida demasiado tranquila antes de que apareciera.

El hombre se echó a reír desde abajo haciendo sonreír a Novack. —Eso es cierto —
dijeron los dos a la vez.

Capítulo 14

—Gracias, Marita —dijo cogiendo el refresco de la bandeja y dándole un sorbito.

—Eres adicta a esa mierda. —Sabrina se acercó después de salir de la piscina donde todos se estaban divirtiendo.

—Sí. —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Después de tantos meses sin tomar una cola esto no me lo quita nadie, María... —La advirtió con la mirada.

—Joder, no voy a acostumbrarme nunca a ese nombre.

—Seguro que casi ni lo usas, pero mientras tanto...

Su amiga la miró sin comprender y Marita se sentó a su lado tendiéndole a Sabrina un té helado. —Gracias, guapa.

Su tía se acercó y puso los ojos en blanco al ver como habían invadido la piscina. Para alguien acostumbrado a vivir solo, aquello era un caos y vio como entraba de nuevo en la casa. —A tu tía no le caemos bien.

—Claro que sí —dijo divertida—. Lo que ocurre es que siempre ha vivido sola.

—Tu padre decía que era antisocial.

—Y lo es. —Miró a Sabrina—. Acostúmbrate a tu nombre nuevo hasta que arregle algunas cosillas. No he podido hacer otra cosa. ¿O quieres volver a la cárcel?

Su amiga bufó antes de beber de su té helado. Observaron a los niños y a Igor que con Brandon jugaban a evitar que cogieran su pelota. —¿Dónde está tu marido?

—Con la niña. Se ha despertado. Le estará dando el biberón.

Aleka salió de la casa con su bebé en brazos. Había dado a luz en Hawái y miraba todo como si estuviera intimidada. Brandon casi había matado a un médico que había mirado entre sus piernas para comprobar cuánto había dilatado. Apretó los labios porque había estado llorando. No estaban acostumbrados a esa vida y todo les asustaba. Vivían en permanente tensión y eso es algo que se había dado cuenta con los niños, aunque ellos se habían ido adaptando poco a poco. Pero los adultos eran distintos. Aleka, Brandon y su marido no lo conseguían. Todo era demasiado abrumador para ellos. Eso sí, la ducha les encantaba. Novack se podía pasar horas debajo de ella, pensó divertida.

—Aleka, ¿ya le has dado de mamar?

Asintió acercándose y cuando escuchó un claxon a lo lejos se sobresaltó haciendo que su niño se pusiera a llorar. Larlene sonrió con ternura. —No pasa nada. Es un coche en la carretera. —Al mirar hacia la piscina vio que Brandon y los niños habían detenido el juego al ponerse en guardia.

Miró a Igor a los ojos y este gritó —¡Vamos a bañarnos a la playa!

Los niños salieron corriendo, pero Brandon no fue con ellos saliendo de la piscina y acercándose a su esposa que miraba hacia el muro como si temiera que algo saltara por allí. —Todo va bien. Ya nadie va a hacerte daño —susurró Brandon antes de besarla en los labios haciendo que sonriera.

—Claro que sí, cielo —dijo Marita suavemente—. Estáis seguros. ¿Un canapé? —preguntó cogiendo una bandeja de la mesa auxiliar—. Son de salmón.

—Uhhh... —Brandon se acercó y cogió dos uno para cada uno. Eso era otra cosa que tenía que cambiar. No querían molestar y si tenían hambre ni pedían comida o bebida. Tenía que hacer que se sintieran a gusto. —Están buenísimos —dijo Brandon por los dos.

—Brandon quiero hablar contigo —dijo levantándose de la tumbona mostrando el bikini negro que llevaba.

—Sí. —Caminaron hacia la playa. —¿Estás a gusto aquí?

—Sí, por supuesto. Todo es increíble.

—Pero no es tu hogar, ¿verdad?

—Será algo duro, pero nos acostumbraremos. No debes preocuparte más por nosotros. Has hecho muchísimo.

—No digas tonterías, sois mi familia. —Miró hacia los niños y vio que Adam se distraía con una concha en la arena. —No son felices.

—No es cierto. Claro que lo son.

—No se sienten seguros. —Le miró a los ojos. —No os sentís seguros. Y a mi marido le pasa igual. ¿Qué puedo hacer? —preguntó angustiada—. Cuando le llevé al juzgado para la boda noté que estuvo en tensión todo el tiempo. Cada ruido le sobresalta. Ha adelgazado igual que tú. Aleka no duerme. Dime qué puedo hacer.

Brandon apretó los labios. —Jamás hubiera creído que echaría de menos La colmena, ¿sabes? Allí sabíamos a los peligros que nos enfrentábamos. Los conocíamos. —Hizo una mueca. —Aunque la ola fue una sorpresa, pero eso no había pasado nunca.

—Continúa, por favor.

—El silencio... —Miró la playa y respiró hondo. —No hay nadie a nuestro alrededor, pero no se oye el silencio.

Entendía lo que quería decir. Ese silencio había sido atronador para ella en la isla, pero para ellos la falta de él era insoportable. —Podíamos escuchar un pájaro de vez en cuando, pero por la noche... —susurró mirando el horizonte—. Y tanto desconocido, tanta gente de la que desconfiar... —La miró con sorpresa. —¡Cada día uno nuevo o más! —Se echó a reír y él sonrió. —Aquí hay mucha gente. Y nosotros nos quejábamos de que éramos muchos.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Pero nos acostumbraremos, no te preocupes. Es cuestión de tiempo. —Le guiñó un ojo y se acercó a su esposa preocupado por ella.

Bajó la vista hasta su alianza y la acarició con el dedo. La entrega de los anillos fue en el único momento de la celebración donde Novack se mostró contento y relajado porque le hacía mucha ilusión ponerle el anillo y repetir los votos como su padre le dijo que se hacía. Había sido un momento alegre para todos, pero algo dentro de ella supo que aquello no iba bien. Vio salir a su marido de la casa con su niña en brazos y sonrió al ver que iba en bermudas. Todos los demás menos Marita iban en bikini y en pantalón corto. Estaba claro que la isla había calado en todos de una u otra manera. Se preguntó cuánto tiempo duraría su influencia.

Entró en casa metiendo el carrito de la niña y cerró la puerta en silencio para no despertarla. Atravesó el hall y se quedó de piedra al ver a su marido mirando por el enorme ventanal del salón la ciudad. Su tristeza era devastadora. Hacía dos meses que vivían en Nueva York y no se acostumbraba, aunque ante ella hacía que todo iba bien. Se había puesto un jersey y un pantalón vaquero, seguramente porque hacía frío para él, aunque la calefacción estaba encendida. Pero fuera hacía un tiempo de perros. Otra cosa que se había dado cuenta que les afectaba muchísimo, que no hiciera bueno casi todo el año les deprimía. Y mucho.

Novack debió darse cuenta de que estaba allí porque se volvió sonriendo. —¿Ya has llegado?

—La niña está muy bien. —Empujó el carrito hasta él y le dio un suave beso en los labios. —La han vacunado. —Novack hizo una mueca porque cuando le vacunaron a él le habían hecho daño. —No se ha enterado de nada.

—Claro, como no habla.

Sonrió quitándose el abrigo. —¿Qué has hecho?

—Pues no mucho... —Miró a su alrededor y ella vio el libro para aprender a leer que le había comprado. —He leído diez páginas.

—Eso es estupendo.

—He comido una hamburguesa...

—¡Cariño! ¡No puedes comerla todos los días! ¡Tienes que comer más verdura, ya oíste al médico!

—Y me he duchado.

—Eso es estupendo. —Le abrazó por la cintura pegándose a él. —Cielo, ¿y tus zapatos? Vas a coger frío.

La acarició por la espalda metiendo las manos bajo su jersey. —Llevo calcetines —dijo con voz ronca antes de besarla apasionadamente.

Marita salió de la cocina y puso los ojos en blanco. —Ya me encargo yo de la pequeña Aby.

Novack sonrió apartándose. —Gracias, mi esposa me reclama. —La cogió en brazos haciéndola reír. —¿Verdad, mujer?

—Verdad, verdad. —Divertida miró sus ojos. —¿Dónde están los demás? ¿Adam y los niños no han vuelto del colegio?

Los ojos de Novack se ensombrecieron. —Tienen deberes. Muchos deberes. Están en sus cuartos.

Mierda. —¿Y Aleka? ¿Ha salido con Brandon?

—Aleka no se encuentra muy bien. El ambiente no le conviene. Ha venido el médico y dice algo de pulmones delicados. Ha tenido tos todo el día. Tiene que tomar un antibiótico.

Apretó los labios porque ese era otro de los problemas que se había encontrado en la fundación esa mañana. Muchos habían enfermado al enfrentarse a la vida real.

—¿Qué tal en la empresa? No has viajado desde que has llegado. ¿Los proyectos van bien?

—Sí, Paul se encarga. —Abrazó su cuello. —No debes preocuparte por eso.

—¿Y por qué debería preocuparme? Por nada al parecer. —La dejó sobre la cama y ella observó cómo iba a cerrar la puerta. Otro problema. Estaba acostumbrado a mandar y allí no tenía obligaciones y demasiado tiempo libre. No debía buscar que comer cada día ni tenía ninguna responsabilidad. Encima no veía al niño que se pasaba casi todo el día en el colegio especial que le había buscado. De querer ir al cole había pasado a odiarlo porque había mucha disciplina para un niño que siempre había sido libre. Su marido regresó a su lado forzando una sonrisa. —¿Por dónde íbamos?

Acarició su cintura por debajo del jersey e iba a besarla cuando Larlene susurró —No eres feliz.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el tonto conmigo, cielo. Aquí no eres feliz.

—Soy feliz donde tú estés. Donde esté Adam.

—No me mientas.

Él apretó los labios. —Nos acostumbraremos. Solo es cuestión de tiempo.

—Te amo. Te amo más que a nada y quiero, necesito que seas feliz, Novack. —Se levantó de la cama y dijo —Nos vamos.

La miró sorprendido. —¿A dónde?

Salió de la habitación y fue hasta la habitación de sus padres donde estaban los niños. Hacían que estudiaban, pero en realidad estaban ante los libros perdiendo el tiempo. Adam carraspeó al verla y todos agacharon sus cabezas. —Nos vamos. Recoger... —Chasqueó la lengua. —No recojáis nada. Ya se encargará Melba.

Adam se levantó de la silla mostrando el uniforme del colegio. —¿A dónde vamos?

—Ya lo sabréis. Quitáros esa ropa y poneros cómodos. —Se iba a ir cuando lo pensó mejor. —¡Pero abrigaos! ¡No podéis salir de casa en ropa interior! —Pasó ante la puerta de Aleka y llamó dos veces mientras su marido la miraba desde la puerta de su habitación sin entender. Brandon abrió la puerta. Había perdido color y tenía ojeras. —Nos vamos de Nueva York.

Brandon la miró con alivio. —¿Seguro?

—Seguro. Nos vamos de aquí. Prepara a Aleka y al bebé con lo necesario.

—Nena, ¿qué locuras dices? ¿A dónde vamos a ir?

Le guiñó un ojo a su marido. —Confía en mí, cielo.

El avión aterrizó y todos miraban por las ventanillas, pero solo veían agua. Adam la miró con los ojos como platos. —¿Estamos en La colmena otra vez?

—No, cielo. Eso pertenece a los estados y la están reconstruyendo. Esperemos que esta vez sigan los protocolos. —Más les valía porque estaba en el consejo de dirección. Y pensaba llevar un seguimiento exhaustivo de cada protocolo. —Estamos en nuestra nueva casa. —La azafata fue hasta la puerta de salida y pulsó un botón que la abrió. —Todavía no está terminada del todo —dijo algo nerviosa—. Pero espero que os guste.

Marita se encargaba de la niña mientras Aleka ilusionada se levantaba de su asiento. Su amiga le guiñó un ojo. —Seguro que sí. Gracias.

—No tienes por qué darlas. —Miró a su marido sentado a su lado que ni siquiera se había abierto el cinturón y todos fueron saliendo impacientes por ver lo que les esperaba. Todos menos él que miraba el mar a través de la ventanilla. Inquieta cogió su mano. —¿Estás bien?

—Estaba pensando en la suerte que tengo contigo. —La miró a los ojos emocionándola.
—En cómo has cambiado mi vida.

—¿Para peor?

Él sonrió. —Siempre para mejor. Siempre dando lo mejor de ti para hacer feliz a los que te rodean. Te amo tanto... —Se acercó y la besó en los labios suavemente. —Me has dado la vida, nena.

—Y tú a mí. —Se levantó y cogió su mano. —Ven, me muero por ver tu cara. Teníamos que esperar otro mes, pero ya no podía más.

—¿Hay ducha?

—¡Sí! —Salieron del avión y escuchó como a Novack se le cortaba el aliento tras ella. A lo lejos se veían varios bungalós cerca de la playa para sus amigos, para su tía e incluso para Paul si iba invitado y un poco más alejada estaba la casa principal donde habría de todo. Desde escuela, enfermería, biblioteca... todo lo que pudiera necesitar su pequeña comunidad.

Miró sobre su hombro no queriendo perderse ninguna de las reacciones de su marido. Al principio hubo sorpresa, pero luego se dio cuenta de que le encantaba. —Nena, eres increíble.

Se echó a reír. —Pues ya verás nuestra casa. —Bajaron la escalerilla y caminaron saliendo de la pista de aterrizaje hasta los palmerales. Cogidos de la mano caminaron hasta la playa mientras sus amigos y los niños corrían hasta los bungalós que estaban casi terminados, pero ella fue en dirección contraria hacia el otro extremo de la playa. Él la miró confundida. —
¿Cielo?

—La nuestra está allí. —Se quitó los zapatos tirándolos a un lado y corrió por la arena riendo al sentirse libre. Se quitó el jersey tirándolo también y cuando llegaron al final de la playa giró hacia su izquierda deteniéndose en seco al ver su casa. Se quedó sin aliento porque aunque Paul le había mostrado los planos era mil veces mejor. De cristal y bambú parecía que el salón estaba sobre el agua. Ilusionada miró a Novack tras ella que estaba asombrado. Se echó a reír y

le abrazó por el cuello. —Bienvenido a casa, amor.

—¿Esa es nuestra casa?

—Y con una ducha muy grande.

Él se echó a reír y ese fue el mejor regalo del mundo para ella porque hacía semanas que no escuchaba esa risa sincera. Novack la cogió en brazos. —Tú sí que sabes hacer las cosas bien.

—Por supuesto, marido. —Besó su cuello. —¿Me darás un hijo?

—Con esa casa tan grande puedo darte cien.

Se echó a reír y miró sus ojos. —Te amo.

—¿Para siempre?

—Eso es poco tiempo, amor. Ya me conoces, yo necesito más.

Epílogo

Sabrina entró en la terraza común y bufó al ver que estaba trabajando en el ordenador. —
¿Ya estás otra vez?

—Shussss... —Miró a su alrededor para ver dónde estaba su marido, pero no le veía por ningún sitio lo que fue un alivio. —Tengo que enviar estos emails.

—Como te pille... El médico te ha dicho que no trabajes hasta el parto, que tienes que descansar.

—Es igual que su padre —dijo su tía exasperada antes de recostarse en una tumbona ante la piscina y de pasar la hoja de una revista.

Los niños salieron corriendo y Larlene parpadeó asombrada al verles gritar como locos en dirección a la playa. La profesora, una chica recién licenciada que estaba encantada con su puesto, tenía cara de que le había pasado un tren por encima. —Cindy, ¿un día duro?

—Son como apisonadoras. No dejan de hacer preguntas. —Se acercó a la mesa y se sirvió una limonada. —¿Qué haces con el ordenador encendido? Como te vea tu marido...

—Shussss... —Volvió a mirar a su alrededor y todas se echaron a reír porque no se dio cuenta de que Novack estaba tras ella con los brazos cruzados. —Solo me queda uno. Acabo antes de que me pille.

—¿No me digas?

Se sobresaltó y giró la cabeza forzando una sonrisa. —Cariño, ¿qué tal la pesca?

—¿Qué haces, mujer? ¡Nada de trabajo hasta después del parto!

—Qué pesados estáis los hombres con el parto. —Todos miraron a Sabrina que se sentó

gruñendo algo por lo bajo.

Larlene abrió los ojos como platos y se levantó mostrando su vientre de nueve meses. —
¡Estás embarazada!

—Ese grandullón al fin lo ha conseguido. ¿Te lo puedes creer?

Se echaron a reír y Larlene se acercó para abrazarla. —Felicidades.

—La familia aumenta. —Sabrina miró a los ojos a su amiga que estaba muy contenta por ellos. —Gracias.

—¿Por qué me das las gracias si yo no he hecho nada?

—Si no hubiera sido por ti nos hubieran separado cuando regresamos de La colmena y nos has dado esta vida sin pedir nunca nada a cambio. Gracias de verdad.

—Es que mi sobrina tiene un corazón enorme. —Melissa emocionada se pasó la mano por debajo de los ojos para borrar las lágrimas.

—Cierto. —Novack la cogió en brazos. —Y este corazón como todo lo demás se va a dormir una siesta.

—Pero cariño...

—Me harás caso.

Bueno, ya lo enviaría después. Cuando estuviera despistado. —La familia aumenta.

—Se nos va a quedar la isla pequeña —dijo divertido. Pasaron ante Aleka que tenía un embarazo menos evidente que el suyo. Estaba hablando con el médico que no le hacía mucho caso porque no le quitaba ojo a Cindy—. Uy, aquí hay romance a la vista.

—Espero que sí. Son buenas personas.

—¡Mamá!

Novack se volvió hacia Adam que llegaba en ese momento con su muñeca en las manos mostrándole su pulsera que se le había debido caer. Por los ojos del niño vio que estaba a punto

de llorar y Novack la dejó en el suelo. Se agachó ante él y cogió la pulsera que tenía varios mechones deshilachados. —La he roto.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. No sé lo que he hecho.

—¿Sabes qué? La enviaré a que le pongan un cierre bien duro para que eso no te vuelva a pasar.

La miró parpadeando como si eso no fuera lo que tenía pensado. —¡Ah, no! Puede que me crezca rápido, pero no tanto.

—Mamá...

Miró la pulsera que tenía varios mechones cortados antes de mirar a su marido que tenía la suya también deshilachada. —Está bien.

Adam chilló de la alegría antes de abrazarla. Se alejó de repente gritando —¡No pasa nada, mamá me dará otra!

Los niños la miraron y vio en sus ojos que aunque estaban contentos por él algo fallaba. —Son de la familia, nena...

—Lo sé. ¡Me voy a quedar calva!

Su marido se echó a reír y la cogió en brazos de nuevo. —Te querré igual.

Le miró maliciosa. —Yo también quiero una pulsera. —Acarició su cabello que ya llegaba por debajo de sus hombros.

El deseo de sus ojos la encendió. —Veré qué puedo hacer.

—Te amo, jefe. —Besó sus labios y susurró —No te cambiaría ni por todo el oro del mundo.

—¿Ni por diez hamburguesas con queso? —preguntó divertido.

—Bueno, si son con queso...

—Me encanta tu sentido del humor.

Eso le hizo recordar a su padre y las palabras que le había dicho el día en que le sedaron. Lo había conseguido, había encontrado un hombre que la merecía más que nadie y que la amaba por encima de todo. Estaría contento. Abrazó a Novack recordando cuando su marido la había acompañado hasta su tumba al día siguiente de su reencuentro y como él la había observado mientras rociaba la lápida con el perfume de su madre esperando que recibiera su olor. Recordó las palabras de su marido en ese momento. —Preciosa, ¿harás eso en mi tumba? Ese perfume que usas ahora no querría olvidarlo jamás.

Le había mirado sorprendida y supo que lo necesitaba como su padre había necesitado su promesa en aquel momento, así que asintió. Recordó como su marido había sonreído y había cogido su mano. Y desde entonces no la había soltado para iniciar su nueva vida. Una vida llena de felicidad que esperaba que no terminara nunca.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo

- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí

- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras

- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retrátate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida

Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

